La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo

La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo

Vladimir Ilich Lenin



Publicado y distribuido por:

Cuidado de la edición:
Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

Diseño de cubierta y formación editorial:
Miriam A. Alonso Vizuett

Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx

Contacto:
centrocarlosmarx@gmail.com
www.centromarx.org
México, 2011.

Índice

Prólogo

Alan Woods

“La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más ‘astuta’ de lo que imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas”.

(Lenin, La enfermedad infantil del ‘ izquierdismo’ en el comunismo)

La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo es una de las obras más importantes del marxismo. En muchos sentidos, es la mejor obra de Lenin, ya que representa un resumen de toda la experiencia histórica del bolchevismo. Cualquiera que desee entender la esencia del método de Lenin debería estudiar detenidamente estas páginas que, de una manera extraordinariamente clara y concisa, explican el arte de la táctica y la ciencia de la estrategia en la lucha de clases.

Lenin escribió *La enfermedad infantil* en abril de 1920 y el Apéndice el 12 de mayo del mismo año, en el emocionante periodo posterior al triunfo de la revolución en Rusia. La Tercera Internacional (Comunista) había sido fundada el año anterior como resultado del colapso de la Segunda Internacional (Socialista), el cual fue inevitable después de la traición de los dirigentes reformistas de los partidos social demócratas que, violando las decisiones de todos los con-

gresos internacionales, habían votado a favor de los créditos de guerra y apoyado la guerra imperialista de 1914 a 1918.

La victoria de la Revolución de Octubre en Rusia dio un poderoso impulso, en un primer momento, a la formación de tendencias comunistas de masas dentro de los viejos partidos social demócratas y, más tarde, a la formación de partidos comunistas en un país tras otro. Pero los dirigentes de los nuevos partidos eran en su mayoría jóvenes sin madurez política y, aunque se inspiraron en la Revolución de Octubre, no tenían la misma experiencia que los bolcheviques y apenas conocían la historia, la teoría y la práctica del bolchevismo. Como consecuencia, cometieron muchos errores, generalmente de tipo ultraizquierdista. Para ayudarles a superar estas deficiencias y familiarizarse con la auténtica naturaleza del bolchevismo, Lenin escribió esta obra. Aunque fue publicada por primera vez hace casi 80 años, sigue siendo tan válida y relevante como el día en que fue escrita.

Lenin dio mucha importancia a esta obra y, con su acostumbrada atención al detalle, prestó una atención personal a los plazos de corrección y edición del libro de manera que pudiera ser publicado antes de la apertura del Segundo Congreso de la Internacional Comunista, cuyos delegados recibieron una copia cada uno. Entre julio y noviembre de 1920 el libro fue publicado en Leipzig, en París y en Londres en alemán, francés e inglés respectivamente.

¿Cuál es el fondo del libro?

El fondo del libro queda claramente expresado en el subtítulo del manuscrito original, *Ensayo de discusión popular sobre la estrategia y la táctica marxistas,* que desapareció de todas las ediciones publicadas en vida de Lenin.

En sus páginas se aborda la tarea de la construcción del

partido revolucionario, una cuestión más complicada de lo que parece a primera vista. Implica la relación entre el marxismo y el movimiento vivo del proletariado y sus organizaciones que han evolucionado a través de la historia.

La lucha de clases, y su reflejo en las mentes de las masas, no se desarrolla en línea recta, sino que pasa por toda una serie de etapas, con cambios constantes, flujos y reflujos. Sólo en dos ocasiones en los últimos 150 años la clase obrera ha creado organizaciones de masas para expresar su voluntad de transformar la sociedad: la Segunda y Tercera Internacionales (Socialista y Comunista respectivamente). De este hecho podemos deducir lo poco común que es la creación de organizaciones obreras de masas.

La clase obrera no llega automáticamente a conclusiones revolucionarias. Si así fuera, la tarea de construir el partido sería superflua. Si el movimiento de la clase obrera se produjera en línea recta, la tarea sería sencilla, pero en realidad no ocurre así. Tras un largo periodo histórico, la clase obrera llega a comprender la necesidad de la construcción del partido. Sin organización, la clase obrera no es más que materia prima para la explotación. Mediante la creación de organizaciones, tanto de carácter sindical como, a un nivel superior, político, la clase obrera empieza a expresarse como clase, con una entidad independiente. En palabras de Marx, pasa de ser una clase "en sí misma" a una clase "para sí misma". Ese desarrollo se produce durante un largo periodo histórico a través de todo tipo de luchas, en las que participa no sólo la minoría de activistas más o menos consciente, sino también las "masas sin preparación política", que, en general, despiertan a la participación activa en la vida política (e incluso sindical) sobre la base de grandes acontecimientos.

La clase obrera comienza a crear organizaciones de ma-

sas para defender sus intereses. Estas organizaciones históricas son los sindicatos, las cooperativas y los partidos obreros que representan el germen de una nueva sociedad dentro de la vieja. Sirven para movilizar, organizar, formar y educar a la clase.

A diferencia de la pequeña burguesía, que siempre se caracteriza por su extrema volatilidad política, la clase obrera cambia sus lealtades políticas y sindicales muy lentamente. Un obrero no desechará una herramienta vieja incluso cuando esta haya dejado de tener una utilidad práctica; tratará de repararla hasta que finalmente demuestre ser completamente inservible. De la misma manera, el proletariado en su conjunto no abandona fácilmente sus organizaciones tradicionales una vez que han sido creadas, sino que una y otra vez tratará de transformarlas en auténticos órganos de lucha. El que no entienda este hecho será incapaz de construir un puente hacia las masas. Lenin conocía en profundidad la forma en que la clase obrera se moviliza y piensa. La presente obra es una expresión brillante de esto.

Presiones del capitalismo

Las organizaciones creadas históricamente por el proletariado se han formado en el seno de la sociedad capitalista y están sometidas a las presiones del capitalismo, lo que inevitablemente produce deformaciones burocráticas. Las organizaciones nacidas en la lucha tienden a degenerar cuando la presión de las masas desaparece. Estas presiones se intensifican en periodos de auge económico o incluso durante booms temporales. Los trabajadores no se ponen a luchar porque sí.

En condiciones en que la burguesía puede hacer concesiones y reformas temporales, los trabajadores tienden a buscar una salida individual, "trabajando duro", echando

horas extras, etc. Las presiones del capitalismo tienen sus efectos más perniciosos en las cúpulas del movimiento obrero, y la tendencia de la burocracia de las organizaciones obreras a separarse de la base y caer bajo la influencia de las ideas burguesas siempre se multiplica por mil cuando disminuye la presión de la clase obrera. Esta es una ley que puede demostrarse históricamente.

Cuando los capitalistas pueden dar concesiones y reformas, la mayoría de los trabajadores no ven la necesidad de participar activamente en el movimiento. Eso lleva a una mayor degeneración en la dirección que cada vez se divorcia más de las masas y las bases del partido. Gradualmente, casi de manera imperceptible, se pierden de vista los objetivos revolucionarios. Los dirigentes quedan absorbidos en la rutina diaria de la actividad parlamentaria o sindical. Llega un momento en que se encuentran teorías para justificar este abandono de los principios.

Esto fue lo que pasó en el periodo prolongado de auge capitalista antes de 1914, que acabó en la matanza de la Primera Guerra Mundial. Lenin explica que el ultraizquierdismo es el precio que paga el movimiento obrero por el oportunismo de sus dirigentes. El éxito del anarquismo entre ciertos sectores de los obreros y la juventud antes de la Primera Guerra Mundial fue precisamente una reacción a la degeneración burocrático-reformista de los dirigentes de la social democracia. De manera similar, en el periodo después de la Segunda Guerra Mundial, la extensión de ideas ultraizquierdistas entre los estudiantes (terrorismo, anarquismo, guerrillerismo, nacionalismo radical) no se puede explicar exclusivamente por la mentalidad pequeño burguesa de esta capa (eso es un elemento constante), sino que es la consecuencia monstruosa de la falta de autoridad del marxismo como consecuencia de la

degeneración burocrática y reformista de las organizaciones obreras y del estalinismo en la URSS. Lenin explica como en Rusia la influencia del anarquismo fue mínima debido a la línea consecuentemente revolucionaria de los bolcheviques. Pero las políticas reformistas que adoptaron los dirigentes del movimiento obrero en todos los países después de la Segunda Guerra Mundial sólo sirvieron para repeler a los jóvenes y empujarlos al callejón sin salida del anarquismo, del sectarismo y el ultraizquierdismo.

Marx y Engels

Para un marxista, un partido revolucionario es, en primer lugar, *programa, métodos, ideas y tradiciones,* y sólo en segundo lugar, una organización y un aparato (que sin duda tienen su importancia) para llevar estas ideas a amplias capas de los trabajadores. El partido marxista, desde sus inicios, debe basarse en la teoría y el programa, que es el resumen de la experiencia histórica general del proletariado.

Esta es la primera parte del problema. Pero sólo la primera parte. La segunda parte es más complicada: ¿Cómo llegar a las masas de los trabajadores con nuestro programa y nuestras ideas? No es una cuestión sencilla. Para los sectarios, por supuesto, esto no es ningún problema. Basta con citar a Lenin sobre la necesidad de "un partido revolucionario independiente". ¡Simplemente nos proclamamos como tal y llamamos a los trabajadores a que se unan a nosotros! La necesidad de construir un partido revolucionario independiente es el ABC para los marxistas. Pero además del ABC hay otras letras en el abecedario, y un niño que sólo repitiese las tres primeras después de algunos años de colegio no sería considerado muy espabilado.

En su artículo *Sectarismo, Centrismo y la Cuarta Internacional* (1935), Trotsky caracteriza a los sectarios de la siguiente manera:

> “El sectario ve la vida de la sociedad como una gran escuela, en la que él es el maestro. En su opinión, la clase obrera debería dejar aparte otras cosas menos importantes y sentarse ordenadamente alrededor de su tarima. Entonces la tarea estaría resuelta.
> A pesar de que jura por el marxismo en cada frase, el sectario es la negación directa del materialismo dialéctico, que toma la experiencia como punto de partida y siempre vuelve a ella. Un sectario no entiende la acción y reacción dialéctica entre un programa acabado y la lucha de masas viva, es decir imperfecta, inacabada. El sectarismo es hostil a la dialéctica (no en palabras pero si en los hechos) en el sentido en que vuelve la espalda al desarrollo real de la clase obrera”.(Trotsky, *Escritos*, 1935-36.)

En el documento fundacional del movimiento marxista, *El Manifiesto Comunista,* Marx y Engels explicaban que:

> “los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos de la clase obrera. No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado.
> No profesan principios sectarios propios con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.
> Los comunistas no se distinguen de los otros partidos de la clase obrera más que en esto: 1) En las luchas nacionales de los proletarios de diferentes países, insisten y ponen en primer lugar los intereses comunes de todo el proletariado, independientemente de su nacionalidad. 2) En los diferentes estadios de desarrollo por los que tiene que pasar la lucha de la clase obrera, representan siempre y en todo lugar los intereses del movimiento en su conjunto.

> Los comunistas por lo tanto, son en primer lugar, en la práctica, el sector más avanzado y decidido de los partidos de la clase obrera en cada país, el sector que empuja a los demás hacia adelante; en segundo lugar en la teoría, tienen la ventaja sobre la gran masa del proletariado de la clara comprensión de los derroteros, y de los resultados generales últimos a los que ha de abocar el movimiento del proletariado".

Los fundadores del socialismo científico siempre partían del movimiento tal como era, y aplicaban las tácticas más hábiles para conectar con el auténtico movimiento de las masas y fertilizarlo con el programa del marxismo revolucionario. Esto significaba, inicialmente, aparecer como la extrema izquierda del movimiento democrático. El trabajo de Marx alrededor de la *Nueva Gaceta Renana* fue un modelo de agitación revolucionaria que combinaba la lucha por las consignas democráticas más avanzadas con una defensa implacable del punto de vista independiente de clase del proletariado.

La Liga de los Comunistas fue, desde el principio, una organización internacional. No obstante, la formación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (la Primera Internacional) en 1864 representó un paso adelante cualitativo. La tarea histórica de la Primera Internacional fue la de establecer los principios fundamentales, el programa, la estrategia y la táctica del marxismo revolucionario a escala internacional. De todas formas, en su concepción, la AIT no era una Internacional Marxista, sino una organización extremadamente heterogénea, compuesta por sindicalistas reformistas británicos, proudhonistas franceses, italianos seguidores de Mazzini, anarquistas y otros parecidos. Combinando la firmeza en los principios con una

gran flexibilidad táctica gradualmente Marx y Engels ganaron la mayoría. En una carta a Engels, Marx explicaba que tenían que utilizar un tacto extremo, especialmente a la hora de combatir los prejuicios de los tradeunionistas británicos. En una frase muy apropiada, Marx dijo que él siempre era "suave en la forma, pero audaz en el contenido". Esta frase resume la actitud de los marxistas en su trabajo en las organizaciones obreras reformistas.

La AIT consiguió sentar las bases teóricas para una genuina Internacional revolucionaria. Pero nunca fue una auténtica Internacional obrera de masas. Fue realmente una anticipación del futuro. La derrota de la Comuna de París tuvo un efecto desorientador sobre las débiles fuerzas de la primera Internacional, que entró en crisis, agravada por las intrigas de los bakuninistas (anarquistas). Para evitar que la Internacional cayese en manos de los bakuninistas, Marx y Engels primero trasladaron el centro a América y después decidieron disolverla en 1872. A pesar de seguir defendiendo los principios del internacionalismo, durante un periodo Marx y Engels estuvieron sin una organización internacional.

Lenin y la Segunda Internacional

La Internacional Socialista (Segunda Internacional), fundada en 1889, empezó donde había acabado la Primera Internacional. A diferencia de esta, la Segunda Internacional empezó como una internacional de masas que unió y organizó a millones de trabajadores. Tuvo partidos y sindicatos de masas en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, etc. Además, al menos de palabra, defendió los principios del marxismo revolucionario. Con esto, el futuro del socialismo parecía garantizado.

No obstante, la desgracia de la Segunda Internacional

fue la de formarse durante un largo periodo de auge capitalista. Esto dejó su huella en la mentalidad del sector dirigente de los partidos y sindicatos social demócratas. El periodo clásico de la social democracia fue el de 1871-1914. Sobre la base de un largo periodo de crecimiento económico fue posible para el capitalismo hacer concesiones a la clase obrera o, más correctamente, a su capa superior. Los sindicatos aumentaron su fuerza, de dos a tres millones de afiliados en Alemania y Gran Bretaña, 300.000 en Francia, etc.

En general, fue un periodo de reformas, no de revolución. Hubo excepciones, como la revolución rusa de 1905, pero este no fue el carácter general de la época. A pesar de que formalmente se adherían a la idea del socialismo, en la práctica, los dirigentes social demócratas en Francia, Alemania, Gran Bretaña y demás, estaban aplicando políticas reformistas. Esto fue plasmado muy pronto por Bernstein en su famoso aforismo: “El movimiento lo es todo. El objetivo final no es nada”. Antes de 1914, Lenin, Trotsky, Liebknecht y Luxemburgo eran socialdemócratas. En realidad, estaban llevando a cabo una lucha por una genuina política marxista revolucionaria dentro de la Segunda Internacional.

No obstante, el único que realmente entendió el papel del partido revolucionario fue Lenin. Incluso Trotsky, a pesar de su correcta apreciación de las perspectivas para la revolución rusa, estaba confundido en este aspecto hasta 1917. Rosa Luxemburgo era una destacada revolucionaria que trataba de combatir la política reformista de la dirección del SPD poniendo el mayor énfasis en el movimiento espontáneo de la clase y la huelga general. Ella entendía mejor que Lenin el papel de Kautsky y la llamada “izquierda” alemana (en realidad centristas), principalmente porque los podía ver más de cerca.

Lenin en un principio tenia ilusiones en Kautsky y se definía a sí mismo como un "kautskista ortodoxo" prácticamente hasta la Primera Guerra Mundial.

Pero sólo Lenin proyectó sistemáticamente crear un partido marxista firme y consistente, llegando hasta el extremo de la escisión de 1912, dos años antes de la escisión de la Internacional. No obstante, durante un periodo de casi diez años, los bolcheviques y los mencheviques actuaron como dos fracciones de un mismo partido: el Partido Obrero Social Demócrata Ruso, que desde 1905 era el partido de masas del proletariado ruso.

La Internacional Comunista

> "La Tercera Internacional surge directamente de la guerra imperialista. Es cierto que mucho antes, muchas tendencias diferentes habían estado luchando dentro de la Segunda Internacional, pero incluso las que estaban más a la izquierda, representadas por Lenin, estaban lejos de pensar que la unidad revolucionaria de la clase obrera sería creada mediante una ruptura total con la social democracia. La degeneración oportunista de los partidos obreros, estrechamente vinculada con el periodo de florecimiento del capitalismo en el cambio de siglo, sólo se reveló completamente en el momento en que la guerra planteó crudamente la cuestión: ¿Con la burguesía nacional o contra ella?. El desarrollo político dio un salto repentino en 1914: utilizando la frase de Hegel, la acumulación de cambios cuantitativos de repente adquirió un carácter cualitativo" (Trotsky, *Escritos* 1935-36).

¿Cuándo se fundó la Tercera Internacional? Esta pregunta aparentemente simple tiene más de una respuesta. En

un sentido, se puede decir que la Internacional se fundó en 1914, cuando Lenin rompió con la vieja Internacional y proclamó la necesidad de una nueva Internacional. Incluso rechazó el nombre de "socialdemócrata", calificándolo de "camisa sucia" que debía ser cambiada por una nueva. Y no obstante, Lenin, en ese momento, estaba completamente aislado. Trotsky calcula que estaba en contacto con, quizás, un par de docenas de correligionarios en el exilio. En la Conferencia de los socialistas que se oponían a la guerra en Zimmerwald en 1915, Lenin bromeó acerca de que todos los internacionalistas del mundo cabían en dos carrozas. No obstante, la nueva internacional ya existía, como un programa y una idea, en 1914.

A pesar de todo, las fuerzas de masas de la Internacional Comunista sólo se formaron en base a los grandes acontecimientos de 1917-23. En la mayoría de los casos, los partidos de masas de la nueva internacional se crearon a partir de escisiones de los viejos partidos de la Segunda Internacional. Las sectas son aficionadas a citar los escritos de Lenin del periodo 1914-17, cuando insistía repetidamente en la necesidad de una ruptura radical con la Social Democracia, ese "cadáver putrefacto", como lo llamó Rosa Luxemburgo.

> "Pero Lenin tenía en mente una ruptura con los reformistas como consecuencia inevitable de la lucha contra ellos, y no como un acto de salvación, independiente del tiempo y el lugar. Requería una escisión con los socialpatriotas no para salvar su propia alma sino para arrancar las masas del socialpatriotismo" (Trotsky, *Escritos* 1935-36).

Después de la Revolución de Octubre, surgieron tendencias comunistas en todos los viejos partidos social demócratas. En Francia, los comunistas ganaron la mayoría

del Partido Socialista en el Congreso de Tours (1920). El ala de derechas se escindió con 30.000 miembros y el Partido Comunista se formó con 130.000. No obstante, los viejos dirigentes reformistas mantuvieron una base entre los sectores más atrasados e inertes de la clase. Los Socialdemócratas alemanes se escindieron en Abril de 1917, cuando el ala centrista dirigida por Kautsky fundó el Partido Social Demócrata Independiente. Este partido centrista de masas a su vez se escindió en Octubre de 1920, en el congreso de Halle. La mayoría se fusionó con los espartaquistas para formar el Partido Comunista Alemán, un partido de masas con 21 periódicos diarios. Acontecimientos similares ocurrieron en Checoslovaquia, Italia, Bulgaria, Noruega y otros países.

"Comunismo de izquierdas"

La Tercera Internacional (Comunista) se levantó a un nivel cualitativamente superior que cada una de sus antecesoras. Como la AIT en el punto álgido de su desarrollo, defendía un claro programa socialista revolucionario, internacionalista. Al igual que la Segunda Internacional, tenía una base de masas de millones de personas. Una vez más, parecía que el destino de la revolución mundial estaba en buenas manos. Desgraciadamente, como hemos dicho, la mayoría de las direcciones de los nuevos partidos comunistas eran jóvenes inexpertos. Les faltaba la base teórica y la experiencia de los dirigentes del partido ruso. Cometieron errores, en el primer periodo, principalmente de carácter ultraizquierdista.

En el Segundo Congreso de la Comintern, Lenin y Trotsky lanzaron una lucha contra la "enfermedad infantil" del ultraizquierdismo. El Manifiesto del Segundo Congreso, escrito por Trotsky, declara:

"La Internacional Comunista es el partido mundial de la rebelión proletaria y de la dictadura del proletariado. No tiene tareas ni objetivos separados ni aparte de los propios de la clase obrera. Las pretensiones de las sectas minúsculas, cada una de las cuales quiere salvar a la clase obrera a su manera, son ajenas y hostiles al espíritu de la Internacional Comunista. No posee ningún tipo de panacea ni fórmulas mágicas, sino que se basa en la experiencia internacional, presente y pasada, de la clase obrera; depura esa experiencia de todas las equivocaciones y desviaciones; generaliza las conquistas alcanzadas y reconoce solamente como fórmulas revolucionarias las fórmulas de acción de masas" (Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista,* Vol. 1).

El mismo documento añade: "Llevando a cabo una lucha sin cuartel contra el reformismo en los sindicatos y contra el cretinismo parlamentario y el carrerismo, la Internacional Comunista condena al mismo tiempo todos los llamamientos sectarios para dejar las filas de las organizaciones sindicales que agrupan a millones, o dar la espalda al trabajo en las instituciones parlamentarias y municipales. Los comunistas no se separan de las masas que están siendo engañadas y traicionadas por los reformistas y los patriotas, sino que se comprometen a un combate irreconciliable dentro de las organizaciones de masas e instituciones establecidas por la sociedad burguesa, para poder derrocarla lo más segura y rápidamente posible" (ibid.).

El ultraizquierdismo, reflejo de la impaciencia y la inexperiencia, estaba extendido en sectores de los dirigentes

comunistas en Gran Bretaña, Alemania, Holanda e Italia. Las declaraciones más comunes eran de rechazo al trabajo electoral parlamentario, al trabajo en los sindicatos reformistas, y una actitud sectaria hacia los partidos reformistas de masas. Lenin y Trotsky combatieron esas ideas abogando por la táctica del Frente Único para tender un puente hacia las masas de los obreros social demócratas. En el caso de Gran Bretaña, fueron más lejos y plantearon que el PC británico debería intentar afiliarse al Partido Laborista.

El libro de Lenin *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo* fue escrito para responder a los argumentos de los "izquierdistas", que reaparecen a cada paso en los escritos de las sectas. Lenin explicó que era un crimen separar a los obreros avanzados de las masas y que ese tipo de tácticas, lejos de debilitar a la burocracia sindical, en realidad servía para fortalecerla:

> "Rechazar el trabajo en los sindicatos reaccionarios significa dejar a las masas de los trabajadores insuficientemente desarrollados o atrasados bajo la influencia de los dirigentes reaccionarios, los agentes de la burguesía, la aristocracia obrera, o 'trabajadores que se han aburguesado completamente'.
>
> Si quieres ayudar a las 'masas' y ganarte la simpatía y el apoyo de las 'masas', no debes temer las dificultades o provocaciones, insultos y persecuciones por parte de los 'dirigentes' (que por ser oportunistas y socialchovinistas están, en muchos casos, directa o indirectamente vinculados a la burguesía y a la policía), sino que debes en cualquier caso trabajar en cualquier sitio donde estén las masas. Tienes que ser capaz de cualquier sacrificio, de superar los mayores obstáculos, para poder hacer propaganda y agitación sistemáticamente, perseverantemente y

> persistentemente en esas instituciones, sociedades y asociaciones, incluso las más reaccionarias -donde estén las masas proletarias o semiproletarias" (Lenin, *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo*).

Lenin explicó como los bolcheviques habían hecho trabajo ilegal incluso en los sindicatos "Zubatov", creados por la policía zarista para alejar a los obreros de las ideas revolucionarias.

El Segundo Congreso de la Comintern debatió la cuestión del Partido Laborista y decidió aconsejar al Partido Comunista Británico que pidiese la afiliación. Esto fue aceptado con reticencia por la dirección británica, que formuló su aplicación en términos tan sectarios que invitaba a una respuesta negativa. Poco a poco se fue corrigiendo este ultraizquierdismo, lo que permitió que el joven Partido Comunista construyese una base significativa dentro del Partido Laborista. Lenin aconsejó al pequeño PC británico que se orientase hacia los sindicatos y el Partido Laborista. En las elecciones, aconsejó al Partido que sólo presentase candidatos en unos pocos escaños seguros, dónde no había peligro de dividir el voto y que ganaran los Tories y los Liberales, y dar apoyo crítico al candidato laborista en todos los demás escaños:

> "Presentaríamos nuestros candidatos en unos pocos escaños absolutamente seguros, es decir, en distritos donde nuestro candidato no daría ningún escaño a los liberales a expensas de los laboristas. Tomaríamos parte en la campaña, distribuyendo panfletos de agitación comunista, y en todas las circunscripciones donde no presentásemos candidatos, llamaríamos al electorado a votar por el can-

didato laborista y contra los candidatos burgueses" (Ibid., énfasis nuestro).

La cuestión del parlamento

Como ya hemos dicho, los dirigentes jóvenes e inexpertos de los partidos comunistas en los primeros años de la Internacional Comunista, no tuvieron tiempo de absorber y digerir las lecciones de la historia del bolchevismo y de la Revolución Rusa. Habían leído *El Estado y la Revolución* y los escritos de Lenin del periodo de la Primera Guerra Mundial y eran capaces de repetir mecánicamente las consignas acerca de la guerra civil, sobre la necesidad de aplastar el Estado burgués, sobre la crítica del reformismo y el parlamentarismo, la impermisibilidad de unirse con la socialdemocracia, etc. Pero no habían entendido una sola palabra de lo que habían leído. No entendían el método de Lenin. Todo el periodo desde 1917 hasta su muerte, Lenin luchó por enderezarles, incluso declarando demostrativamente que si ellos eran la "izquierda", él era la "derecha".

Los comunistas de "izquierda" consideraban que Lenin y Trotsky habían sucumbido al oportunismo. En la práctica, planteaban que las tácticas y métodos que ellos defendían, representaban "una desviación muy seria del punto de vista de Lenin y Trotsky" que "significará que la internacional nunca será capaz de cumplir su misión histórica". La expresión más clara de eso fue la "teoría de la ofensiva" planteada por los dirigentes del PC alemán.

Esto llevó a la derrota sangrienta de los obreros alemanes en marzo de 1921, cuando el PC trató de tomar el poder antes de haber ganado la mayoría. Este aventurerismo no tiene nada en común con las ideas y métodos de Lenin. La cuestión del poder sólo se plantea cuando el partido revolucionario ha ganado la mayoría decisiva, no sólo de

la clase obrera, sino también de la pequeña burguesía. Para poder hacer esto, es menester dominar todas las formas de trabajo, incluyendo la actividad parlamentaria.

Lenin ya había explicado la actitud del marxismo hacia el Estado en respuesta tanto a los reformistas como a los anarquistas. La postura básica de Lenin sobre la revolución socialista está expuesta en *El Estado y la Revolución,* donde leemos lo siguiente:

"La idea de Marx es que la clase obrera tiene que romper, aplastar la 'maquinaria estatal', y no limitarse solamente a tomar control de ella".

Marx explicó que la clase obrera no puede basarse simplemente en el poder estatal existente, sino que tiene que derrocarlo y destruirlo. Esto es el "abc" para un marxista. Pero después del "abc", hay otras letras en el alfabeto. En *El Estado y la revolución,* Lenin fustigó a los reformistas que presentaban la revolución socialista como un cambio lento, gradual y pacífico. Pero el mismo Lenin fue capaz de asegurar en 1920 que en Gran Bretaña, debido al enorme poder del proletariado y sus organizaciones, sería totalmente posible llevar a cabo la transformación socialista pacíficamente, incluso a través del Parlamento, a condición de que los sindicatos y el Partido Laborista estuvieran dirigidos por marxistas. La postura de Lenin sobre la revolución era concreta y dialéctica, no formalista y abstracta.

En *La enfermedad infantil*, Lenin hace referencia al error que cometieron los bolcheviques después de la derrota de la revolución de 1905, cuando llevaron a cabo un boicot de las elecciones parlamentarias. Después del fracaso de la insurrección en diciembre de 1905, el régimen zarista intentó liquidar la revolución mediante una combinación de represión y concesiones. A lo largo del año 1906, se estableció un parlamento ("Duma") carente de auténticos

poderes y elegido mediante un sistema electoral restringido. El carácter reaccionario de la Duma era evidente no sólo para los bolcheviques, sino para la mayoría de activistas socialistas y obreros avanzados. Hasta los mencheviques, en un primer momento, se inclinaron a favor del boicot. Pero el ambiente que se respiraba entre los sectores más avanzados no reflejaba en absoluto la psicología de las masas. Para estas últimas, la verdadera naturaleza de la Duma no estaba clara. Las ilusiones constitucionales eran particularmente fuertes entre los campesinos, que creían que podrían conseguir la tierra mediante reformas llevadas a cabo por el parlamento. El triunfo de la contrarrevolución y el descenso del movimiento revolucionario significaba que, para las masas de la pequeña burguesía en el campo y en la ciudad, e incluso para capas amplias de la clase trabajadora, la Duma era la única esperanza para alguna mejora. El hecho de que semejantes esperanzas careciesen de base era irrelevante.

Los bolcheviques en un primer momento no comprendieron el alcance de la derrota y cometieron el error de boicotear las elecciones a la primera Duma, como explica Lenin. Es un hecho constatable que el ambiente que se respira entre las capas más activas y combativas de la clase obrera puede no estar en consonancia con el del resto de la clase. La vanguardia puede ir demasiado por delante de la clase. Semejante error es tan grave en la lucha de clases como sería su equivalente en la táctica militar. En la guerra, si la vanguardia avanza demasiado aprisa, perdiendo contacto con la retaguardia, queda seriamente expuesta y corre el riesgo de ser masacrada. Esta afirmación es igualmente aplicable a situaciones en que los obreros más combativos, bajo la influencia de la impaciencia, pierden de vista la auténtica situación de la mayoría de los trabajadores, o confunden su propio nivel de comprensión con el de las masas.

En los debates con el ala ultraizquierdista de la Internacional Comunista, Lenin intentó educarla sobre la base de la experiencia histórica del Partido Bolchevique. "Sólo la historia del bolchevismo en todo el periodo de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado" (Lenin, *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo*).

Partiendo del hecho de que los partidos comunistas no eran todavía la mayoría decisiva de la clase, Lenin defendió la consigna del frente único, del trabajo paciente en las organizaciones de masas y de la participación en los parlamentos burgueses, como medios para ganar a las masas. Esta era la condición previa para la revolución socialista. Pero los "izquierdistas" no estaban satisfechos. Ellos rechazaron despectivamente el consejo de Lenin de "orientarse hacia las masas", considerando que la única política posible para un partido revolucionario era "la ofensiva revolucionaria". Lenin y Trotsky combatieron a brazo partido esta "teoría" que condujo a la derrota sangrienta en Alemania de marzo de 1921. Este fue un ejemplo extremo de una tendencia ultraizquierdista que estaba muy extendida en aquella época y que ha resurgido muchas veces en la historia del movimiento. Siempre fue combatida por Lenin y Trotsky e, incluso, antes que ellos, por Marx y Engels. A pesar de toda su apariencia "revolucionaria", este tipo de postura no tiene nada en común con los auténticos métodos del bolchevismo del cual es una mera caricatura abstracta.

Lenin explicó que para ganar a las masas no es suficiente con aprender cómo atacar, sino también cómo retirarse ordenadamente, virar, desviarse, maniobrar, evitar dar la

batalla en condiciones desfavorables y demás. Toda la historia del bolchevismo está llena de ejemplos de este tipo de tácticas flexibles y expertas reflejadas en los escritos de Lenin y resumidas en *La enfermedad infantil.*

Como regla general, la única circunstancia en que es permisible el boicot al parlamento y las elecciones parlamentarias es cuando el movimiento revolucionario está en condiciones de sustituir el sistema parlamentario burgués con algo mejor. No cabe duda de que el sistema original de gobierno soviético mediante los consejos obreros (soviets) introducido por los obreros rusos después de la Revolución de Octubre era mucho más democrático que el parlamento más democrático de la historia. Pero si no te encuentras en esa situación, si estás en minoría, entonces para los marxistas es obligatorio participar en el parlamento y luchar para ganar la mayoría. A aquellos que nos acusan de ser "antidemocráticos" les respondemos: "Al contrario. Nosotros luchamos por los derechos democráticos. Es la burguesía la que quiere restringir la democracia y abolirla en el momento en que parezca que la clase obrera amenaza a su dictadura. Por nuestra parte, participaremos en las elecciones y en el parlamento, y trataremos de ganar la mayoría por medios pacíficos. Pero también somos realistas y hemos aprendido que vosotros, los banqueros y monopolistas, no os detendréis ante nada para defender vuestro poder y privilegios".

Lenin y los bolcheviques no eran ni cretinos parlamentarios ni anarquistas. Entendieron que, para poder llevar adelante la revolución socialista, primero es necesario ganar a las masas. Por ese motivo, aprendieron a utilizar todas y cada una de las posibilidades para llevar adelante trabajo revolucionario. En general, no tenían fetiches, ni el fetiche parlamentario de los reformistas, que piensan

que todo se puede reducir a la acción parlamentaria, ni el fetiche antiparlamentario de los anarquistas, que dicen que no hay que participar en el parlamento bajo ninguna circunstancia. Esta última postura hubiera condenado a los bolcheviques a una existencia sectaria. Boicotear el parlamento y las elecciones cuando no se está en condiciones de ofrecer una alternativa mejor, equivale a boicotearse a uno mismo.

Durante mucho tiempo antes de la Revolución de Octubre, los bolcheviques participaron incluso en los parlamentos zaristas más reaccionarios, como medio para reunir las fuerzas de masas que iban a llevar adelante la revolución en 1917. Sin esta utilización revolucionaria del parlamento, combinando métodos de lucha legales e ilegales, los bolcheviques nunca hubieran conseguido convertirse en la fuerza decisiva de la clase obrera rusa.

El 'tercer periodo'

La mayoría de los partidos comunistas, al final, se convencieron de la corrección de la política de Lenin y, durante un tiempo, mediante la aplicación de ésta, obtuvieron muy buenos resultados. Por ejemplo, el PC británico logró tener un eco importante en el Partido Laborista e incluso consiguió tener diputados en el Parlamento británico en los años 20. Los partidos comunistas empezaron a abrirse camino hacia los obreros socialdemócratas en todas partes y si se hubiesen mantenido en la táctica de Lenin, el éxito de la revolución hubiese estado garantizado. Pero la degeneración estalinista de la Unión Soviética hizo estragos en las direcciones todavía inmaduras de los partidos comunistas en el exterior. Los zig-zags ultraizquierdistas de la burocracia rusa llevaron a la política del "tercer período" y del "socialfascismo", con efectos desastrosos para la Comintern.

El resultado más catastrófico se produjo en Alemania, donde la honda crisis social y económica a principios de los años 30 produjo una aguda polarización de la sociedad hacia la izquierda y la derecha. En 1932, el paro en Alemania alcanzó los cinco millones, produciéndose una fuerte caída de salarios y de los subsidios de paro. Aterrorizados por la amenaza de revolución social, los capitalistas alemanes empezaron a subvencionar a Hitler. No obstante, la aplastante mayoría de los obreros alemanes seguían fieles a sus organizaciones –el Partido Social Demócrata y el Partido Comunista–. Estos partidos tenían millones de votos. Además de sus sindicatos de masas, tenían milicias bien armadas que juntas sumaban un millón de personas. No obstante, en el momento de la verdad, quedaron paralizados. Hitler pudo jactarse en 1933 de haber llegado al poder "sin romper un cristal".

Durante todo este periodo, Trotsky exigió insistentemente que los comunistas y socialdemócratas alemanes formasen un frente único contra los Nazis. Siguiendo la línea defendida por Stalin y la Comintern, los dirigentes del Partido Comunista Alemán deliberadamente escindieron el movimiento obrero, caracterizando a los socialdemócratas de "socialfascistas". Las advertencias de Trotsky a los miembros de los Partidos Comunistas cayeron en saco roto. La clase obrera alemana estaba escindida por la mitad. Los dirigentes del PC alemán lanzaron consignas como "golpear a los pequeños Scheidemanns en las escuelas", ¡una invitación a los hijos de los miembros del PC a atacar a los hijos de los socialdemócratas! En 1931, cuando los Nazis organizaron un referéndum para derrocar al gobierno social demócrata en Prusia, los estalinistas se les unieron, bautizándolo como el "referéndum rojo". La perniciosa política del "socialfascismo" tuvo como fruto el triunfo del nazismo en Alemania y la total destrucción de las organizaciones obreras.

En otros países aplicaron las mismas locuras. En Gran Bretaña, el PC abandonó la política del frente único. Su dirigente Harry Pollit anunció que pertenecer al Partido Laborista era "un crimen equivalente a romper una huelga". Como consecuencia, el PCGB perdió casi todo el apoyo que había ganado en el periodo anterior. En España, el PCE quedó reducido a menos de mil militantes en 1930.

La victoria de Hitler en Alemania fue un punto de inflexión cualitativo. Stalin no quería que Hitler ganase, como tampoco deseaba la derrota de la Revolución China de 1925-27, pero su política hizo inevitable la derrota en ambos casos. Trotsky anticipó que la victoria de Hitler, que él había previsto sobre la base de la política de Moscú, provocaría una crisis en los partidos comunistas. Pero en 1933 el proceso de estalinización de la Comintern había llegado a tal punto que la vida interna estaba asfixiada. No hubo ninguna crisis, a duras penas una marejadilla, después de la mayor derrota de la clase obrera en toda la historia. No se sacó ninguna lección. Al contrario, los dirigentes estalinistas plantearon que Hitler era el preludio de la revolución en Alemania: "¡Después de Hitler es nuestro turno!". Trotsky sacó la conclusión de que una Internacional que era incapaz de reaccionar ante una derrota de ese calibre estaba muerta.

Posteriormente, siguiendo las órdenes de Stalin, la Internacional Comunista dio un giro de 180 grados y adoptó la política del "Frente Popular". Esto no tenía nada en común con la política leninista del frente único obrero, sino que representaba una vuelta a las viejas políticas desacreditadas del menchevismo, basadas en la colaboración de clases con los liberales burgueses. Esto llevó a más derrotas terribles, especialmente en España. En 1943, Stalin, después de haber utilizado cínicamente la Inter-

nacional Comunista como instrumento de la política exterior de Moscú, decidió enterrarla sin pena ni gloria, sin ni siquiera convocar un Congreso. La herencia política y organizativa de Lenin recibió un duro golpe durante todo un periodo histórico.

La traición de las ideas de Lenin por parte de la burocracia estalinista en Rusia, la mayor traición de toda la historia del movimiento obrero, ha llevado ahora a su conclusión lógica: a la destrucción de la URSS y al intento de la casta burocrática dirigente de ir en dirección al capitalismo. Pero esa no será la última palabra. En Rusia se está preparando una explosión social que, posiblemente en un futuro no muy lejano, pondrá en el orden del día una vuelta a las tradiciones de 1917. A escala mundial, la crisis del capitalismo está entrando en una nueva etapa convulsiva. La revolución en Indonesia es sólo el primer acto de un drama que se desarrollará en los próximos meses y años y encontrará una expresión en Europa y Norteamérica.

Crisis del reformismo

Hoy en día, casi 80 años después de su publicación, *La enfermedad infantil* sigue siendo un pilar fundamental de la teoría y práctica del marxismo en su lucha por ganar a las masas. La aparente vitalidad del reformismo de derechas en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, por lo menos en los países capitalistas avanzados, fue simplemente una expresión del hecho de que el capitalismo pasó por un periodo prolongado de expansión, similar al de los veinte años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Pero este periodo ha llegado a su fin. La crisis en Asia, la agonía prolongada del capitalismo japonés y el inevitable colapso que se está preparando en la bolsa de valores en EEUU, anuncian un periodo nuevo

y convulsivo a nivel mundial. En estas condiciones la conciencia de millones de personas se transformará.

Bajo condiciones de crisis convulsiva del capitalismo, es impensable que las organizaciones tradicionales de masas de la clase obrera no vayan a verse afectadas. La tendencia hacia la polarización entre las clases inevitablemente encuentra su expresión en una creciente polarización hacia la derecha y hacia la izquierda en los partidos socialistas, dando lugar a convulsiones internas, crisis y escisiones. Llegados a cierto punto, este proceso da lugar a corrientes reformistas de izquierdas o centristas de masas. Para los marxistas, el término "centrista" no es un insulto, sino que tiene un contenido científico, describiendo una tendencia que está a medio camino entre el reformismo de izquierdas y el auténtico marxismo revolucionario. En el periodo revolucionario de 1917 a 1923 surgieron corrientes centristas de masas en la mayoría de los partidos de la Segunda Internacional formando las bases para la creación de los partidos de masas de la Internacional Comunista.

En ese momento, la existencia de un poderoso polo de atracción en la forma de la Revolución de Octubre significó que un gran número de obreros avanzados fueron ganados rápidamente a la bandera del marxismo revolucionario. A principios de los años 20, el problema de llegar a los obreros socialdemócratas se resolvió con la política de Lenin del frente único. Esta táctica, resumida en la expresión "marchar separados, pero golpear juntos", permitió a los comunistas construir puentes hacia la base de las organizaciones reformistas.

En condiciones de crisis social general, el reformismo de derechas entra en crisis, pasando de reformas a contrarreformas. En esas condiciones, crisis y escisiones en los partidos reformistas son inevitables, al igual que el surgimiento de corrientes centristas y reformistas de izquierdas:

> "Desde un punto de vista histórico, el reformismo ha perdido completamente su base social. Sin reformas no hay reformismo, sin un capitalismo próspero no hay reformas. El ala reformista de derechas se convierte en antirreformista en el sentido en que ayuda a la burguesía, directa o indirectamente, a aplastar las viejas conquistas de la clase obrera". (Trotsky, *Escritos*, 1933-34).

El leninismo y el futuro del proletariado

Durante casi todo el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia estuvo dominada por el ala de derechas. Esto reflejaba, en parte, el colapso de la autoridad moral y política del marxismo, pero principalmente era una expresión de la situación objetiva y del hecho de que el reformismo parecía estar funcionando. Incluso en el Estado español, el gobierno PSOE de Felipe González cuando fue presionado por la movilización de la clase obrera se vio obligado a hacer ciertas concesiones, gracias al boom de 1982-90 y a las subvenciones de la UE. Pero la derrota del PSOE y el desarrollo de la crisis del capitalismo están empezando a cambiar la situación lentamente. Después de un largo periodo en el gobierno, el PSOE está prácticamente vacío. Pero incluso antes de un movimiento importante de los trabajadores, se están abriendo fisuras en la dirección.La inesperada victoria de Borrell es un reflejo del malestar en las bases contra la extrema derecha, los "renovadores", que quieren romper el vínculo con el socialismo y la clase obrera, y transformar el PSOE en un partido abiertamente burgués. Por el momento, la escisión en la dirección del PSOE aparece simplemente como un conflicto entre diferentes fracciones de la burocracia, con poco o ningún contenido polí-

tico. Pero eso puede cambiar muy rápidamente. En un momento dado, los componentes de la extrema derecha, como González, pueden ir a parar fuera del partido, preparando el terreno para un importante giro a la izquierda.

La política de derechas del PSOE llevó a la derrota del gobierno González y a la elección de Aznar. Esto debería de haber provocado un auge en el apoyo a Izquierda Unida y el Partido Comunista. Pero la precondición necesaria para esto es adoptar una política marxista que diferencie claramente a IU del PSOE, ofreciendo al mismo tiempo un frente común al Partido Socialista contra Aznar. Esta es la única manera de ganar a las masas de trabajadores que están buscando una auténtica alternativa socialista.

En las condiciones actuales, el trabajo en los sindicatos asume una importancia vital. Pero como Trotsky explicó en uno de sus últimos artículos, en la época del imperialismo, los dirigentes sindicales tienen una tendencia orgánica a fusionarse con el Estado burgués. Nada les gustaría más a los dirigentes sindicales españoles, tanto de UGT como de CCOO, que un pacto permanente con Aznar, esto es especialmente cierto en el caso de Gutiérrez, el dirigente de derechas de CCOO. Pero todos los intentos están condenados al fracaso.

Aunque en el último periodo las direcciones sindicales han firmado numerosos acuerdos con el PP, esto no será duradero. La política de paz social y desmovilización se romperá rápidamente abriendo un nuevo periodo de conflicto de clases. El temperamento revolucionario de los obreros españoles quedó demostrado en la huelga general de 24 horas del 14 de diciembre de 1988. Eso fue sólo un ensayo de lo que va a suceder en el próximo periodo.

Durante un periodo de tiempo, el Estado Español ha conseguido una tasa de crecimiento relativamente alta.

Pero este crecimiento disfraza la situación real. La próxima recesión va a golpear a España más duramente que al resto de Europa, dejando cruelmente al descubierto la debilidad del capitalismo español. Este hecho es la clave para el próximo capítulo de la historia española. Los dirigentes sindicales, muy a pesar suyo, se verán forzados a pasar a la oposición, abriendo el camino a un nuevo periodo de radicalización. En esas condiciones, el apoyo a las ideas del marxismo crecerá entre los trabajadores avanzados y la juventud. Es necesario armar a la nueva generación con las ideas, métodos y tradiciones del marxismo, para que puedan aprovecharse de la situación y construir un movimiento de masas capaz y decidido a llevar adelante la transformación socialista de la sociedad. Para eso es indispensable un profundo conocimiento de La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo de Lenin.

Alan Woods
Londres, 27 de julio de 1998

I
¿En qué sentido puede hablarse de la importancia internacional de la revolución rusa?

En los primeros meses que siguieron a la conquista del poder político por el proletariado en Rusia (25/X-7/XI de 1917) podía creerse que, debido a las enormes diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados de Europa Occidental, la revolución proletaria en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. Hoy tenemos ya una experiencia internacional muy considerable que demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia no local, particularmente nacional, sólo rusa, sino internacional. Y no hablo de la importancia internacional en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución los que tienen importancia internacional desde el punto de vista de la influencia de la misma sobre todos los países. No; hablo en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiendo por importancia internacional su trascendencia mundial o la inevitabilidad histórica de que se repita a escala universal lo ocurrido en nuestro país, importancia que hay que reconocerle a algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución.

Naturalmente, sería un tremendo error exagerar esta verdad, no limitarse a aplicarla a algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Sería erróneo asimismo perder de vista que después de la victoria de la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá seguramente un cambio radical, es decir: Rusia se convertirá poco después de esto no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista).

Pero en el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra a todos los países

algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han percibido, lo han sentido con su instinto de clase revolucionaria. De aquí la "importancia" internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del poder soviético y de los fundamentos de la teoría y la táctica bolcheviques. Esto no lo han comprendido los jefes "revolucionarios" de la II Internacional[1], como Kautsky en Alemania y Otto Bauer y Federico Adler en Austria, que se convirtieron por ello en reaccionarios, en defensores del peor de los oportunismos y de la socialtraición. Digamos de paso que el folleto anónimo *La Revolución Mundial (Weltrevolution)*, aparecido en 1919 en Viena (*Biblioteca Socialista,* opúsculo 11; Ignaz Brand), muestra con particular claridad todo el proceso de desarrollo del pensamiento y todo el conjunto de reflexiones, más exactamente, todo ese abismo de irreflexión, pedantería, vileza y traición a los intereses de la clase obrera, sazonado, además, con la "defensa" de la idea de la "revolución mundial".

Pero tendremos que dejar para otra ocasión el ocuparnos con mayor detenimiento de este folleto. Consignemos aquí únicamente lo que sigue: en los tiempos, ya bien lejanos, en que Kautsky era todavía un marxista y no un renegado, al abordar la cuestión como historiador preveía la posibilidad de una situación en la que el revolucionarismo del proletariado ruso se convertiría en un modelo para Europa Occidental. Esto era en 1902, cuando Kautsky publicó en la Iskra[2] revolucionaria el artículo *Los eslavos y la revolución,* en el que decía:

> "En la actualidad" (al contrario que en 1848) "se puede creer que los eslavos no sólo se han incorporado a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento y de la obra revolucionaria se desplaza cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario va tras-

ladándose del Occidente al Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia y, en algunos momentos, en Inglaterra. En 1848, también Alemania se incorporó a las filas de las naciones revolucionarias... El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que marchamos hacia un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, concretamente: de su traslado a Rusia. Es posible que Rusia, que tanta iniciativa revolucionaria ha asimilado de Occidente, se halle hoy presta ella misma a servirle de fuente de energía revolucionaria. El creciente movimiento revolucionario ruso resultará, acaso, el medio más poderoso para sacudir ese espíritu de filisteísmo fláccido y de politiquería de pragmatismo mezquino que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y la fidelidad apasionada a nuestros grandes ideales.

Hace ya mucho que Rusia ha dejado de ser para Europa Occidental un simple reducto de la reacción y el absolutismo.

En la actualidad ocurre, quizás, todo lo contrario.

Europa Occidental se convierte en el reducto de la reacción y del absolutismo en Rusia... Es posible que los revolucionarios rusos hubieran acabado hace ya mucho con el zar si no tuviesen que luchar al mismo tiempo contra el aliado de éste, el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán vencer a ambos enemigos y que la nueva 'santa alianza' se derrumbará más pronto que sus predecesoras.

Pero sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre y los sufrimientos de los mártires que esta lucha engendrará, por desgracia más de lo necesario, no serán vanos, sino que abonarán los gérmenes de la revolución social en todo el mundo civilizado y los harán crecer de un modo más es-

plendoroso y rápido. En 1848, los eslavos eran una helada horrible que abrasaba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que rompa el hielo de la reacción y traiga consigo irresistiblemente una nueva y feliz primavera para los pueblos" (*Iskra*, nº 18, 10 de marzo de 1902).

¡No escribía mal Karl Kautsky hace 18 años!

II
Una de las condiciones fundamentales del éxito de los bolcheviques

Seguramente, hoy casi todo el mundo ve ya que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el poder, no digo dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina rigurosísima, verdaderamente férrea, de nuestro Partido, sin el apoyo total e incondicional que le presta toda la masa de la clase obrera, es decir, todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir tras de sí o de atraer a las capas atrasadas.

La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo *más poderoso,* contra la burguesía, cuya resistencia *se ve decuplicada* por su derrocamiento (aunque no sea más que en un país) y cuya potencia consiste no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía, sino, además, *en la fuerza de la costumbre,* en la fuerza de la *pequeña producción.* Porque, por desgracia, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y la pequeña producción *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, de modo espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una guerra prolongada, tenaz, desesperada, a muerte; una guerra que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única.

Lo repito, la experiencia de la dictadura proletaria triunfante en Rusia ha mostrado de un modo palpable al que no sabe pensar, o al que no ha tenido ocasión de reflexionar sobre este problema, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituyen una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se reflexiona suficientemente, ni mucho menos, sobre lo que esto significa y en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las salutaciones entusiastas al poder de los soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas *con mayor frecuencia del más serio análisis* de las causas *que han permitido* a los bolcheviques forjar la disciplina que necesita el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo en todo el período de su existencia puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se comprueba? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, *pero también con* las masas trabajadoras *no proletarias*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello *por su propia experiencia.* Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten inevitablemente en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose

solamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo elaborar y llevar a la práctica con éxito en los años 1917-20, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y una disciplina férrea, ello se debe sencillamente a una serie de particularidades históricas de Rusia.

De una parte, el bolchevismo surgió en 1903 sobre la más sólida base de la teoría del marxismo. Y la justeza de esta teoría revolucionaria –y sólo de ésta– ha sido demostrada tanto por la experiencia internacional de todo el siglo XIX como, en particular, por la experiencia de las desviaciones, los titubeos, los errores y los desengaños del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo del despotismo inaudito del zarismo salvaje y reaccionario, buscaba ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con celo y atención admirables cada "última palabra" de Europa y América en este terreno. Rusia *hizo suya* la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales y un conocimiento tan excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de quince años (1903-17), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Pues ningún país, en el transcurso de esos quince años, conoció ni siquiera aproximadamente una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales en la sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada en tan breve período de tiempo semejante variedad de formas, de matices, de métodos de lucha *de todas* las clases de la sociedad contemporánea; lucha que, además, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con singular rapidez y asimilaba con particular ansiedad y eficacia la "última palabra" de la experiencia política americana y europea.

III
Las etapas principales de la historia del bolchevismo

Años de preparación de la revolución (1903-05). Presagios de gran tormenta por doquier, fermentación y preparativos en *todas* las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente *todas* las cuestiones esenciales de la revolución. Con una lucha encarnizada de concepciones programáticas y tácticas, los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres corrientes políticas principales –la liberal-burguesa, la democrático-pequeño-burguesa (encubierta con las etiquetas de las tendencias "socialdemócrata" y "socialrevolucionaria"[3]) y la proletaria revolucionaria– anuncian y preparan la futura lucha de clases abierta. *Todas* las cuestiones que motivaron la lucha armada de las masas en 1905-07 y en 1917-20 pueden (y deben) verse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Naturalmente, entre estas tres tendencias principales hay todas las formaciones intermedias, transitorias, híbridas que se quiera. Más exactamente: en la lucha entre los órganos de prensa, los partidos, las fracciones y los grupos van cristalizándose las tendencias ideológicas y políticas realmente clasistas; las clases se forjan un arma ideológica y política adecuada para las batallas futuras.

Años de revolución (1905-07). Todas las clases actúan abiertamente. Todas las concepciones programáticas y tácticas son contrastadas por la acción de las masas. Lucha huelguística sin precedente en el mundo por su amplitud y dureza. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación práctica de las relaciones existentes entre el proletariado dirigente y los campesinos dirigidos, vacilantes e inestables. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma soviética de organización[4]. Las dispu-

tas de aquel entonces sobre el papel de los soviets son un anticipo de la gran lucha de 1917-20. La sucesión de las formas de lucha parlamentarias y no parlamentarias, de la táctica de boicot del parlamentarismo y de participación en el mismo y de las formas legales e ilegales de lucha, así como sus relaciones recíprocas y los vínculos existentes entre ellas, se distinguen por una asombrosa riqueza de contenido. Desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política –por las masas y los jefes, por las clases y los partidos–, cada mes de este período equivale a un año de desarrollo "pacífico" y "constitucional". Sin el "ensayo general" de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre de 1917 hubiera sido imposible.

Años de reacción (1907-10). El zarismo ha triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Abatimiento, desmoralización, escisiones, dispersión, apostasías, pornografía en vez de política. Reforzamiento de la tendencia al idealismo filosófico, misticismo como disfraz de un estado de espíritu contrarrevolucionario. Pero, al mismo tiempo, justamente la gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección en extremo provechosa, una lección de dialéctica histórica, de comprensión, destreza y arte para librar la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir apresuradamente los restos del modo de vida preburgués, patriarcal en Rusia. El desarrollo burgués del país progresa con rapidez notable. Las ilusiones al margen y por encima de las clases, las ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, se desvanecen. La lucha de clases se manifiesta de un modo absolutamente nuevo y con mayor relieve.

Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar la ofensiva. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completar-

la con la de saber replegarse acertadamente. Hay que comprender –y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia– que no se puede triunfar sin saber desplegar la ofensiva y retirarse con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques quienes se replegaron con mayor orden, con menos quebranto de su "ejército", conservando mejor su núcleo central, con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización, con mayor capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque desenmascararon sin piedad y expulsaron a los revolucionarios de palabra, obstinados en no comprender que es necesario replegarse, que es preciso saber replegarse, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios y en las organizaciones sindicales, cooperativas, de seguros y otras semejantes, por muy reaccionarias que sean.

Años de ascenso (1910-14). Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos del Lena[5] de 1912, algo más rápido. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques desplazaron a los mencheviques, cuyo papel como agentes burgueses en el movimiento obrero fue admirablemente comprendido después de 1905 por toda la burguesía y a los cuales, por eso mismo, sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero éstos no hubieran logrado nunca desplazarles si no hubiesen aplicado una táctica acertada, combinando la labor ilegal con la utilización obligatoria de las "posibilidades legales". En la más reaccionaria de las Dumas[6] los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera.

Primera guerra imperialista mundial (1914-17). El parlamentarismo legal, con un "parlamento" ultrarreaccionario, presta los mayores servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados

bolcheviques son deportados a Siberia[7]. En la prensa de la emigración se manifiestan plenamente todos los matices de las concepciones del socialimperialismo, del socialchovinismo, del socialpatriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y los vejestorios de la II Internacional, que fruncían el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de "fracciones" en el socialismo ruso y ante la lucha encarnizada de éstas entre sí, fueron incapaces, cuando la guerra suprimió en *todos* los países adelantados la cacareada "legalidad", de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, un intercambio libre (ilegal) de ideas y una elaboración libre (ilegal) de concepciones justas, semejantes al que organizaron los revolucionarios rusos en Suiza y otros países. A ello se debe, precisamente, que los socialpatriotas descarados y los "kautskianos" de todos los países hayan resultado los peores traidores del proletariado. Y si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-20, una de las causas fundamentales de esta victoria consiste en que ya desde finales de 1914 desenmascaró sin piedad la villanía, la infamia y la abyección del socialchovinismo y del "kautskismo" (al cual corresponden el longuetismo[8] en Francia, las ideas de los jefes del Partido Laborista Independiente[9] y de los fabianos[10] en Inglaterra, de Turati en Italia, etc.) y en que las masas se fueron convenciendo después cada vez más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

Segunda revolución rusa (febrero-octubre de 1917). El grado inverosímil de decrepitud y caducidad del zarismo suscitó contra él (con ayuda de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa) una inusitada fuerza destructora. En pocos días, Rusia se convirtió en una república democrático-burguesa más libre (en las condiciones de la guerra) que cualquier otro país. Los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios comenzaron

a formar gobierno, como en las repúblicas del más "puro parlamentarismo", pues el título de jefe de un partido de oposición en el parlamento, hasta en el más reaccionario, *ha facilitado* el papel futuro de este jefe en la revolución.

En pocas semanas, los mencheviques y los "socialrevolucionarios" dominaron a la perfección todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los héroes europeos de la Internacional, de los ministerialistas[11] y de toda la chusma oportunista. Todo lo que leemos hoy sobre los Scheidemann y los Noske, Kautsky e Hilferding, Renner y Austerlitz, Otto Bauer y Fritz Adler, Turati y Longuet, sobre los fabianos y los jefes del Partido Laborista Independiente de Inglaterra nos parece (y lo es en realidad) una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha jugado una mala pasada, obligando a los oportunistas de un país atrasado a adelantarse a los oportunistas de una serie de países avanzados.

Si todos los héroes de la II Internacional han fracasado y se han cubierto de oprobio en la cuestión del papel e importancia de los soviets y del poder soviético; si se han cubierto de ignominia con particular "brillantez" y se han embrollado en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado actualmente de la II Internacional (el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania[12], el partido longuetista de Francia y el Partido Laborista Independiente de Inglaterra); si todos ellos han resultado esclavos de los prejuicios de la democracia pequeño-burguesa (exactamente al modo de los pequeños burgueses de 1848, que se llamaban "socialdemócratas"), también es cierto que *todo eso* lo hemos visto *ya* en el ejemplo de los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados en febrero-octubre de 1917 por los mencheviques, que fracasaron por no haber sabido comprender el papel e importancia de los mismos, y hoy ha surgido

en el mundo entero la idea del poder soviético, idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países. Mientras tanto, los viejos héroes de la II Internacional fracasan *en todas partes* por no haber sabido comprender, igual que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los soviets. La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales de la revolución proletaria, *todos* los países pasarán inevitablemente por lo mismo que ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria (de hecho) burguesa y contra los mencheviques con suma prudencia y no la prepararon, ni mucho menos, con la sencillez que se imaginan hoy frecuentemente en Europa y América. Al comienzo del período intencionado *no* incitamos a derribar el gobierno, sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo sin modificar previamente la composición y el estado de ánimo de los soviets. No declaramos el boicot al parlamento burgués, a la Constituyente, sino que dijimos –a partir de la Conferencia de nuestro Partido celebrada en abril de 1917 lo dijimos oficialmente en nombre del Partido– que una república burguesa con una Constituyente era preferible a la misma república sin Constituyente, pero que la república "obrera y campesina" soviética es mejor que cualquier república democráticoburguesa, parlamentaria. Sin esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y prolongada no hubiésemos podido alcanzar ni mantener la victoria de Octubre de 1917.

IV
¿En lucha contra qué enemigos en el seno del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo?

En primer lugar, y sobre todo, en lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y se pasó para siempre a la burguesía contra el proletariado. Este era, naturalmente, el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo a escala mundial. El bolchevismo ha prestado y presta a este enemigo la mayor atención. Este aspecto de la actividad de los bolcheviques es conocido ya bastante bien en el extranjero.

Distinta es la situación en lo que se refiere a otro enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía de un modo muy insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de lucha contra el *revolucionarismo pequeño-burgués,* parecido al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado. Para los marxistas está plenamente establecido desde el punto de vista teórico –y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios de Europa lo confirma por entero– que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social que en muchos países europeos está muy difundido y tiene carácter de masas), que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de existencia y la ruina, cae con facilidad en el ultrarrevolucionarismo, pero es incapaz de manifestar serenidad, espíritu de organización, disciplina y firmeza. El pequeño-burgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas.

Son del dominio público la inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad y la facilidad con que se transforman rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasías, incluso en un entusiasmo "furioso" por tal o cual corriente burguesa "de moda". Pero el reconocimiento teórico, abstracto, de semejantes verdades no es suficiente, en modo alguno, para poner a un partido revolucionario al abrigo de los viejos errores, que se producen siempre por motivos inesperados, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno antes no vistos, en una situación original (más o menos original).

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos anomalías se complementaban mutuamente. Y si el anarquismo ejerció en Rusia una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones (1905 y 1917) y durante su preparación, a pesar de que la población pequeño-burguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, ello se debe en parte, sin duda alguna, al bolchevismo, que siempre luchó del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Digo "en parte", porque lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en la década de los 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su carácter falso y su incapacidad para servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

Al surgir en 1903, el bolchevismo heredó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeño-burgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó particularmente en nuestro país en 1900, cuando se sentaron las bases del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo hizo suya y continuó la lucha contra el partido que más fielmente expresaba

las tendencias del revolucionarismo pequeño-burgués (es decir, el partido de los "socialistas revolucionarios") en tres puntos principales. En primer lugar, este partido, que rechazaba el marxismo, no quería comprender obstinadamente (tal vez fuera más justo decir que no podía comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. En segundo lugar, este partido veía un signo particular de su "revolucionarismo" o de su "izquierdismo" en el reconocimiento del terror individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros rechazábamos el terror individual sólo por motivos de conveniencia; pero las gentes capaces de condenar "por principio" el terror de la gran revolución francesa o, en general, el terror de un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes fueron ya ridiculizadas y puestas en la picota por Plejánov en 1900, cuando éste era marxista y revolucionario. En tercer lugar, ser "izquierdista" consistía, para los "socialrevolucionarios", en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido en cuestiones como la agraria o la de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, a escala histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia *revolucionaria* alemana (y téngase en cuenta que Plejánov reclamaba ya en 1900-03 la expulsión de Bernstein del partido y que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, desenmascaraban en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien[13]) estaba *más cerca que nadie* del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las quiebras y crisis ignominiosas de la época de la guerra y de los

primeros años que la siguieron, se ve con claridad que, de todos los partidos occidentales, la socialdemocracia revolucionaria alemana es, precisamente, la que ha dado los mejores jefes y la que se ha repuesto, curado y fortalecido con mayor rapidez. Esto se advierte también en el partido de los espartaquistas[14] y en el ala izquierda, proletaria, del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", que sostiene una firme lucha contra el oportunismo y la falta de carácter de los Kautsky, los Hilferding, los Ledebour y los Crispien. Si lanzamos ahora una ojeada a un período histórico completamente terminado, que va desde la Comuna de París[15] hasta la primera República Socialista Soviética, veremos dibujarse con relieve absolutamente definido e indiscutible la posición del marxismo ante el anarquismo. A fin de cuentas, el marxismo ha demostrado tener razón. Y si los anarquistas señalaban con justicia el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, hay que advertir, en primer lugar, que ese carácter oportunista obedecía a una deformación y hasta a una ocultación consciente de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro *El Estado y la Revolución* he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante 36 años, de 1875 a 1911, la carta en que Engels[16] denunciaba con singular relieve, vigor, franqueza y claridad el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga sobre el Estado); en segundo lugar, que la rectificación de estas ideas oportunistas y el reconocimiento del poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa han partido con mayor amplitud y rapidez precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

Ha habido dos momentos en los que la lucha del bolchevismo contra las desviaciones "izquierdistas" de su propio partido ha adquirido una magnitud particularmente considerable: en 1908, en torno a la participación

en un "parlamento" ultrarreaccionario y en las sociedades obreras legales regidas por las leyes más reaccionarias, y en 1918 (paz de Brest[17]), en torno a la admisibilidad de tal o cual "compromiso".

En 1908, los bolcheviques "de izquierda" fueron expulsados de nuestro Partido por su empeño en no querer comprender la necesidad de participar en un "parlamento" ultrarreaccionario[18]. Los "izquierdistas", entre los que había muchos excelentes revolucionarios que fueron después (y siguen siendo) honrosamente miembros del Partido Comunista, se apoyaban, sobre todo, en la feliz experiencia del boicot de 1905. Cuando el zar anunció en agosto de 1905 la convocatoria de un "parlamento" consultivo[19], los bolcheviques, contra todos los partidos de oposición y contra los mencheviques, declararon el boicot a este parlamento, que fue barrido, en efecto, por la revolución de octubre de 1905[20]. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien abstenerse en general de participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue tenida en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y, sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. Además, el motivo de la lucha era, a la sazón, saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa o si debía intentarse arrancársela de las manos a las viejas autoridades. Por cuanto no había ni podía haber la certeza plena de que la situación objetiva era análoga y de que su desarrollo había de realizarse en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot de los bolcheviques al "parlamento" en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de lucha es, a veces, conveniente y hasta obligado saber renunciar a las formas

parlamentarias. Pero transportar ciegamente, por simple imitación, sin un espíritu crítico, esta experiencia a *otras* condiciones, a *otra* situación, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible*, fue el boicot de los bolcheviques a la Duma en 1906.

Fueron errores mucho más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y años sucesivos, pues, por una parte, no había que esperar que volviera a levantarse con mucha rapidez la ola revolucionaria y se transformara en insurrección y, por otra, el conjunto de la situación histórica creada por la renovación de la monarquía burguesa dictaba la necesidad de combinar el trabajo legal con el ilegal. Hoy, cuando se considera de manera retrospectiva este período histórico terminado por completo, cuyo enlace con los períodos posteriores se ha manifestado ya plenamente, se comprende con singular claridad que los bolcheviques *no habrían podido* conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el núcleo sólido del partido revolucionario del proletariado durante los años 1908-14 si no hubiesen defendido en la más dura contienda la combinación *obligatoria* de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación *obligatoria* en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de instituciones regidas por leyes reaccionarias (mutualidades, etc.).

En 1918 las cosas no llegaron a la escisión. Los comunistas "de izquierda" sólo constituyeron entonces un grupo especial o "fracción" dentro de nuestro Partido, y no por mucho tiempo. En el mismo año, los representantes más señalados del "comunismo de izquierda"[21], los camaradas Rádek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron abiertamente su error. Les parecía que la paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable por prin-

* De la política y de los partidos se puede decir −con las variantes correspondientes− lo mismo que de los individuos. Inteligente no es quien no comete errores. Hombres que no cometen errores no los hay ni puede haberlos. Inteligente es quien comete errores que no son muy graves y sabe corregirlos bien y pronto.

cipio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente de un compromiso de tal género que era *obligatorio* en tales circunstancias.

Cuando oigo hoy, por ejemplo, a los "socialrevolucionarios" atacar la táctica seguida por nosotros al firmar la paz de Brest, o una observación como la que me hizo el camarada Lansbury en el curso de una conversación: "Los jefes de nuestras tradeuniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido", respondo habitualmente, ante todo, con una comparación sencilla y "popular".

Figuraos que el automóvil en que viajáis es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revólver y el automóvil; pero, a cambio de ello, os veis desembarazados de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, evidentemente, de un compromiso. *Do ut des* ("te doy" mi dinero, mis armas y mi automóvil "para que me des" la posibilidad de marcharme en paz). Pero difícilmente se encontraría un hombre cuerdo capaz de declarar que semejante compromiso es "inadmisible desde el punto de vista de los principios" o de denunciar al que lo ha concertado como cómplice de los bandidos (aunque éstos, una vez dueños del automóvil y de las armas, puedan utilizarlos para nuevos pillajes). Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Pero cuando los mencheviques y los socialrevolucionarios en Rusia, los partidarios de Scheidemann (y, en parte considerable, los kautskianos) en Alemania, Otto Bauer y Friedrich Adler (sin hablar de los señores Renner y comparsa) en Austria, los Renaudel, Longuet y compañía en Francia, los fabianos, los "independientes" y los "laboristas"[22] en Inglaterra concertaron, en 1914-18 y en 1918-20, con los bandidos de su propia burguesía y a veces de la burguesía "aliada" *compromisos* dirigidos *contra* el proletariado revolucionario de su propio país, esos señores obraron como *cómplices de los bandidos.*

La conclusión es clara: rechazar los compromisos "por principio", negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualesquiera que sea, constituye una puerilidad que incluso es difícil tomar en serio. El político que quiera ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos *concretos* de compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una expresión de oportunismo y de *traición*, y dirigir contra *tales* compromisos *concretos* toda la fuerza de la crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los socialistas, con su gran experiencia de "maniobreros", y a los jesuitas parlamentarios escurrir el bulto, eludir la responsabilidad por medio de disquisiciones sobre los "compromisos en general". Los señores "jefes" de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista "Independiente", pretenden eludir precisamente así la responsabilidad por *la traición que han cometido,* por haber concertado *semejante* compromiso, que no es en realidad sino oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las circunstancias concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas para disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas para participar en el reparto del botín. En política, esto dista mucho de ser siempre tan fácil como en el ejemplillo de simplicidad infantil. Pero sería sencillamente un charlatán quien pretendiera inventar para los obreros una receta que diese por adelantado soluciones adecuadas para todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario no han de surgir nunca dificultades ni situaciones embrolladas.

A fin de no dejar lugar a interpretaciones falsas, intentaré esbozar, aunque sea brevemente, algunas tesis fundamentales para el análisis de los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con los imperialistas alemanes el compromiso consistente en firmar la paz de Brest había venido elaborando en la práctica su internacionalismo desde finales de 1914. Dicho partido no temió proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar la "defensa de la patria" en la guerra entre dos aves de rapiña imperialistas. Los diputados de dicho partido en el parlamento fueron deportados a Siberia, en vez de seguir el camino que conduce a las carteras ministeriales en un gobierno burgués. La revolución, al derribar el zarismo y proclamar la república democrática, sometió a este partido a una nueva y gran prueba: no concertó ningún acuerdo con los imperialistas de "su" país, sino que preparó su derrocamiento y los derrocó. Este mismo partido, una vez dueño del poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad terrateniente ni de la propiedad capitalista. Después de publicar y hacer añicos los tratados secretos de los imperialistas, este partido propuso la paz a *todos* los pueblos[23] y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest cuando los imperialistas anglo-franceses frustraron la paz y los bolcheviques hubieron hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución en Alemania y en otros países. La plena justeza de semejante compromiso, contraído por tal partido en tales circunstancias, se hace cada día más clara y evidente para todos.

Los mencheviques y socialrevolucionarios de Rusia (igual que todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero en 1914-20) empezaron por la traición, justificando directa o indirectamente la "defensa de la patria", es decir, la defensa de su burguesía expoliadora, y persistieron en la traición coligándose con la burguesía de *su* país y luchando al lado *suyo* contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque en Rusia con Kerensky y los

demócratas-constitucionalistas[24] primero, con Kolchak y Denikin después, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de *sus* países respectivos, fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. *Su* compromiso con los bandidos del imperialismo consistió, desde el principio hasta el fin, en convertirse en *cómplices* del bandolerismo imperialista.

V
El comunismo 'de izquierda' en Alemania. Jefes, partido, clase, masa.

Los comunistas alemanes, de quienes debemos hablar ahora, no se llaman "izquierdistas", sino "oposición de principio"[25], si no me equivoco. Pero por lo que sigue se verá que tienen todos los síntomas de la "enfermedad infantil del izquierdismo".

El folleto titulado *Una escisión en el Partido Comunista de Alemania (Liga de los Espartaquistas),* que refleja el punto de vista de esta oposición y ha sido editado por el "Grupo local de Francfort del Meno", expone con sumo relieve, exactitud, claridad y concisión la esencia de los puntos de vista de esta oposición. Algunas citas serán suficientes para dar a conocer al lector dicha esencia:

> "El Partido Comunista es el partido de la lucha de clases más decidida...".
>
> "... desde el punto de vista político, este período de transición [entre el capitalismo y el socialismo] es el período de la dictadura del proletariado...".
>
> "... Se plantea la cuestión: ¿quién debe ejercer la dictadura: *el Partido Comunista o la clase proletaria?... Por principio,* ¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?...".
>
> (Las palabras subrayadas lo están también en el original).

Más adelante, el autor del folleto acusa al Comité Central del Partido Comunista de Alemania de buscar una coalición con el Partido Socialdemócrata independiente de Alemania, de que "la cuestión del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos" de lucha, entre ellos el parlamentarismo, ha sido

planteada por este Comité Central sólo para ocultar sus verdaderas y principales intenciones de coligarse con los independientes. Y el folleto continúa:

> "La oposición ha elegido otro camino. Sostiene el criterio de que la cuestión de la hegemonía del Partido Comunista y de su dictadura no es más que una cuestión de táctica. En todo caso, la hegemonía del Partido Comunista es la forma última de toda hegemonía del Partido. *Por principio,* ha de tenderse a la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del Partido, su organización, sus formas de lucha, su estrategia y su táctica deben estar orientadas a este fin. De acuerdo con ello, hay que rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos, todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios, que han caducado ya histórica y políticamente, toda política de maniobra y conciliación". Los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria deben ser subrayados con energía. Y para abarcar a los más amplios sectores y capas proletarias, que deben incorporarse a la lucha revolucionaria bajo la dirección del Partido Comunista, hay que crear nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con el más amplio marco. Este lugar de agrupamiento de todos los elementos revolucionarios es la *unión obrera,* constituida sobre la base de las organizaciones de fábrica. En ella deben unirse todos los obreros fieles al lema ¡Fuera de los sindicatos! Es ahí donde se forma el proletariado militante en las más vastas filas combativas. Para ser admitido, basta el reconocimiento de la lucha de clases, del sistema de los soviets y de la dictadura. Toda la educación política ulterior de las masas militantes y su orientación política en la lucha es misión del Partido Comunista, que se halla fuera de la unión obrera...".

> "...Hay ahora, por consiguiente, dos partidos comunistas frente a frente: *Uno, el partido de los jefes*, que trata de organizar y dirigir la lucha revolucionaria desde arriba, aceptando los compromisos y el parlamentarismo con el fin de crear situaciones que permitan a esos jefes entrar en un gobierno de coalición, en cuyas manos se halle la dictadura.
> *Otro, el partido de las masas,* que espera el ascenso de la lucha revolucionaria *desde abajo* y conoce y aplica para esta lucha un solo método que conduce claramente al fin, rechazando todos los procedimientos parlamentarios y oportunistas; ese método único es *el derrocamiento* incondicional de *la burguesía* para implantar después la dictadura de clase del proletariado con el objetivo de instaurar el socialismo...".
> "...¡De un lado, la dictadura de los jefes; de otro, la dictadura de las masas! Ésa es nuestra consigna".

Tales son las tesis esenciales que caracterizan el punto de vista de oposición en el Partido Comunista Alemán. Todo bolchevique que haya participado conscientemente en el desarrollo del bolchevismo desde 1903 o lo haya observado de cerca, no podrá por menos que exclamar inmediatamente después de haber leído estos razonamientos: "¡Qué antiguallas tan conocidas! ¡Qué infantilismo de 'izquierda'!".

Pero examinemos más de cerca estos razonamientos.

El solo hecho de plantear la cuestión de "¿Dictadura del Partido o dictadura de la clase? ¿Dictadura (partido) de los jefes o dictadura (partido) de las masas?" atestigua la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gentes que se esfuerzan por inventar algo enteramente original y que, en su afán de sabiduría, no consiguen sino caer en el ridículo. De todos es sabido que las masas se dividen en clases, que oponer las masas a las clases no

puede permitirse más que en un sentido: si se opone una inmensa mayoría en su totalidad, sin dividirla según las posiciones ocupadas en el régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en este régimen; que las clases están, habitualmente y en la mayoría de los casos (por lo menos en los países civilizados modernos), dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, como regla general, por grupos más o menos estables, integrados por las personas más prestigiosas, influyentes y expertas, elegidas para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas jefes. Todo esto es el abecé, todo esto es sencillo y claro. ¿Que necesidad había de poner en su lugar no sé qué galimatías, no sé qué nuevo *volapük*[26]? De un lado, estas gentes se han embrollado, por lo visto, cayendo en una situación difícil, cuando la sucesión rápida de la vida legal e ilegal del Partido altera las relaciones ordinarias, normales y simples entre los jefes, los partidos y las clases. En Alemania, como en los demás países europeos, se está excesivamente habituado a la legalidad, a la elección libre y regular de los "jefes" por los congresos ordinarios de los partidos, a la comprobación cómoda de la composición de clase de estos últimos por medio de las elecciones al parlamento, de los mítines, la prensa, el estado de espíritu de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando, en virtud de la marcha impetuosa de la revolución y del desarrollo de la guerra civil, ha sido preciso pasar rápidamente de esta rutina a la sucesión de la legalidad y la ilegalidad y a su combinación, a procedimientos "poco cómodos", "no democráticos" para designar, formar o conservar los "grupos de dirigentes", la gente ha perdido la cabeza y ha empezado a inventar un monstruoso absurdo. Por lo visto, algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que han tenido la desgracia de nacer en un país pequeño, con una tradición y unas condiciones de situación legal particularmente privilegiada y estable y que jamás han

visto la sucesión de las situaciones legales e ilegales, se han embrollado y han perdido la cabeza, favoreciendo absurdas invenciones.

Por otra parte, salta a la vista el uso irreflexivo e ilógico de algunas palabrejas "de moda" en nuestra época sobre "la masa" y "los jefes". La gente ha oído muchos ataques contra los "jefes" y se los ha aprendido de memoria, ha oído cómo los contraponían a la "masa", pero no ha sabido reflexionar acerca del sentido de todo esto y ver las cosas claras.

Al final de la guerra imperialista y después de ella, en todos los países se ha manifestado con singular vivacidad y relieve el divorcio entre "los jefes" y "la masa". La causa fundamental de este fenómeno fue explicada muchas veces por Marx y Engels de 1852 a 1892 tomando el ejemplo de Inglaterra. La situación monopolista de dicho país dio origen al nacimiento de una "aristocracia obrera" oportunista, semipequeño-burguesa, salida de la "masa". Los jefes de esta aristocracia obrera se pasaban constantemente al campo de la burguesía, que los mantenía de manera directa o indirecta. Marx se granjeó el odio, que le honra, de estos canallas por haberles tildado públicamente de traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha creado una situación privilegiada, monopolista, en favor de algunos países adelantados, y sobre este terreno ha surgido en todas partes dentro de la II Internacional ese tipo de jefestraidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su corporación, de su reducida capa de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han separado de las "masas", es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de su mayoría, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible sin luchar contra este mal, sin desenmascarar, poner en la picota y expulsar a los jefes oportunistas socialtraidores; esa política es la que ha aplicado, precisamente, la III Internacional[27].

Pero llegar con este pretexto a contraponer, *en términos generales,* la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes es un absurdo ridículo y una necedad. Lo más divertido es que, de hecho, en lugar de los antiguos jefes que se atienen a ideas comunes sobre las cosas simples, se destaca (encubriéndolo con la consigna de "abajo los jefes") a *jefes nuevos* que dicen soberanas tonterías y disparates. Tales son, en Alemania, Lauffenberg, Wolfheim, Horner, Carlos Schröder, Federico Wendel y Carlos Erler*. Las tentativas de este último de "profundizar" en la cuestión y proclamar, en general, la inutilidad y el "carácter burgués" de los partidos políticos representan tales columnas de Hércules[28] de la estupidez que le dejan a uno estupefacto. ¡Cuán cierto es que un pequeño error puede llevar a otro monstruosamente grande, si se insiste en él, si se profundiza para encontrarle justificación y si se intenta "llevarlo hasta el fin"!

Negar la necesidad del Partido y de la disciplina de partido: he ahí *el resultado* a que ha llegado la oposición. Y esto equivale a desarmar por completo al proletariado *en provecho de la burguesía.* Equivale precisamente a la dispersión, la inestabilidad, la incapacidad para dominarse, para unirse, para actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeño-burgueses que, de ser indulgente con ellos, causan de modo inevitable la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar la necesidad del Partido desde el punto de vista del comunismo es dar un salto desde la víspera de la bancarrota del

*En el *Diario Obrero Comunista* (nº 32, Hamburgo, 7 de febrero de 1920), Erler dice en un artículo titulado *La disolución del Partido:* "La clase obrera no puede destruir el Estado burgués sin aniquilar la democracia burguesa, y no puede aniquilar la democracia burguesa sin destruir los partidos". Las cabezas más confusas de los sindicalistas y anarquistas latinos pueden sentirse "satisfechas": algunos alemanes de peso que, por lo visto, se consideran marxistas (con sus artículos en el citado periódico, Erler y Horner demuestran con aplomo que se consideran marxistas sólidos, aunque dicen de un modo singularmente ridículo tonterías inverosímiles, manifestando así no comprender el abecé del marxismo) llegan a afirmar cosas absurdas por completo. El reconocimiento del marxismo no preserva por sí solo de los errores. Los rusos saben bien esto, porque el marxismo ha estado "de moda" con harta frecuencia en nuestro país.

capitalismo (en Alemania), no hasta la fase inferior o media del comunismo, sino hasta su fase superior. En Rusia (después de más de dos años tras el derrocamiento de la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán *durante años* en todas partes *después* de la conquista del poder por el proletariado. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (¡pero existen, sin embargo, pequeños patronos!), este plazo sea más corto. Suprimir las clases no sólo significa expulsar a los terratenientes y a los capitalistas –esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad–, sino también *acabar con los pequeños productores de mercancías;* pero a éstos *no se les puede expulsar,* no se les puede aplastar; con ellos *hay que convivir,* y sólo se puede (y se debe) transformarlos, reeducarlos, mediante una labor de organización muy larga, lenta y prudente. Estos pequeños productores cercan al proletariado por todas partes de elemento pequeño-burgués, lo impregnan de este elemento, lo corrompen con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeño-burguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento. Para hacer frente a eso, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal*), son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de

las masas e influir sobre él es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que "vencer" a millones y millones de pequeños patronos, los cuales, con su labor corruptora invisible, inaprensible, cotidiana, producen los *mismos* resultados que necesita la burguesía, que determinan la *restauración* de ésta. Quien debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del Partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

Al lado de la cuestión sobre los jefes, el partido, la clase y la masa hay que plantear la cuestión de los sindicatos "reaccionarios". Pero antes me permitiré hacer, a modo de conclusión, algunas observaciones fundadas en la experiencia de nuestro Partido. En éste *han existido siempre* ataques contra la "dictadura de los jefes". La primera vez, que yo recuerde, fue en 1895, cuando nuestro Partido no existía aún formalmente, pero empezaba ya a constituirse en Petersburgo el grupo central que debía tomar en sus manos la dirección de los grupos de distrito[29]. En el IX Congreso de nuestro Partido (abril de 1920) hubo una pequeña oposición, que se pronunció asimismo contra la "dictadura de los jefes", la "oligarquía", etc. No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en la "enfermedad infantil" del "comunismo de izquierda" entre los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin peligro y, una vez pasada, el organismo incluso se fortalece. Por otra parte, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, que implica la necesidad de "ocultar", de rodear de singular secreto precisamente al Estado Mayor, a los jefes, motivó a veces en nuestro país fenómenos profundamente peligrosos. El peor de ellos fue la entrada en 1912 en el Comité Central bolchevique de un agente provocador, Malinovski, que delató a decenas y decenas de los más excelentes y abnegados camaradas, haciendo que fueran condenados a trabajos forzados y acelerando la muerte

de muchos de ellos. Si no causó más daño fue porque habíamos establecido adecuadamente la correlación entre el trabajo legal e ilegal. Para ganarse nuestra confianza, Malinovski, como miembro del Comité Central del Partido y diputado a la Duma, tuvo que ayudarnos a organizar la publicación de periódicos diarios legales, que incluso bajo el zarismo supieron luchar contra el oportunismo de los mencheviques y predicar los principios fundamentales del bolchevismo con el necesario disimulo. Con una mano, Malinovski mandaba al presidio y a la muerte a decenas y decenas de los mejores combatientes del bolchevismo, pero con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de millares de nuevos bolcheviques por medio de la prensa legal. Este es un hecho sobre el que deberían reflexionar detenidamente los camaradas alemanes (y también los ingleses, los norteamericanos, los franceses y los italianos), que tienen planteada la tarea de aprender a realizar una labor revolucionaria en los sindicatos reaccionarios*.

En muchos países, hasta en los más adelantados, la burguesía envía y seguirá enviando, sin duda alguna, provocadores a los partidos comunistas. Uno de los medios de luchar contra este peligro consiste en saber combinar acertadamente el trabajo ilegal con el legal.

---

* Malinovski estuvo prisionero en Alemania. Cuando regresó a Rusia, ya bajo el poder bolchevique, fue inmediatamente entregado a los tribunales y fusilado por nuestros obreros. Los mencheviques nos han atacado con especial acritud por el error de haber tenido un provocador en el Comité Central de nuestro Partido. Pero cuando bajo Kerensky exigimos que fuera detenido y juzgado el presidente de la Duma, Rodzianko, que desde antes de la guerra sabía que Malinovski era un provocador *y no lo había comunicado* a los diputados trudoviques[30] y obreros en la Duma, ni los mencheviques ni los socialrevolucionarios, que formaban gobierno con Kerensky, apoyaron nuestra demanda y Rodzianko quedó en libertad y pudo unirse a Denikin sin el menor obstáculo.

VI
¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?

Los "izquierdistas" alemanes consideran que pueden responder con una negativa absoluta a esta pregunta. A su juicio, el vocerío y los gritos de cólera contra los sindicatos "reaccionarios" y "contrarrevolucionarios" (K. Horner se distingue por el "aplomo" y la necedad con que hace esto) bastan para "demostrar" la inutilidad y hasta la inadmisibilidad de que los revolucionarios, los comunistas, actúen en los sindicatos contrarrevolucionarios, en los sindicatos amarillos, socialchovinistas, conciliadores y de los Legien.

Pero, por muy convencidos que estén los "izquierdistas" alemanes del carácter revolucionario de semejante táctica, ésta es, en realidad, profundamente errónea y no contiene más que frases vacías.

Para aclararlo partiré de nuestra propia experiencia, conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a Europa Occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contienen de aplicable, importante y obligatorio en todas partes.

La correlación entre jefes, partido, clase y masa y, al mismo tiempo, la actitud de la dictadura del proletariado y de su partido con respecto a los sindicatos se presenta actualmente entre nosotros en la siguiente forma concreta: la dictadura la ejerce el proletariado organizado en los soviets y dirigido por el Partido Comunista Bolchevique, que, según los datos del último Congreso (abril de 1920), cuenta con 611.000 miembros. El número de afiliados ha oscilado mucho tanto antes como después de la Revolución de Octubre y ha sido considerablemente menor incluso en 1918-191931. Tememos ampliar excesivamente el Partido porque los arribistas y truhanes, que no merecen más que ser fusilados, tienden inevitablemente

a infiltrarse en el partido gobernante. La última vez que abrimos de par en par las puertas del Partido –sólo para los obreros y los campesinos– fue en los días (invierno de 1919) en que Yudénich se encontraba a algunas *verstas* de Petrogrado y Denikin estaba en Oriol (a unas trescientas cincuenta *verstas* de Moscú), es decir, cuando la República Soviética se veía ante un peligro terrible, mortal, y los aventureros, los arribistas, los truhanes y, en general, los elementos inestables no podían contar en modo alguno con hacer una carrera ventajosa (sino más bien con la horca y las torturas) si se adherían a los comunistas[32]. El Partido, que convoca congresos anuales (en el último la representación fue de un delegado por cada mil militantes), es dirigido por un Comité Central de 19 miembros, elegido en el Congreso; la gestión de los asuntos corrientes la ejercen en Moscú dos organismos aún más restringidos, denominados "Buró de Organización" y "Buró Político", que se eligen en sesiones plenarias del Comité Central y de cada uno de los cuales forman parte cinco miembros del CC. Nos hallamos, por consiguiente, en presencia de una verdadera "oligarquía". Ninguna cuestión importante política o de organización es resuelta por cualquier institución estatal de nuestra República sin las indicaciones rectoras del Comité Central del Partido.

En su labor, el Partido se apoya directamente en *los sindicatos,* que tienen ahora, según los datos del último Congreso (abril de 1920), más de cuatro millones de afiliados y que en el aspecto formal son *sin partido.* De hecho, todas las instituciones dirigentes de la inmensa mayoría de los sindicatos y, sobre todo, naturalmente, la central o buró sindical de toda Rusia (Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia) se componen de comunistas y aplican todas las directrices del Partido. Se obtiene, en conjunto, un aparato proletario, formalmente no comunista, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el Partido está ligado de manera estrecha *a la clase y*

a las masas y a través del cual se ejerce, bajo la dirección del Partido, *la dictadura de la clase.* Es natural que nos hubiera sido imposible gobernar el país y ejercer la dictadura, no ya dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la más estrecha ligazón con los sindicatos, sin su apoyo entusiasta, sin su abnegadísima labor tanto en la organización económica *como en la militar.* Como se comprenderá, esta estrechísima ligazón significa, en la práctica, una labor de propaganda y agitación muy compleja y variada, oportunas y frecuentes reuniones no sólo con los dirigentes, sino en general con los militantes que tienen influencia en los sindicatos y una lucha decidida contra los mencheviques, que han conservado hasta hoy cierto número de partidarios –muy pequeño en verdad–, a los que inician en todas las malas artes de la contrarrevolución, desde la defensa ideológica de la democracia (burguesa) y la prédica de la "independencia" de los sindicatos (independencia... ¡del poder estatal proletario!) hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc., etc.

Reconocemos que el contacto con las "masas" a través de los sindicatos es insuficiente. En el curso de la revolución se ha creado en nuestro país, en la práctica, un organismo que procuramos por todos los medios mantener, desarrollar y extender: *las conferencias de obreros y campesinos sin partido,* las cuales nos permiten observar el estado de ánimo de las masas, acercarnos a ellas, responder a sus anhelos, promover a los puestos del Estado a sus mejores elementos, etc. Un decreto reciente sobre la transformación del Comisariado del Pueblo de Control del Estado en "Inspección Obrera y Campesina" confiere a estas conferencias sin partido el derecho a elegir miembros del Control del Estado encargados de las funciones más diversas de revisión, etc.

Además, como es natural, toda la labor del Partido se realiza a través de los soviets, que agrupan a las masas trabajadoras, sin distinción de oficios. Los congresos de

distrito de los soviets representan una institución *democrática* como jamás se ha visto en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués. Por medio de estos congresos (cuya labor procura seguir el Partido con la mayor atención posible), así como por la designación constante de los obreros más conscientes para diversos cargos en las poblaciones rurales, el proletariado ejerce su función dirigente con respecto al campesinado, se realiza la dictadura del proletariado urbano, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general del poder estatal proletario examinado "desde arriba", desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique ruso, que conoce este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el curso de 25 años, no puede dejar de ver ridículas, pueriles y absurdas todas las discusiones sobre la dictadura "desde arriba" o "desde abajo", la dictadura de los jefes *o* la dictadura de las masas, etc., como lo sería una disputa acerca de la mayor o menor utilidad que tiene para el hombre la pierna izquierda o el brazo derecho.

Tampoco pueden dejar de parecernos un absurdo ridículo y pueril las disquisiciones muy sabias, pomposas y terriblemente revolucionarias de los izquierdistas alemanes acerca de que los comunistas no pueden ni deben actuar en los sindicatos reaccionarios, de que es permisible renunciar a semejante actividad, de que hay que salir de los sindicatos y organizar forzosamente una "unión obrera", nuevecita del todo y completamente pura, inventada por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos probablemente muy jóvenes), etc., etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas diferencias profesionales y corporativas entre los obreros, formadas en el transcurso de los

siglos, y, de otra, los sindicatos, que sólo muy lentamente, a lo largo de los años, pueden transformarse y se transformarán con el tiempo en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, a través de estos sindicatos de industria, se pasará a suprimir la división del trabajo entre los hombres, a educar, instruir y formar hombres *universalmente desarrollados y universalmente preparados,* hombres que lo sabrán hacer todo. Hacia eso marcha, debe marchar y *llegará* el comunismo, pero únicamente dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica a ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy "difícil", pero cualquier otro modo de abordar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello.

Los sindicatos fueron un progreso gigantesco de la clase obrera en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, por cuanto significaban el paso de la dispersión y de la impotencia de los obreros *a los rudimentos* de la unión de clase. Cuando empezó a desarrollarse la forma *superior* de unión de clase de los proletarios, *el partido revolucionario* del proletariado (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble), los sindicatos comenzaron a manifestar fatalmente *ciertos* rasgos reaccionarios, cierta estrechez gremial, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc. Pero el desarrollo del proletariado no se ha efectuado ni ha podido efectuarse en ningún país

de otro modo que por medio de los sindicatos y por su acción conjunta con el partido de la clase obrera. La conquista del poder político por el proletariado representa un progreso gigantesco de este último considerado como clase, y el partido debe consagrarse más, y de un modo nuevo y no sólo por los procedimientos antiguos, a educar a los sindicatos, a dirigirlos, sin olvidar a la vez que son y serán durante mucho tiempo una necesaria "escuela de comunismo", una escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso gradual de la dirección de toda la economía del país a manos de la *clase* obrera (y no de unas u otras profesiones), primero, y a manos de todos los trabajadores, después.

Bajo la dictadura del proletariado es *inevitable cierto* "espíritu reaccionario" de los sindicatos en el sentido indicado. No comprenderlo significa no comprender en absoluto las condiciones fundamentales de *la transición* del capitalismo al socialismo. Temer este "espíritu reaccionario", intentar *prescindir* de él, saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de vanguardia del proletariado, que consiste en instruir, ilustrar, educar, atraer a una nueva vida a las capas y las masas más atrasadas de la clase obrera y del campesinado. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta que no quede ni un solo obrero de estrecho espíritu profesional, ni un solo obrero con prejuicios tradeunionistas y corporativos, sería un error todavía más profundo. El arte del político (y la comprensión acertada de sus deberes en el comunista) consiste precisamente en saber apreciar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar victoriosamente el poder; en que puede, durante la toma del poder y después de ella, conseguir un apoyo suficiente de sectores suficientemente amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias; en que puede, una vez obtenido

dicho apoyo, mantener, afianzar y extender su dominio, educando, instruyendo y atrayendo a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Prosigamos. En países más adelantados que Rusia se ha hecho sentir, y debía hacerse sentir con carácter mucho más acentuado, indudablemente, que en el nuestro, cierto espíritu reaccionario de los sindicatos. Aquí, los mencheviques hallaban (y en parte hallan todavía en un pequeñísimo número de sindicatos) apoyo entre los sindicatos, gracias, precisamente, a esa estrechez corporativa, a ese egoísmo y oportunismo profesionales. Los mencheviques de Occidente se han "atrincherado" mucho más sólidamente en los sindicatos, ha surgido allí una capa mucho más fuerte que en nuestro país de *"aristocracia obrera" profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeño-burguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo.* Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y cía. en Europa Occidental es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político *completamente homogéneo*. Es preciso librar esta lucha implacablemente y continuarla de manera obligatoria, como hemos hecho nosotros, hasta poner en la picota y arrojar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político (y no debe intentarse tomar el poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado cierto grado; este "cierto grado" *no es idéntico* en todos los países y en todas las condiciones, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo con acierto en cada país (en Rusia nos dieron la medida del éxito en esta lucha, entre otras cosas, las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente[33], unos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas eleccio-

nes, los mencheviques sufrieron una espantosa derrota, obteniendo 700.000 votos –1.400.000 contando los de Transcaucasia– frente a los 9.000.000 logrados por los bolcheviques (véase mi artículo *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado, en el nº 7-8 de La Internacional Comunista).*

Pero la lucha contra la "aristocracia obrera" la sostenemos en nombre de las masas obreras y para ponerlas de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la sostenemos para ganarnos a la clase obrera. Sería necio olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Y tal es, precisamente, la necedad que cometen los comunistas alemanes "de izquierda", los cuales deducen del carácter reaccionario y contrarrevolucionario de *los cabecillas* de los sindicatos la conclusión de que es preciso... ¡¡salir de los sindicatos!!, ¡¡renunciar al trabajo en ellos!!, ¡¡crear formas de organización obrera nuevas, *inventadas*!! Una estupidez tan imperdonable, que equivale al mejor servicio que los comunistas pueden prestar a la burguesía. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son más que "agentes de la burguesía en el movimiento obrero" (como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques) o, en otros términos, los "lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas" *(labor lieutenants of the capitalist class)*, según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de León en los Estados Unidos. No actuar en el seno de los sindicatos reaccionarios significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u "obreros aburguesados" (véase la carta de Engels a Marx en 1858 acerca de los obreros ingleses[34]).

Precisamente la absurda "teoría" de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios demuestra

del modo más evidente con qué ligereza consideran estos comunistas "de izquierda" la cuestión de la influencia sobre las "masas" y de qué modo abusan de su griterío acerca de las "masas". Para saber ayudar a la "masa" y conquistar su simpatía, su adhesión y su apoyo no hay que temer las dificultades, las quisquillas, las zancadillas, los insultos y las persecuciones de los "jefes" (que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos en relación directa o indirecta con la burguesía y la policía) y se debe *trabajar* sin falta *allí donde estén las masas.* Hay que saber hacer toda clase de sacrificios y vencer los mayores obstáculos para llevar a cabo una propaganda y una agitación sistemáticas, tenaces, perseverantes y pacientes precisamente en las instituciones, sociedades y sindicatos, por reaccionarios que sean, donde haya masas proletarias o semiproletarias. Y los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos, en algunos casos) son precisamente las organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según datos publicados por el periódico sueco *Folkets Dagblad Politiken* el 10 de marzo de 1920, el número de miembros de las tradeuniones, que a finales de 1917 era de 5.500.000, se ha elevado a finales de 1918 a 6.600.000, es decir, ha aumentado un 19%. A fines de 1919, sus efectivos ascendían, según cálculos, a 7.500.000. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania, pero algunos hechos enteramente indiscutibles y conocidos de todos atestiguan el notable incremento del número de miembros de los sindicatos también en esos países.

Estos hechos prueban con entera claridad lo que confirman otros mil síntomas: el crecimiento de la conciencia y de los anhelos de organización precisamente en las masas proletarias, en sus "capas inferiores", atrasadas. En Inglaterra, Francia y Alemania, millones de obreros pasan *por primera vez* de la completa falta de organización a la forma más elemental e inferior, más simple y accesible (para los que se hallan todavía impregnados por

completo de prejuicios democrático-burgueses) de organización: los sindicatos; y los comunistas de izquierda, revolucionarios pero insensatos, quedan a un lado, gritan: "¡Masa! ¡Masa!", pero ¡¡*se niegan a actuar en los sindicatos,* so pretexto de su "espíritu reaccionario"!! e inventan una "unión obrera" nuevecita, pura, limpia de todo prejuicio democrático- burgués y de todo pecado corporativo y de estrechez profesional, que será (¡qué será!), dicen, amplia y para ingresar en la cual se exige solamente (¡solamente!) ¡¡el "reconocimiento de los soviets y de la dictadura"!! (Véase la cita transcrita más arriba).

¡Es imposible concebir mayor insensatez, mayor daño causado a la revolución por los revolucionarios "de izquierda"! Si hoy, en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía de Rusia y la de la Entente[35], estableciéramos como condición para el ingreso en los sindicatos el "reconocimiento de la dictadura", cometeríamos una tontería, malograríamos nuestra influencia sobre las masas y ayudaríamos a los mencheviques, pues la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber actuar *entre* ellos y no en *aislarse* de ellos mediante consignas sacadas de la cabeza e infantilmente "izquierdistas".

Es indudable que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux y Legien estarán muy reconocidos a esos revolucionarios "de izquierda" que, como los de la oposición "de principio" alemana (¡el cielo nos preserve de semejantes "principios"!) o algunos revolucionarios de "Los Obreros Industriales del Mundo"[36] en Estados Unidos, predican la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a actuar en ellos. No dudamos que los señores "jefes" del oportunismo recurrirán a todos los artificios de la diplomacia burguesa, a la ayuda de los gobiernos burgueses, de los curas, de la policía y de los tribunales para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos, para expulsarles de ellos por todos los medios y hacer lo más desagradable

posible su labor en los mismos, para ofenderles, acosarles y perseguirles. Hay que saber hacer frente a todo eso, estar dispuestos a todos los sacrificios, emplear incluso –en caso de necesidad– todas las estratagemas, astucias y procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con tal de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí, cueste lo que cueste, una labor comunista. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna "posibilidad legal"; pero cuando el policía Zubátov organizó sus asambleas y asociaciones obreras ultrarreaccionarias con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar contra ellos, enviamos allí a miembros de nuestro Partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, destacado obrero petersburgués fusilado en 1906 por los generales zaristas), que establecieron contacto con la masa, consiguieron realizar su agitación y arrancar a los obreros de la influencia de los agentes de Zubátov*.

Como es natural, actuar así resulta más difícil en los países de Europa Occidental, particularmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales y democrático-burgueses de singular arraigo. Pero se puede y se debe hacer de modo sistemático.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar abiertamente y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene en general la política de no participación en los sindicatos reaccionarios (explicando de manera detallada la insensatez que representa esta no participación y el inmenso daño que causa a la revolución proletaria) y, en particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que (de modo directo o indirecto, abierto o encubierto, total o parcial, lo mismo da) han sostenido esta política falsa. La III Internacional debe romper con

---

* Los Gompers, los Henderson, los Jouhaux y los Legien no son sino los Zubátov, que se distinguen del nuestro por su traje europeo, su porte elegante y los refinados procedimientos aparentemente democráticos y civilizados que emplean para realizar su canallesca política.

la táctica de la II y no eludir ni ocultar las cuestiones escabrosas, sino plantearlas a rajatabla. Hemos dicho cara a cara toda la verdad a los "independientes" (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); del mismo modo hay que decírsela a los comunistas "de izquierda".

VII
¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?

Los comunistas "de izquierda" alemanes, con el mayor desprecio –y la mayor ligereza–, responden a esta pregunta negativamente. ¿Sus argumentos? En la cita reproducida más arriba leemos:

> "...rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos lucha parlamentarios los cuales han caducado ya histórica y políticamente...".

Está dicho en un tono ridículamente presuntuoso y es una falsedad evidente. ¡"Retorno" al parlamentarismo! ¿Acaso existe ya en Alemania una república soviética? Parece que no. ¿Cómo puede hablarse entonces de "retorno"? ¿No es esto una frase vacía?

El parlamentarismo "ha caducado históricamente". Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación *práctica* hay una distancia inmensa. Hace ya muchas décadas que podía decirse con entera razón que el capitalismo había "caducado históricamente"; pero esto no impide, ni mucho menos, que nos veamos precisados a sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz *sobre el terreno* del capitalismo. El parlamentarismo "ha caducado históricamente" desde el punto de vista *históricouniversal*, es decir, *la época* del parlamentarismo burgués ha terminado, la época de la dictadura del proletariado *ha comenzado.* Esto es indiscutible. Pero en la historia universal se cuenta por décadas. Desde su punto de vista, diez o veinte años más o menos no tienen importancia, son una pequeñez imposible de apreciar incluso aproximadamente He ahí por qué remitirse a la escala de la historia universal en una cuestión de política práctica constituye el error teórico más escandaloso.

¿Ha "caducado políticamente" el parlamentarismo? Esto es ya otra cuestión. Si fuera cierto, la posición de los "izquierdistas" sería firme. Pero eso hay que probarlo con un análisis muy serio, y los "izquierdistas" ni siquiera saben abordarlo. Tampoco vale un comino, como veremos, el análisis contenido en las *Tesis sobre el parlamentarismo,* publicadas en el número 1 del *Boletín de la Oficina Provisional de Amsterdam de la Internacional Comunista (Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International,* febrero 1920) y que expresan claramente las tendencias izquierdistas de los holandeses o las tendencias holandesas de los izquierdistas.

En primer lugar, los "izquierdistas" alemanes, como se sabe, consideraban ya en enero de 1919 que el parlamentarismo había "caducado políticamente", a despecho de la opinión de dirigentes políticos tan destacados como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht[37]. Es sabido que los "izquierdistas" se equivocaron. Este hecho basta para destruir de golpe y de raíz la tesis de que el parlamentarismo "ha caducado políticamente". Los "izquierdistas" tienen la obligación de demostrar por qué su error indiscutible de entonces ha dejado de serlo hoy. Pero no aportan, ni pueden aportar, la menor sombra de prueba.

La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar la seriedad de ese partido y el cumplimiento efectivo de sus deberes hacia su clase y hacia las masas trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlos: eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir a la clase y, después, a las masas. Al no cumplir ese deber ni estudiar con toda la atención, celo y prudencia necesarios su error manifiesto, los "izquierdistas" de Alemania (y de Holanda) muestran precisamente que no son *el partido de la clase,* sino un círculo, que no son *el*

partido de las masas, sino un grupo de intelectuales y de un reducido número de obreros que imitan los peores rasgos de los intelectualoides.

En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo "de izquierda" de Francfort, del que hemos dado citas detalladas más arriba, leemos:

> "...Los millones de obreros que siguen todavía la política del centro [el partido católico del 'centro'] son contrarrevolucionarios. Los proletarios del campo forman las legiones de los ejércitos contrarrevolucionarios" (p. 3 del citado folleto).

Todo indica que eso está dicho con un énfasis y una exageración excesivos. Pero el hecho fundamental aquí expuesto es indiscutible y su reconocimiento por los "izquierdistas" atestigua su error con particular evidencia. En efecto, ¡¿cómo se puede decir que el "parlamentarismo ha caducado políticamente", si "millones" y "legiones" *de proletarios* son todavía no sólo partidarios del parlamentarismo en general, sino incluso francamente "contrarrevolucionarios"?! Es evidente que en Alemania el parlamentarismo *aún no* ha caducado políticamente. Es evidente que los "izquierdistas" de Alemania han tomado *su deseo,* su actitud político-ideológica, por una realidad objetiva. Éste es el más peligroso de los errores para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo sumamente salvaje y feroz del zarismo engendró, durante un período en extremo prolongado y en formas particularmente variadas, revolucionarios de todos los matices, revolucionarios de una abnegación, entusiasmo, heroísmo y fuerza de voluntad asombrosos, hemos podido observar muy de cerca, estudiar con singular atención y conocer al detalle este error de los revolucionarios, razón por la cual lo vemos con especial claridad en los demás. Como es natural, para los comunistas de Alemania el parlamentarismo "ha caducado políticamente", pero se trata precisamente de *no*

creer que lo caduco *para nosotros* haya caducado *para la clase, para la masa.* Una vez más vemos aquí que los "izquierdistas" no saben razonar, no saben conducirse como el partido *de la clase,* como el partido *de las masas.* Vuestro deber consiste en no descender al nivel de las masas, al nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Tenéis la obligación de decirles la amarga verdad; de decirles que sus prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios son eso, prejuicios. Pero, al mismo tiempo, debéis observar *con serenidad* el estado *real* de conciencia y de preparación precisamente de toda la clase (y no sólo de su vanguardia comunista), de toda *la masa* trabajadora (y no sólo de sus elementos avanzados).

Aunque no fueran "millones" y "legiones", sino una simple minoría bastante considerable de obreros industriales la que siguiese a los curas católicos y de obreros agrícolas la que siguiera a los terratenientes y campesinos ricos (Grossbauern), podría asegurarse ya *sin vacilar* que el parlamentarismo en Alemania *todavía no* ha caducado políticamente, que la participación en las elecciones parlamentarias y en la lucha desde la tribuna parlamentaria *es obligatoria* para el partido del proletariado revolucionario *precisamente* para educar a los sectores atrasados *de su clase,* precisamente para despertar e instruir a la *masa* aldeana inculta, oprimida e ignorante. Mientras no tengáis fuerza para disolver el parlamento burgués y cualquier otra institución reaccionaria, estáis *obligados* a actuar en el seno de dichas instituciones *precisamente* porque hay todavía en ellas obreros idiotizados por el clero y por la vida en los rincones más perdidos del campo. De lo contrario corréis el riesgo de convertiros en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas "de izquierda" nos colman de elogios a los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: ¡alabadnos menos, pero compenetraos más con la táctica de los bolcheviques, familiarizaos más con ella! Participamos en las elecciones al parlamento burgués de

Rusia, a la Asamblea Constituyente, en septiembre- noviembre de 1917. ¿Era acertada nuestra táctica o no? Si no lo era, hay que decirlo con claridad y demostrarlo: es indispensable para que el comunismo internacional elabore la táctica justa. Si lo era, deben sacarse de ello las conclusiones que se imponen. Como es natural, no se trata, ni mucho menos, de equiparar las condiciones de Rusia a las de Europa Occidental. Pero cuando se trata en especial del significado que tiene la idea "el parlamentarismo ha caducado políticamente", es obligatorio tener en cuenta con exactitud nuestra experiencia, pues sin tomar en consideración una experiencia concreta estas ideas se convierten con excesiva facilidad en frases vacías. ¿Acaso nosotros, los bolcheviques rusos, no teníamos en septiembre-noviembre de 1917 *más* derecho que todos los comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había sido superado políticamente en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pues la cuestión no estriba en si los parlamentos burgueses existen desde hace mucho o poco tiempo, sino en qué medida las grandes masas trabajadoras están preparadas (ideológica, política y prácticamente) para aceptar el régimen soviético y disolver (o permitir la disolución) el parlamento democrático-burgués. Que la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban, en septiembre-noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, excepcionalmente preparados para adoptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático, es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente establecido. Y, no obstante, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes *como después* de la conquista del poder político por el proletariado. Que dichas elecciones dieron resultados políticos de extraordinario valor (y de suma utilidad para el proletariado) es un hecho que creo haber demostrado en el artículo aludido más arriba, don-

de analizo detalladamente los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se deriva es absolutamente indiscutible: está probado que, incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, incluso *después* de esta victoria, la participación en un parlamento democrático-burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite *demostrar* más fácilmente a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* la "supresión política" del parlamentarismo burgués. No tener en cuenta esta experiencia y pretender, al mismo tiempo, pertenecer a la *Internacional* Comunista, que debe elaborar *internacionalmente* su táctica (no una táctica estrecha o de exclusivo carácter nacional, sino justamente una táctica internacional), significa incurrir en el más profundo de los errores y precisamente apartarse de hecho del internacionalismo, aunque éste sea proclamado de palabra.

Consideremos ahora los argumentos "izquierdistas holandeses" a favor de la no participación en los parlamentos. He aquí la tesis 4ª, la más importante de las tesis "holandesas" citadas más arriba, traducida del inglés:

> "Cuando el sistema capitalista de producción es destrozado y la sociedad atraviesa un período revolucionario, la acción parlamentaria pierde gradualmente su valor en comparación con la acción de las propias masas. Cuando, en estas condiciones, el parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución y, por otra parte, la clase obrera crea los instrumentos de su poder en forma de soviets, puede resultar incluso necesario renunciar a toda participación en la acción parlamentaria".

La primera frase es evidentemente falsa, pues la acción de las masas –por ejemplo, una gran huelga– es *siempre* más importante que la acción parlamentaria, y no sólo du-

rante la revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento, de indudable inconsistencia y falso histórica y políticamente, no hace sino mostrar con particular evidencia que los autores desprecian en absoluto la experiencia de toda Europa (de Francia en vísperas de las revoluciones de 1848 y 1870, de Alemania entre 1878 y 1890, etc.) y la de Rusia (véase más arriba) sobre la importancia de la *combinación* de la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión tiene la mayor importancia, tanto en general como en particular, porque en *todos* los países civilizados y avanzados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será –y lo es ya en parte– cada vez más obligatoria para el partido del proletariado revolucionario, a consecuencia de la maduración y de la proximidad de la guerra civil del proletariado contra la burguesía, a consecuencia de las feroces persecuciones de que son objeto los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, burgueses, que violan por todos los medios la legalidad (como ejemplo de ello basta citar a los Estados Unidos), etc. Esta cuestión esencial no es comprendida en absoluto por los holandeses ni por los izquierdistas en general.

La segunda frase es, en primer término, falsa históricamente. Los bolcheviques hemos actuado en los parlamentos más contrarrevolucionarios y la experiencia ha demostrado que semejante participación ha sido no sólo útil, sino necesaria para el partido del proletariado revolucionario precisamente después de la primera revolución burguesa en Rusia (1905), a fin de preparar la segunda revolución burguesa (febrero de 1917) y luego la revolución socialista (octubre de 1917). En segundo lugar, dicha frase es de una falta de lógica sorprendente. De que el parlamento se convierta en el órgano y "centro" (dicho sea de paso, nunca ha sido ni ha podido ser en realidad el "centro") de la contrarrevolución y de que los obreros creen los instrumentos de su poder en forma de soviets, se desprende que los trabajadores deben prepararse ideo-

lógica, política y técnicamente para la lucha de los soviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los soviets. Pero de esto no se deduce en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada, o no sea facilitada, por la presencia de una oposición soviética *en el seno* de un parlamento contrarrevolucionario. Jamás hemos notado durante nuestra lucha victoriosa contra Denikin y Kolchak que la existencia de una oposición proletaria, soviética, en la zona ocupada por ellos fuera indiferente para nuestros triunfos. Sabemos muy bien que la disolución de la Constituyente, efectuada por nosotros el 5 de enero de 1918, lejos de ser dificultada, fue facilitada por la presencia en la Constituyente contrarrevolucionaria que disolvíamos tanto de una oposición soviética consecuente, la bolchevique, como de una oposición soviética inconsecuente, la de los socialrevolucionarios de izquierda. Los autores de la tesis se han embrollado por completo y han olvidado la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, que acredita la singular utilidad que representa en tiempos de revolución *combinar* la acción de masas fuera del parlamento reaccionario con una oposición simpatizante de la revolución (o mejor aún, que la apoya francamente) dentro de ese parlamento. Los holandeses y los "izquierdistas" en general razonan en este caso como unos doctrinarios de la revolución que nunca han tomado parte en una verdadera revolución o reflexionado sobre la historia de las revoluciones, o que toman ingenuamente "la negación" subjetiva de cierta institución reaccionaria por su destrucción efectiva mediante el conjunto de fuerzas de una serie de factores objetivos. El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no solamente política) y de perjudicarla consiste en llevarla hasta el absurdo so pretexto de defenderla. Pues toda verdad, si se la hace "exorbitante" (como decía Dietzgen padre), si se la exagera y se extiende más allá de los límites en los que es realmente aplicable, puede ser llevada

al absurdo y, en las condiciones señaladas, se convierte de manera infalible en un absurdo. Tal es el flaco servicio que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania a la nueva verdad de la superioridad del poder soviético sobre los parlamentos democrático-burgueses. Como es natural, estaría en un error quien siguiera sosteniendo de un modo general la vieja afirmación de que abstenerse de participar en los parlamentos burgueses es inadmisible en todas las circunstancias. No puedo intentar formular aquí las condiciones en que es útil el boicot, ya que el objeto de este folleto es mucho más modesto: analizar la experiencia rusa en relación con algunas cuestiones actuales de la táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos da una aplicación feliz y acertada (1905) y otra equivocada (1906) del boicot por los bolcheviques. Analizando el primer caso vemos: los bolcheviques consiguieron *impedir la convocatoria* del parlamento reaccionario por el poder reaccionario en un momento en que la acción revolucionaria extraparlamentaria de las masas (en particular las huelgas) crecía con excepcional rapidez, en que no había ni un solo sector del proletariado y del campesinado que pudiera apoyar en modo alguno el poder reaccionario, en que la influencia del proletariado revolucionario sobre las vastas masas atrasadas estaba asegurada por la lucha huelguística y el movimiento agrario. Es evidente a todas luces que *esta* experiencia es inaplicable a las condiciones europeas actuales. Y es también evidente a todas luces –en virtud de los argumentos expuestos más arriba– que la defensa, incluso condicional, de la renuncia a participar en los parlamentos, hecha por los holandeses y los "izquierdistas", es radicalmente falsa y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa Occidental y en Estados Unidos, el parlamento se ha hecho odioso en extremo a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Es un hecho indiscutible. Y se comprende perfectamente, pues resulta difícil imagi-

narse mayor vileza, abyección y felonía que la conducta de la inmensa mayoría de los diputados socialistas y socialdemócratas en el parlamento durante la guerra y después de ella. Pero sería no sólo insensato, sino francamente criminal, dejarse llevar por estos sentimientos al decidir la cuestión de *cómo* se debe luchar contra el mal universalmente reconocido. Puede decirse que, en muchos países de Europa Occidental, el estado de espíritu revolucionario es todavía una "novedad" o una "rareza" esperada demasiado tiempo, en vano y con impaciencia, debido a lo cual, probablemente, se deja con tanta facilidad que predomine. Como es natural, sin un estado de ánimo revolucionario de las masas y sin condiciones que favorezcan el desarrollo de dicho estado de ánimo, la táctica revolucionaria no se transformará en acción; pero en Rusia, una experiencia demasiado larga, dura y sangrienta nos ha convencido de que es imposible basarse exclusivamente en el estado de ánimo revolucionario para crear una táctica revolucionaria. La táctica debe ser elaborada teniendo en cuenta serenamente, con estricta objetividad, *todas* las fuerzas de clase del Estado de que se trate (y de los Estados que le rodean y de todos los Estados a escala mundial), así como la experiencia de los movimientos revolucionarios. Manifestar el "revolucionarismo" sólo con injurias al oportunismo parlamentario, sólo condenando la participación en los parlamentos, resulta facilísimo; pero precisamente porque es demasiado fácil no es la solución de un problema difícil, dificilísimo. En los parlamentos europeos es mucho más difícil que en Rusia crear una minoría parlamentaria verdaderamente revolucionaria. Desde luego. Pero esto no es sino una expresión parcial de la verdad general de que, en la situación concreta de 1917, extraordinariamente original desde el punto de vista histórico, a Rusia le fue fácil *empezar* la revolución socialista, pero *continuarla* y llevarla a término le será más difícil que a los países europeos. A comienzos de 1918 hube ya de indicar esta circunstancia,

y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar enteramente la justeza de tal consideración. Condiciones específicas como fueron: 1) la posibilidad de conjugar la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y los campesinos; 2) la posibilidad de sacar provecho, durante cierto tiempo, de la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos más poderosos de los tiburones imperialistas del mundo, grupos que no podían coligarse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la extensión gigantesca del país y por sus malas comunicaciones; 4) la existencia entre los campesinos de un movimiento revolucionario democrático-burgués tan profundo que el partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (del partido socialrevolucionario, profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo) y las realizó en el acto gracias a la conquista del poder político por el proletariado[38]; tales condiciones específicas no existen hoy en Europa Occidental, y la repetición de estas condiciones o de otras análogas no es nada fácil. Por ello, entre otras razones, a Europa Occidental le es más difícil que a nosotros *comenzar* la revolución socialista. Tratar de "esquivar" esta dificultad "saltando" por encima del arduo problema de utilizar los parlamentos reaccionarios para fines revolucionarios es puro infantilismo. ¡Queréis crear una sociedad nueva y teméis la dificultad de crear una buena minoría parlamentaria de comunistas convencidos, abnegados y heroicos en un parlamento reaccionario! ¿Acaso no es esto infantilismo? Si Karl Liebknecht en Alemania y Z. Höglund en Suecia han sabido, incluso sin el apoyo de las masas desde abajo, dar un ejemplo de utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¡¿cómo es posible que un partido revolucionario de masas que crece rápidamente no

pueda, en medio de las desilusiones y la ira de postguerra de las masas, forjar una minoría comunista en los peores parlamentos?! Precisamente porque las masas atrasadas de obreros y –más aún– de pequeños campesinos están mucho más imbuidas en Europa Occidental que en Rusia de prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios, precisamente por eso, sólo en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses pueden (y deben) los comunistas librar una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios.

Los "izquierdistas" alemanes se quejan de los malos "jefes" de su partido y caen en la desesperación, llegando a la ridiculez de "negar" a los "jefes". Pero en circunstancias que obligan con frecuencia a mantener a estos últimos en la clandestinidad, *la formación* de "jefes" buenos, seguros, probados y prestigiosos resulta particularmente difícil y es *imposible* vencer con éxito semejantes dificultades sin la combinación del trabajo legal con el ilegal, *sin hacer pasar a los "jefes", entre otras pruebas, también* por la del parlamento. La crítica –la más violenta, implacable e intransigente– debe dirigirse no contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben –y más aún contra los que *no quieren*– utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna parlamentaria a la manera revolucionaria, a la manera comunista. Sólo esta crítica –unida, naturalmente, a la expulsión de los jefes incapaces y a su sustitución por otros más capaces– constituirá una labor revolucionaria provechosa y fecunda, que educará simultáneamente a los "jefes", para que sean dignos de la clase obrera y de las masas trabajadoras, y a las masas, para que aprendan a orientarse como es debido en la situación política y a comprender las tareas, a menudo en extremo complejas y embrolladas, que se desprenden de semejante situación*.

* Han sido demasiado pocas las posibilidades que he tenido para conocer el comunismo "de izquierda" de Italia. Es indudable que el camarada Bordiga y su fracción de "comunistas boicoteadores" (comunista abstencionista) no están en lo cierto al defender la no participación en el parlamento. Pero hay un punto en el que, a mi juicio, tiene razón, por lo que puedo juzgar ateniéndome a dos números de su periódico Il Soviet (núms. 3 y 4 del 18/1 y del 1/II de 1920), a cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati Comunismo (núms. 1-4, l/X-30/XI de 1919) y a números sueltos de periódicos burgueses italianos que he podido ver. Precisamente el camarada Bordiga y su fracción tienen razón cuando atacan a Turati y sus partidarios, que están en un partido que reconoce el Poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, continúan siendo miembros del parlamento y prosiguen su vieja y dañina política oportunista. Es natural que, al tolerar esto, el camarada Serrati y todo el Partido Socialista Italiano[39] incurren en un error tan preñado de grandes perjuicios y peligros como en Hungría, donde los señores Turati húngaros sabotearon desde dentro el Partido y el Poder de los Soviets[40]. Esa actitud errónea, inconsecuente o falta de carácter con respecto a los parlamentarios oportunistas, de una parte, engendra el comunismo "de izquierda" y, de otra, justifica hasta cierto punto su existencia. Es evidente que el camarada Serrati no tiene razón al acusar de "inconsecuencia" al diputado Turati (Comunismo, nº 3), pues el inconsecuente es, precisamente, el Partido Socialista Italiano, que tolera en su seno a oportunistas parlamentarios como Turati y compañía.

VIII
¿Ningún compromiso?

En la cita del folleto de Francfort hemos visto el tono decidido con que los "izquierdistas" plantean esta consigna. Es triste ver cómo gentes que indudablemente se consideran marxistas y quieren serlo han olvidado las verdades fundamentales del marxismo. He aquí lo que decía Engels –quien, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cada una de cuyas frases de sus trabajos importantes tiene una asombrosa profundidad de contenido– contra el manifiesto de 1874 de los 33 comuneros blanquistas[41], en el que decían:

> "...Somos comunistas porque queremos alcanzar nuestro fin sin detenernos en etapas intermedias y sin compromisos, que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar el período de esclavitud".

Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos creados no por ellos, sino por la marcha del desarrollo histórico, ven con claridad y persiguen constantemente su objetivo final: la supresión de las clases y la creación de un régimen social en el que no habrá ya lugar para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los 33 blanquistas son comunistas por cuanto se figuran que basta su deseo de saltar las etapas intermedias y los compromisos para que la cosa esté hecha, y que si –ellos lo creen firmemente– "estalla" uno de estos días y el poder cae en sus manos, el "comunismo será implantado" al día siguiente. Por tanto, si no pueden hacer esto inmediatamente, no son comunistas.

"¡Qué pueril ingenuidad la de presentar la propia impaciencia como argumento teórico!" (F. Engels, *Programa de*

los comuneros blanquistas, en el periódico socialdemócrata alemán *Volksstaat*, 1874, nº 73, incluido en la recopilación Artículos de 1871-75, traducción rusa, Petrogrado, 1919, pp. 52-53).

Engels expresa en ese mismo artículo su profundo respeto por Vaillant y habla de los "méritos indiscutibles" de éste (que fue, como Guesde, uno de los jefes más destacados del socialismo internacional antes de su traición al socialismo en agosto de 1914). Pero Engels no deja de analizar con todo detalle su manifiesto error. Como es natural, los revolucionarios muy jóvenes e inexpertos, lo mismo que los revolucionarios pequeño-burgueses incluso de edad muy respetable y de gran experiencia, consideran extraordinariamente "peligroso", incomprensible y erróneo "autorizar los compromisos". Y muchos sofistas (como politicastros ultra o excesivamente "experimentados") razonan del mismo modo que los jefes del oportunismo inglés mencionados por el camarada Lansbury: "Si los bolcheviques se permiten tal o cual compromiso, ¿por qué no hemos de permitirnos nosotros cualquier compromiso?". Pero los proletarios educados por repetidas huelgas (para no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases) asimilan habitualmente de un modo admirable la profundísima verdad (filosófica, histórica, política y psicológica) enunciada por Engels. Todo proletario conoce huelgas, conoce "compromisos" con los odiados opresores y explotadores, después de los cuales los obreros han tenido que volver al trabajo sin haber logrado nada o consiguiendo la satisfacción parcial de sus reivindicaciones. Todo proletario, gracias al ambiente de lucha de masas y de acentuada agudización de los antagonismos de clase en que vive, observa la diferencia existente entre un compromiso impuesto por condiciones objetivas (pobreza de la caja de los huelguistas, que no cuentan con apoyo alguno, padecen hambre y están extenuados hasta lo indecible) –compromiso que en nada disminuye la

abnegación revolucionaria ni la disposición a continuar la lucha de los obreros que lo han contraído– y, de otra parte, un compromiso de traidores que achacan a causas objetivas su vil egoísmo (¡también los esquiroles contraen "compromisos"!), su cobardía, su deseo de ganarse la buena disposición de los capitalistas, su falta de firmeza ante las amenazas y, a veces, ante las exhortaciones, las limosnas o los halagos de los capitalistas (estos compromisos de traidores son particularmente numerosos en la historia del movimiento obrero inglés por parte de los jefes de las tradeuniones, aunque, en una u otra forma, casi todos los obreros de todos los países han podido observar fenómenos análogos).

Es claro que se dan casos aislados extraordinariamente difíciles y complejos en que sólo realizando los mayores esfuerzos puede determinarse con exactitud el verdadero carácter de tal o cual "compromiso", del mismo modo que hay casos de homicidio en que no es nada fácil decidir si éste era absolutamente justo e incluso obligatorio (como, por ejemplo, en caso de legítima defensa) o bien efecto de un descuido imperdonable o incluso resultado de un plan perverso ejecutado con habilidad. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones nacionales e internacionales muy complejas entre las clases y los partidos, se registrarán numerosos casos mucho más difíciles que la cuestión de saber si un "compromiso" contraído con ocasión de una huelga es legitimo o se trata de una alevosía de un esquirol, de un jefe traidor, etc. Preparar una receta o una regla general (¡"ningún compromiso"!) para todos los casos es absurdo. Hay que tener la cabeza sobre los hombros para saber orientarse en cada caso particular. La importancia de poseer una organización de partido y jefes del mismo, dignos de este nombre, consiste precisamente, entre otras cosas, en llegar –mediante un trabajo prolongado, tenaz, múltiple y variado de todos los representantes de una clase determinada capaces de

pensar*– a elaborar los conocimientos y la experiencia necesarios y, además de los conocimientos y la experiencia, la sagacidad política precisa para resolver pronto y bien las cuestiones políticas complejas.

Las gentes ingenuas y totalmente inexpertas se figuran que basta admitir los compromisos *en general* para que desaparezca toda línea divisoria entre el oportunismo, contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha intransigente, y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero a esas gentes, si todavía no saben que *todas* las líneas divisorias en la naturaleza y en la sociedad son variables y hasta cierto punto convencionales, se les puede ayudar únicamente por medio del estudio prolongado, la educación, la ilustración y la experiencia política y práctica. En las cuestiones prácticas de la política de cada momento particular o específico de la historia es importante saber distinguir aquellas en que se manifiestan los compromisos de la especie más inadmisible, los compromisos de traición, que encarnan un oportunismo funesto para la clase revolucionaria, y consagrar todos los esfuerzos a explicar su sentido y a luchar contra ellas. Durante la guerra imperialista de 1914-18, entre dos grupos de países igualmente ladrones y rapaces, el principal y fundamental de los oportunismos fue el que adoptó la forma de socialchovinismo, es decir, el apoyo de la "defensa de la patria", lo que, en *aquella* guerra, equivalía de hecho a la defensa de los intereses de rapiña de la "propia" burguesía. Después de la guerra fue la defensa de la expoliadora Sociedad de Naciones[42], la defensa de las alianzas directas o indirectas con la burguesía del propio país contra el proletariado revolucionario y el movimiento "soviético" y la defensa

---

* Incluso en el país más culto, toda clase, aun la más avanzada y con más excepcional florecimiento de todas sus fuerzas espirituales en virtud de las circunstancias del momento, cuenta –y *contará* inevitablemente mientras las clases subsistan y la sociedad sin clases no esté afianzada, consolidada y desarrollada por completo sobre sus propios fundamentos– con representantes que *no* piensan y que son incapaces de pensar. El capitalismo no sería el capitalismo opresor de las masas si no ocurriera así.

de la democracia y del parlamentarismo burgueses contra el "Poder de los Soviets". Tales fueron las manifestaciones principales de estos compromisos inadmisibles y traidores, que en su conjunto han terminado en un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

> "...Rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos... toda política de maniobra y conciliación"

dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Francfort.

¡Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente el bolchevismo! ¡No es posible que los izquierdistas alemanes ignoren que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, *está llena* de casos de maniobra, de acuerdos y de compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses!

Hacer la guerra para derrocar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a explotar los antagonismos de intereses (aunque sólo sean temporales) que dividen a nuestros enemigos, renunciar a acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es, acaso, algo indeciblemente ridículo? ¿No viene a ser eso como si en la difícil ascensión a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta, se renunciase de antemano a hacer a veces zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio para probar otras direcciones? ¡¡Y gentes tan poco conscientes, tan inexpertas (y menos mal si la causa de ello es la juventud, autorizada por la providencia a decir semejantes tonterías durante cierto tiempo) han podido ser sostenidas directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa,

por algunos miembros del Partido Comunista Holandés!!

Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrocamiento de la burguesía en un país, el proletariado del mismo sigue siendo *durante mucho tiempo más débil* que la burguesía, debido simplemente a las inmensas relaciones internacionales de ésta y en virtud de la restauración, del renacimiento espontáneo y continuo del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país donde ésta última ha sido derrocada. Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando *obligatoriamente* con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad la menor "grieta" entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en el interior de cada país; hay que aprovechar asimismo las menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, *en general.* El que no ha demostrado *en la práctica,* durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad de la vida, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de los explotadores a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho es aplicable tanto al período *anterior* a la conquista del poder político por el proletariado como al *posterior*.

Nuestra teoría, decían Marx y Engels[43], no es un dogma, sino *una guía para la acción*, y el gran error, el inmenso crimen de marxistas "patentados" como Karl Kautsky, Otto Bauer y otros consiste en no haber entendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los momentos más importantes de la revolución proletaria. "La acción política no se parece en nada a la acera de la avenida Nevski" (la acera limpia,

ancha y lisa de la calle principal de Petersburgo, absolutamente recta), decía ya N.G. Chernyshevski[44], el gran socialista ruso del período premarxista. Desde la época de Chernyshevski, los revolucionarios rusos han pagado con innumerables víctimas el hacer caso omiso u olvidar esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa Occidental y de América fieles a la clase obrera paguen *menos* cara que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon repetidas veces antes de la caída del zarismo los servicios de los liberales burgueses, es decir, concluyeron con ellos innumerables compromisos prácticos, y en 1901-02, antes incluso del nacimiento del bolchevismo, la antigua redacción de *Iskra* (de la que formábamos parte Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Mártov, Potrésov y yo) concertó (es cierto que no por mucho tiempo) una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener a la vez la lucha ideológica y política más implacable contra el liberalismo burgués y contra las menores manifestaciones de su influencia en el seno del movimiento obrero. Los bolcheviques practicaron siempre esa misma política. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con los campesinos contra la burguesía liberal y el zarismo, sin negarse nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo (por ejemplo, en la segunda etapa de las elecciones o en las segundas vueltas electorales) y sin interrumpir la lucha ideológica y política más intransigente contra el partido campesino revolucionario burgués, los "socialrevolucionarios", los cuales eran denunciados como demócratas pequeño-burgueses que se incluían falsamente entre los socialistas. En 1907, los bolcheviques constituyeron, por poco tiempo, un bloque político formal con los "socialrevolucionarios" para las elecciones a la Duma. Con los mencheviques hemos estado formalmen-

te durante varios años, desde 1903 a 1912, en un partido socialdemócrata único, sin interrumpir *jamás* la lucha ideológica y política contra ellos como portadores de la influencia burguesa en el seno del proletariado y como oportunistas. Durante la guerra concertamos una especie de compromiso con los "kautskianos", los mencheviques de izquierda (Mártov) y una parte de los "socialrevolucionarios" (Chernov, Natansón). Asistimos con ellos a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal[45] y lanzamos manifiestos conjuntos, pero nunca interrumpimos ni atenuamos la lucha política e ideológica contra los "kautskianos", contra Mártov y Chernov (Natansón murió en 1919 siendo un "comunista revolucionario"[46]-populista muy afín a nosotros y casi solidario nuestro). En el mismo momento de la Revolución de Octubre concertamos un bloque político, no formal, pero muy importante (y muy eficaz) con el campesinado pequeñoburgués, aceptando *íntegro*, sin el menor cambio, el programa agrario de los *socialrevolucionarios*, es decir, contrajimos un compromiso indudable para probar a los campesinos que no queríamos imponernos, sino llegar a un acuerdo con ellos. Al mismo tiempo, propusimos a los "socialrevolucionarios de izquierda"[47] (y poco después lo realizamos) un bloque político formal, con la participación en el gobierno, bloque que ellos rompieron después de la paz de Brest, llegando en julio de 1918 a la insurrección armada y más tarde a la lucha armada contra nosotros.

Es fácil comprender, por consiguiente, que los ataques de los izquierdistas alemanes al Comité Central del Partido Comunista de Alemania por admitir la idea de un bloque con los "independientes" ("Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", los kautskianos) nos parezcan carentes de seriedad y veamos en ellos una demostración evidente de la *posición errónea* de los "izquierdistas". En Rusia había también mencheviques de derecha (que entraron en el gobierno de Kerensky), equivalentes a los

Scheidemann de Alemania, y mencheviques de izquierda (Mártov), que se hallaban en oposición a los mencheviques de derecha y equivalían a los kautskianos alemanes. En 1917 observamos claramente el paso gradual de las masas obreras de los mencheviques a los bolcheviques. En el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de dicho año, teníamos un 13% de los votos. La mayoría pertenecía a los socialrevolucionarios y a los mencheviques. En el II Congreso de los Soviets (25 de octubre de 1917, según el viejo calendario) teníamos el 51% de los sufragios. ¿Por qué en Alemania una tendencia *igual*, absolutamente *idéntica*, de los obreros a pasar de la derecha a la izquierda ha conducido no al fortalecimiento inmediato de los comunistas, sino, en un comienzo, al del partido intermedio de los "independientes", aunque este partido no haya tenido jamás ninguna idea política independiente y ninguna política independiente, ni haya hecho otra cosa que vacilar entre Scheidemann y los comunistas?

Es indudable que una de las causas ha sido la táctica *errónea* de los comunistas alemanes, los cuales deben reconocer su error honradamente y sin temor y aprender a corregirlo. El error ha consistido en negarse a participar en el parlamento reaccionario, burgués, y en los sindicatos reaccionarios; el error ha consistido en múltiples manifestaciones de esta enfermedad infantil del "izquierdismo" que ahora se ha exteriorizado y que gracias a ello será curada mejor, más pronto y con mayor provecho para el organismo.

El "Partido Socialdemócrata Independiente" alemán carece visiblemente de homogeneidad: al lado de los antiguos jefes oportunistas (Kautsky, Hilferding y, por lo que se ve, en gran parte Crispien, Ledebour y otros), que han demostrado su incapacidad para comprender la significación del poder soviético y de la dictadura del proletariado y para dirigir la lucha revolucionaria de este último, en dicho partido se ha formado y crece con singular rapidez un

ala izquierda, proletaria. Cientos de miles de miembros del partido –que al parecer tiene unos 750.000 afiliados– son proletarios que se alejan de Scheidemann y caminan a grandes pasos hacia el comunismo. Esta ala proletaria propuso ya en el Congreso de los independientes, celebrado en Leipzig en 1919, la adhesión inmediata e incondicional a la III Internacional. Temer un "compromiso" con esa ala del partido es sencillamente ridículo. Al contrario, para los comunistas es *obligatorio* buscar y *encontrar* una forma adecuada de compromiso con ella, que permita, por una parte, facilitar y apresurar la fusión completa y necesaria con la misma y, por otra, que no cohíba en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha, oportunista, de los "independientes". Es probable que no resulte fácil elaborar una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros y a los comunistas alemanes un camino "fácil" para alcanzar la victoria.

El capitalismo dejaría de ser capitalismo si el proletariado "puro" no estuviese rodeado de una masa abigarradísima de elementos que señalan la transición del proletario al semiproletario (el que obtiene una mitad de sus medios de existencia vendiendo su fuerza de trabajo), del semiproletario al pequeño campesino (y al pequeño artesano, al obrero a domicilio, al pequeño patrono en general), del pequeño campesino al campesino medio, etc., y si en el seno mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones de carácter territorial, profesional, a veces religioso, etc. De todo esto se desprende imperiosamente la necesidad –una necesidad absoluta– para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista, de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios, con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos. Toda la cuestión consiste en *saber* aplicar esta táctica para *elevar*, y no para

rebajar, el *nivel general* de conciencia, de espíritu revolucionario y de capacidad de lucha y de victoria del proletariado. Es preciso anotar, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques exigió no sólo antes de la Revolución de Octubre de 1917, *sino también después de ella* la aplicación de una táctica de maniobras, de acuerdos, de compromisos, aunque de tal naturaleza, claro es, que facilitaban y apresuraban la victoria de los bolcheviques y consolidaban y fortalecían a éstos a costa de los mencheviques. Los demócratas pequeño-burgueses (incluidos los mencheviques) vacilaban inevitablemente entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el revolucionarismo, entre el amor a los obreros y el miedo a la dictadura del proletariado, etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en *utilizar* estas vacilaciones y no, en modo alguno, en desdeñarlas; para utilizarlas hay que hacer concesiones a los elementos que se inclinan hacia el proletariado –en el caso y en la medida exacta en que lo hacen– y, al mismo tiempo, luchar contra los elementos que se inclinan hacia la burguesía. Debido a que seguimos una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo y se descompone más y más en nuestro país; dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y trayendo a nuestro campo a los mejores obreros, a los mejores elementos de la democracia pequeño-burguesa. Se trata de un proceso largo, y las "soluciones" fulminantes tales como "ningún compromiso, ninguna maniobra" sólo pueden dificultar el crecimiento de la influencia del proletariado revolucionario y el aumento de sus fuerzas.

En fin, uno de los errores indudables de los "izquierdistas" de Alemania consiste en su insistencia rectilínea en no reconocer el Tratado de Versalles[48]. Cuanto mayores son "el aplomo" y "la importancia", el tono "categórico" y sin apelación con que formula este punto de vista, por

ejemplo, K. Horner, menos inteligente resulta. No basta con renegar de las indignantes necedades del "bolchevismo nacional" (Lauffenberg y otros), que, en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional, ha llegado hasta a hablar de la formación de un bloque con la burguesía alemana para la guerra contra la Entente. Debe comprenderse que es absolutamente errónea la táctica que niega la obligación de la Alemania Soviética (si surgiese pronto una república soviética alemana) de reconocer por cierto tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. De esto no se deduce que los "independientes" tuvieran razón al reclamar la firma del Tratado de Versalles *en las condiciones existentes entonces*, cuando en el gobierno se hallaban los Scheidemann, no había sido todavía derribado el poder soviético en Hungría y no estaba excluida aún la posibilidad de una ayuda de la revolución soviética en Viena para apoyar a la Hungría Soviética. En aquel momento, los "independientes" maniobraron muy mal, pues tomaron sobre sí una responsabilidad mayor o menor por los traidores tipo Scheidemann y se desviaron más o menos del punto de vista de la lucha de clases implacable (y fríamente razonada) contra los Scheidemann para colocarse "fuera" y "por encima" de las clases.

Pero la situación actual es de tal naturaleza, que los comunistas alemanes no deben atarse las manos y prometer la renuncia obligatoria e indispensable al Tratado de Versalles en caso de triunfar el comunismo. Eso sería una tontería. Hay que decir: los Scheidemann y los kautskianos han cometido una serie de traiciones que han dificultado (y en parte hecho fracasar) la alianza con la Rusia Soviética y con la Hungría Soviética. Nosotros, los comunistas, procuraremos por todos los medios f*acilitar y preparar* esa alianza; en cuanto a la paz de Versalles, no estamos obligados en modo alguno a rechazarla a toda costa y, además, de modo inmediato. La posibilidad de rechazarla con eficacia depende de los éxitos del movimiento

soviético no sólo en Alemania, sino también en la arena internacional. Este movimiento ha sido obstaculizado por los Scheidemann y los kautskianos; nosotros lo favorecemos. Ahí reside el fondo de la cuestión, la diferencia radical. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores, y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskianos, han dejado escapar una serie de posibilidades de fortalecer el movimiento soviético alemán e internacional y la revolución soviética alemana e internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania vigorizará el movimiento soviético internacional, que es el reducto más fuerte (y el único seguro, invencible y de potencia universal) contra el Tratado de Versalles y contra el imperialismo mundial en general. Colocar obligatoriamente en primer plano, a toda costa y enseguida la liberación del Tratado de Versalles, *antes que la cuestión* de liberar del yugo imperialista a los *demás* países oprimidos por el imperialismo, es una manifestación de nacionalismo pequeño-burgués (digno de los Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y cía.), pero no de internacionalismo revolucionario. El derrocamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, incluida Alemania, es un acontecimiento tan favorable para la revolución internacional que, en aras del mismo, se puede y se debe aceptar, si ello es necesario, *una existencia más prolongada del Tratado de Versalles.* Si Rusia ha podido resistir sola durante varios meses con provecho para la revolución el Tratado de Brest, no es ningún imposible que la Alemania soviética, aliada con la Rusia soviética, pueda soportar más tiempo con provecho para la revolución el Tratado de Versalles.

Los imperialistas de Francia, Inglaterra, etc. provocan a los comunistas alemanes, tendiéndoles este lazo: "Decid que no firmaréis el Tratado de Versalles". Y los comunistas "de izquierda" caen como niños en el lazo que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra un enemigo pérfido y, *en el momento actual,* más fuerte, en

vez de decirle: "Ahora firmaremos el Tratado de Versalles". Atarnos las manos con antelación, declarar abiertamente al enemigo, hoy mejor armado que nosotros, si vamos a luchar contra él y en qué momento, es una tontería y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate cuando es manifiestamente ventajoso al enemigo y no a nosotros constituye un crimen, y para nada sirven los políticos de la clase revolucionaria que no saben "maniobrar", que no saben concertar "acuerdos y compromisos" a fin de rehuir un combate desfavorable a ciencia cierta.

IX
El comunismo 'de izquierda' en Inglaterra

En Inglaterra no existe todavía el Partido Comunista, pero entre los obreros se advierte un movimiento comunista joven, extenso, potente, que crece con rapidez y permite albergar las más radiantes esperanzas. Hay algunos partidos y organizaciones políticas ("Partido Socialista Británico"[49], "Partido Socialista Obrero", "Sociedad Socialista del Sur de Gales", "Federación Socialista Obrera"[50]) que desean fundar el Partido Comunista y sostienen para ello negociaciones entre sí. El periódico *Workers Dreadnought*[51] (t. VI, nº 48 del 21- 11-1920), órgano semanal de la última de las organizaciones mencionadas, dirigido por la camarada Sylvia Pankhurst, ha insertado un artículo de ésta, titulado *Hacia el Partido Comunista.* Se expone en él la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones citadas para constituir un Partido Comunista único sobre la base de la adhesión a la III Internacional y el reconocimiento, en vez del parlamentarismo, del sistema soviético y de la dictadura del proletariado. Resulta que uno de los principales obstáculos para crear inmediatamente un Partido Comunista único es la falta de unanimidad en lo que se refiere a la participación en el parlamento y a la adhesión del nuevo Partido Comunista al viejo "Partido Laborista" oportunista, socialchovinista y profesionalista, integrado de modo predominante por tradeuniones. La "Federación Socialista Obrera" y el "Partido Obrero"* se pronuncian contra la participación en las elecciones parlamentarias y en el parlamento y contra la adhesión al "Partido Laborista", discrepando en esto de todos o de la mayoría de los miembros del Partido Socialista Británico, al que consideran "el ala derecha de los

* Al parecer, este partido se opone a la adhesión al "Partido Laborista", pero no todos sus miembros son contrarios a la participación en el parlamento.

partidos comunistas" en Inglaterra (p. 5, artículo mencionado de Sylvia Pankhurst).

La división fundamental es, pues, la misma que en Alemania, a pesar de las enormes diferencias de forma en que se manifiestan las divergencias (en Alemania esta forma se parece mucho más "a la rusa" que en Inglaterra) y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los "izquierdistas".

Al hablar de la participación en el parlamento, la camarada Sylvia Pankhurst alude a una carta a la redacción del camarada W. Gallacher, publicada en el mismo número, quien en nombre del "Consejo Obrero de Escocia", de Glasgow, escribe:

> "Este Consejo es definidamente antiparlamentario y se halla sostenido por el ala izquierda de varias organizaciones políticas. Representamos el movimiento revolucionario en Escocia, que aspira a crear una organización revolucionaria en las industrias (en las diversas ramas de la producción) y un Partido Comunista, basado en comités sociales, en todo el país. Durante mucho tiempo hemos regañado con los parlamentarios oficiales. No hemos considerado necesario declararles abiertamente la guerra y ellos *temen* iniciar el ataque contra nosotros.

Pero semejante estado de cosas no puede prolongarse mucho. Nosotros triunfamos en toda la línea. Los miembros de filas del Partido Laborista Independiente de Escocia sienten una repugnancia cada vez mayor por la idea del parlamento, y casi todos los grupos locales son partidarios de los soviets (en la transcripción inglesa se emplea el término ruso) o consejos obreros. Indudablemente, esto tiene una importancia considerable para los señores que consideran la política como un medio de vida (como una profesión) y ponen en juego todos los procedimientos para persuadir a sus miembros de que vuelvan

atrás, al seno del parlamentarismo. Los camaradas revolucionarios *no deben* [los subrayados son en todas partes del autor] sostener a esta banda. Nuestra lucha será en este terreno muy difícil. Uno de sus peores rasgos consistirá en la traición de aquéllos para quienes la ambición personal es un motivo de más fuerza que su interés por la revolución. Cualquier apoyo al parlamentarismo equivale a contribuir a que el poder caiga en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y compañía son unos reaccionarios incurables. El Partido Laborista Independiente oficial cae, cada vez más, bajo el control de los liberales burgueses, que han hallado un refugio espiritual en el campo de los señores MacDonald, Snowden y compañía. El Partido Laborista Independiente oficial es violentamente hostil a la III Internacional, pero la masa es partidaria de ella. Sostener, sea como sea, a los parlamentarios oportunistas significa simplemente hacer el juego a esos señores. El Partido Socialista Británico no significa nada... Lo que se necesita es una buena organización revolucionaria industrial y un Partido Comunista que actúe sobre bases claras, bien definidas, científicas. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a crear lo uno y lo otro aceptaremos gustosos su concurso; si no pueden, por Dios, que no se mezclen en ello, si no quieren traicionar la revolución apoyando a los reaccionarios, que con tanto celo tratan de adquirir el 'honorable' (¿?) (la interrogación es del autor) título de parlamentario y que arden en deseos de demostrar que s*on capaces de gobernar tan bien* como los mismos 'amos', los políticos de clase".

Esta carta a la redacción expresa de manera admirable, a mi juicio, el estado de ánimo y el punto de vista de los comunistas jóvenes o de los obreros de la masa que sólo comienzan a llegar al comunismo. Este estado de ánimo es altamente consolador y valioso; es preciso saber apreciarlo y sostenerlo, porque sin él habría que desesperar de la victoria de la revolución proletaria en Inglaterra (y en

cualquier otro país). Hay que conservar cuidadosamente y ayudar con toda solicitud a los hombres que saben expresar ese estado de ánimo de las masas y suscitarlo (pues muy a menudo yace oculto, inconsciente, sin despertarse). Pero, al mismo tiempo, es menester decirles clara y sinceramente que ese espíritu *por sí solo* es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria, y que estos o los otros errores en que pueden incurrir o incurren los hombres más fieles a la causa revolucionaria son susceptibles de perjudicarla. La carta dirigida a la redacción por el camarada Gallacher muestra de un modo indudable el germen de *todos* los errores que cometen los comunistas "de izquierda" alemanes y en que incurrieron los bolcheviques "de izquierda" rusos en 1908 y 1918.

El autor de la carta está imbuido del más noble odio proletario a los "políticos de clase" de la burguesía (odio comprensible y entrañable, por otra parte, no sólo a los proletarios, sino a todos los trabajadores, a todas las "pequeñas gentes", para emplear la expresión alemana). Este odio de un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, el "principio de toda sabiduría", la base de todo movimiento socialista y comunista y de sus éxitos. Pero el autor no tiene en cuenta, por lo visto, que la política es una ciencia y un arte que no caen del cielo, que no se obtienen gratis, y que si el proletariado quiere vencer a la burguesía debe formar *sus* "políticos de clase", proletarios, y de talla tal que no sean inferiores a los políticos burgueses.

El autor ha comprendido de manera admirable que no es el parlamento, sino sólo los soviets obreros los que pueden constituir el instrumento necesario del proletariado para conseguir sus objetivos. Y, naturalmente, quien hasta ahora no haya comprendido esto es el peor de los reaccionarios, aunque sea el hombre más ilustrado, el político más experto, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado.

Pero hay una cuestión que el autor no plantea ni piensa siquiera que sea necesario plantear; la de si se puede conducir a los soviets a la victoria sobre el parlamento sin hacer que los políticos "soviéticos" *entren* en este último, sin descomponer el parlamentarismo *desde dentro,* sin preparar en el interior del parlamento el éxito de los soviets en el cumplimiento de su tarea de acabar con el parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente justa al decir que el Partido Comunista Inglés debe actuar sobre bases *científicas*. La ciencia exige, en primer lugar, que se tenga en cuenta la experiencia de los demás países, sobre todo si esos países, también capitalistas, pasan o han pasado hace poco por una experiencia muy parecida; en segundo lugar, exige que se tengan en cuenta *todas* las fuerzas, *todos* los grupos, partidos, clases y masas que actúan en el interior del país dado, en vez de determinar la política basándose únicamente en los deseos y opiniones, en el grado de conciencia y de preparación para la lucha de un solo grupo o partido.

Es cierto que los Henderson, los Clynes, los MacDonald y los Snowden son unos reaccionarios incurables. Y no lo es menos que quieren tomar el poder (aunque prefieren la coalición con la burguesía), que quieren "gobernar" de acuerdo con las rancias normas burguesas y que, una vez en el poder, se conducirán inevitablemente como los Scheidemann y los Noske. Todo ello es verdad; pero de esto no se deduce, ni mucho menos, que apoyarles equivalga a traicionar la revolución, sino que, en interés de ésta, los revolucionarios de la clase obrera deben conceder a dichos señores cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos ingleses de actualidad: 1) el discurso pronunciado por el primer ministro Lloyd George el 18 de marzo de 1920 (según el texto del *The Manchester Guardian* del 19 del mismo mes) y 2) los razonamientos de una comunista "de izquierda", la camarada Sylvia Pankhurst, en el artículo citado más arriba.

Lloyd George polemiza en su discurso con Asquith (que había sido invitado especialmente a la reunión, pero que se negó a asistir) y con aquellos liberales que quieren una aproximación al Partido Laborista y no la coalición con los conservadores (en la carta dirigida a la redacción por el camarada Gallacher hemos visto también una alusión al paso de algunos liberales al Partido Laborista Independiente). Lloyd George demuestra que es necesaria una coalición de los liberales con los conservadores, e incluso una coalición *estrecha*, pues de otro modo puede alcanzar la victoria el Partido Laborista, que Lloyd George "prefiere llamar" socialista y que aspira a "la propiedad colectiva" de los medios de producción. "En Francia esto se llamaba comunismo" –explica en un lenguaje popular el jefe de la burguesía inglesa a sus oyentes, miembros del Partido Liberal parlamentario, que, seguramente, lo ignoraban hasta entonces–; "en Alemania se llamaba socialismo; en Rusia se llama bolchevismo". Para los liberales esto es inadmisible por principio, aclara Lloyd George, pues los liberales son por principio defensores de la propiedad privada. "La civilización está en peligro", declara el orador, por lo cual deben unirse los liberales y los conservadores…

> "...Si vais a los distritos agrícolas –dice Lloyd George–, lo reconozco, veréis conservadas las antiguas divisiones de partido. Allí está lejos el peligro, allí no existe. Pero cuando el peligro llegue allí, será tan grande como lo es hoy en algunos distritos industriales. Las cuatro quintas partes de nuestro país se dedican a la industria y al comercio; sólo una quinta parte escasa vive de la agricultura. He ahí una de las circunstancias que tengo siempre presente cuando reflexiono sobre los peligros con que nos amenaza el porvenir. En Francia, la población es agrícola y constituye por eso una base sólida de determinadas opiniones, base que no cambia tan rápidamente y que no es sencillo excitar por

el movimiento revolucionario. En nuestro país la cosa es distinta. Nuestro país es menos estable que ningún otro en el mundo, y si empieza a vacilar, la catástrofe será aquí, en virtud de las razones indicadas, más fuerte que en los demás países".

El lector puede apreciar por estas citas que el señor Lloyd George no sólo es un hombre muy inteligente, sino que, además, ha aprendido mucho de los marxistas. Tampoco nosotros haríamos mal en aprender de Lloyd George.

Es interesante asimismo señalar el siguiente episodio de la discusión que tuvo lugar después del discurso de Lloyd George:

"G. Wallace: Quisiera preguntar cómo considera el primer ministro los resultados de su política en los distritos industriales en lo que se refiere a los obreros fabriles, muchos de los cuales son hoy liberales y nos prestan un apoyo tan grande. ¿No puede preverse un resultado que provoque un aumento enorme de la fuerza del Partido Laborista por parte de estos mismos obreros que nos apoyan hoy sinceramente? El primer ministro: Tengo una opinión completamente distinta. El hecho de que los liberales luchen entre sí empuja, sin duda, a un número muy considerable de ellos, llevados por la desesperación, hacia las filas del Partido Laborista, donde hay bastantes liberales muy capaces que se ocupan hoy de desacreditar al gobierno. El resultado, evidentemente, es un movimiento importante de la opinión pública en favor del Partido Laborista. La opinión pública se inclina no hacia los liberales que están fuera del Partido Laborista, sino hacia éste, como lo muestran las segundas vueltas parciales en las elecciones".

Digamos de paso que tales razonamientos prueban de

modo singular hasta qué punto se han embrollado y no pueden dejar de cometer irreparables desatinos los hombres más inteligentes de la burguesía. Esto es lo que la hará perecer. Nuestros camaradas pueden incluso hacer tonterías (a condición, es verdad, de que no sean muy considerables y se las repare a tiempo) y, sin embargo, acabarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la comunista "de izquierda" camarada Sylvia Pankhurst:

> "...El camarada Inkpin [secretario del Partido Socialista Británico] denomina al Partido Laborista 'la organización principal del movimiento de la clase obrera'. Otro camarada del Partido Socialista Británico ha expresado todavía con mayor relieve el punto de vista de este partido en la Conferencia de la III Internacional: 'Consideramos al Partido Laborista como la clase obrera organizada'.
>
> No compartimos esta opinión sobre el Partido Laborista. Éste es muy importante desde el punto de vista numérico, aunque sus miembros son, en parte muy considerable, inertes y apáticos; se trata de obreros y obreras que han entrado en las tradeuniones porque sus compañeros de taller son tradeunionistas y porque desean recibir subsidios.
>
> Pero reconocemos que la importancia numérica del Partido Laborista obedece también al hecho de que dicho partido es obra de una escuela de pensamiento cuyos límites no han sobrepasado aún la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en la mentalidad del pueblo, que modificará pronto semejante situación...".
>
> "...El Partido Laborista Británico, como las organizaciones socialpatriotas de los demás países, llegará inevitablemente al poder por el curso natural del desarrollo social. El deber de los comunistas con-

> siste en organizar las fuerzas que derribarán a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción ni vacilar.
> No debemos dispersar nuestras energías aumentando las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al poder es inevitable.
> Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que venza a ese partido. Dentro de poco, el Partido Laborista formará gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para emprender el ataque contra él...".

Así, pues, la burguesía liberal renuncia al sistema de los "dos partidos" (de los explotadores), consagrado a lo largo de la historia por una experiencia secular y extraordinariamente provechoso para los explotadores, considerando necesaria la unión de sus fuerzas a fin de luchar contra el Partido Laborista. Una parte de los liberales, como ratas de un navío que se hunde, corren hacia el laborismo. Los comunistas de izquierda consideran inevitable el paso del poder a manos laboristas y reconocen que la mayor parte de los obreros está hoy a favor de dicho partido. De todo esto sacan la extraña conclusión que la camarada Sylvia Pankhurst formula del siguiente modo:

> "El Partido Comunista no debe contraer compromisos... Debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es ir en vanguardia, sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista".

Al contrario, del hecho de que la mayoría de los obreros de Inglaterra siga todavía a los Kerensky o a los Scheidemann ingleses, de que no haya conocido aún la experiencia de un gobierno formado por esos hombres –experiencia que ha sido necesaria tanto en Rusia como en

Alemania para que los obreros pasaran en masa al comunismo– se deduce de modo indudable que los comunistas ingleses deben participar en el parlamentarismo, deben ayudar a la masa obrera desde dentro del parlamento a ver en la práctica los resultados del gobierno de los Henderson y los Snowden, deben ayudar a los Henderson y a los Snowden a vencer a la coalición de Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significa dificultar la obra de la revolución, pues si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas, nunca con la propaganda sola. La consigna "¡Adelante sin compromisos, sin apartarse del camino!" es errónea a todas luces, si quien habla así es una minoría evidentemente impotente de obreros que sabe (o por lo menos debe saber) que dentro de poco tiempo, en caso de que Henderson y Snowden triunfen sobre Lloyd George y Churchill, la mayoría perderá la fe en sus jefes y apoyará al comunismo (o, en todo caso, adoptará una actitud de neutralidad y, en su mayoría, de neutralidad benévola hacia los comunistas). Es lo mismo que si 10.000 soldados se lanzaran al combate contra 50.000 enemigos en el momento en que es necesario "detenerse", "apartarse del camino" y hasta concertar un "compromiso" con tal de esperar la llegada de un refuerzo prometido de 100.000 hombres, que no pueden entrar inmediatamente en acción. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de la clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo

y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando los *"de abajo" no quieren* y los "de arriba" *no pueden seguir viviendo a la antigua,* sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para hacer la revolución hay que conseguir, en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es que se decuplican o centuplican el número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.

En Inglaterra, y precisamente el discurso de Lloyd George, entre otras cosas, lo demuestra, se desarrollan a ojos vistas las dos condiciones de una revolución proletaria victoriosa. Y los errores de los comunistas de izquierda representan un singular peligro en la actualidad precisamente porque observamos en algunos revolucionarios una actitud poco razonada, poco atenta, poco consciente, poco reflexiva con respecto a cada uno de estos factores. Si somos el partido *de la clase* revolucionaria, y no un grupo revolucionario, si queremos arrastrar a *las masas* (sin lo cual corremos el riesgo de no pasar de simples charlatanes) debemos: primero, ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y a Churchill (más exactamente: debemos obligar a los primeros a vencer a los segundos, ¡pues los primeros *tienen miedo de su propia victoria*!); segundo, ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por experiencia propia de la razón que nos asiste, es

decir, de la incapacidad completa de los Henderson y los Snowden, de su naturaleza pequeño-burguesa y traidora, de la inevitabilidad de su bancarrota; y tercero, acercar el momento en que, *sobre la base* de la desilusión provocada por los Henderson entre la mayoría de los obreros, se pueda, con serias probabilidades de éxito, derribar de un golpe el gobierno de los Henderson, que perderá la cabeza con tanto mayor motivo si incluso Lloyd George, ese político inteligentísimo y solvente, no pequeñoburgués, sino gran burgués, la pierde también y se debilita cada día más (con toda la burguesía), ayer por sus "roces" con Churchill y hoy por sus roces con Asquith.

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, unificar sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles y algunos extraordinariamente débiles) en un Partido Comunista único, sobre la base de los principios de la III Internacional y de la participación obligatoria en el parlamento. El Partido Comunista propone a los Henderson y a los Snowden un "compromiso", un acuerdo electoral: marchemos juntos contra la coalición de Lloyd George y los conservadores, repartámonos los puestos en el parlamento en proporción al número de votos dados por los obreros al Partido Laborista o a los comunistas (no en las elecciones, sino en una votación especial), conservemos *la libertad más completa* de agitación, de propaganda y de acción política. Sin esta última condición es imposible, naturalmente, hacer el bloque, pues sería una traición. Los comunistas ingleses deben reivindicar para ellos y lograr la libertad más completa que les permita desenmascarar a los Henderson y los Snowden, de un modo tan absoluto como lo hicieron (*durante 15 años*, de 1903 a 1917) los bolcheviques rusos con respecto a los Henderson y los Snowden de Rusia, esto es, los mencheviques.

Si los Henderson y los Snowden aceptan el bloque en estas condiciones, habremos ganado, pues lo que nos im-

porta no es, ni mucho menos, el número de actas. No es eso lo que perseguimos; en este punto seremos transigentes (mientras que los Henderson y, sobre todo, sus nuevos amigos –o sus nuevos dueños–, los liberales que han ingresado en el Partido Laborista Independiente, corren más que nada a la caza de escaños). Habremos ganado porque llevaremos *nuestra* agitación *a las masas* en un momento en que las habrá "irritado" el *propio* Lloyd George, y ayudaremos no sólo al Partido Laborista a formar más de prisa su gobierno, sino también a comprender mejor toda nuestra propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna limitación, sin silenciar nada.

Si los Henderson y los Snowden rechazan el bloque con nosotros en estas condiciones, habremos ganado todavía más, pues habremos mostrado en el acto *a las masas* (tened en cuenta que incluso en el seno del Partido Laborista Independiente, puramente menchevique, completamente oportunista, *las masas* son partidarias de los soviets) que los Henderson prefieren su intimidad con los capitalistas a la unión de todos los obreros. Habremos ganado en el acto ante *la masa*, la cual, sobre todo después de las explicaciones brillantísimas, extremadamente acertadas y útiles (para el comunismo) dadas por Lloyd George, simpatizará con la idea de la unión de todos los obreros contra la coalición de Lloyd George con los conservadores. Habremos ganado desde el primer momento, pues habremos demostrado a *las masa*s que los Henderson y los Snowden temen vencer a Lloyd George, temen tomar el poder solos y aspiran a lograr *en secreto* el apoyo de Lloyd George, el cual tiende *abiertamente* la mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Hay que advertir que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 (viejo calendario), el éxito de la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y socialrevolucionarios (es decir, los Henderson y los Snowden rusos) se debió precisamen-

te a las mismas circunstancias. Nosotros decíamos a los mencheviques y a los socialrevolucionarios: tomad todo el poder sin la burguesía, puesto que tenéis la mayoría en los soviets (en el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques no tenían más que un 13% de los votos). Pero los Henderson y los Snowden rusos tenían miedo de tomar el poder sin la burguesía, y cuando ésta aplazaba las elecciones a la Asamblea Constituyente porque sabía a la perfección que los socialrevolucionarios y los mencheviques lograrían la mayoría* (unos y otros formaban un bloque político muy estrecho, representaban prácticamente a *una sola* democracia pequeño-burguesa), los socialrevolucionarios y los mencheviques resultaron ser impotentes para luchar con energía y hasta el fin contra esos aplazamientos.

En caso de que los Henderson y los Snowden se negaran a formar un bloque con los comunistas, éstos saldrían ganando en el acto, pues conquistarían la simpatía de las masas, mientras que los Henderson y los Snowden se desacreditarían. Poco nos importaría entonces perder algunos escaños a causa de ello. No presentaríamos candidatos sino en un ínfimo número de circunscripciones absolutamente seguras, es decir, donde esto no diera la victoria a un liberal contra un laborista. Realizaríamos nuestra campaña electoral distribuyendo hojas en favor del comunismo e invitando en todas las circunscripciones en que no presentáramos candidato *a votar por el laborista contra el burgués.* Se equivocan los camaradas Sylvia Pankhurst y Gallacher si ven en esto una traición al comunismo o una renuncia a la lucha contra los socialtraidores. Por el contrario, es indudable que la causa de la revolución comunista saldría ganando con ello.

---

* Las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente en Rusia, según datos que afectan a más de 36 millones de electores, dieron un 25% de los votos a los bolcheviques, un 13% a los distintos partidos de los terratenientes y de la burguesía y el 62% a la democracia pequeño-burguesa, es decir, a los socialrevolucionarios y mencheviques junto con los pequeños grupos afines a ellos.

A los comunistas ingleses les es hoy difícil con mucha frecuencia incluso acercarse a las masas, hacer que éstas les escuchen. Pero si yo me presento como comunista y, al mismo tiempo, invito a votar por Henderson contra Lloyd George, seguramente se me escuchará. Y podré explicar de modo accesible no sólo por qué los soviets son mejores que el parlamento, y la dictadura del proletariado mejor que la dictadura de Churchill (cubierta con el rótulo de "democracia" burguesa), sino también que yo querría sostener a Henderson con mi voto del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado; que el acercamiento de los Henderson a un gobierno formado por ellos probará, asimismo, mi razón, atraerá a las masas a mi lado y acelerará la muerte política de los Henderson y los Snowden, igual que sucedió con sus correligionarios en Rusia y en Alemania.

Y si se me objeta que esta táctica es demasiado "astuta" o complicada, que no la comprenderán las masas, que dispersará y disgregará nuestras fuerzas impidiendo concentrarlas en la revolución soviética, etc., responderé a mis contradictores "de izquierda": ¡no atribuyáis a las masas vuestro propio doctrinarismo! Es de suponer que en Rusia las masas no son más cultas, sino, por el contrario, menos cultas que en Inglaterra. Y, sin embargo, comprendieron a los bolcheviques; y a éstos, lejos de perjudicarles, les favoreció el hecho de que *en vísperas* de la revolución soviética, en septiembre de 1917, compusieran listas de candidatos suyos al parlamento burgués (a la Asamblea Constituyente) y de que al día siguiente de la revolución soviética, en noviembre de 1917, tomaran parte en las elecciones a esa misma Constituyente, disuelta por ellos el 5 de enero de 1918.

No puedo examinar detenidamente la segunda divergencia entre los comunistas ingleses, consistente en si deben o no adherirse al Partido Laborista. Poseo poquísimos datos sobre esta cuestión sumamente compleja, dada la extraordinaria originalidad del "Partido Laborista" Britá-

nico, muy poco parecido por su estructura a los partidos políticos habituales del continente europeo. Pero es indudable, primero, que comete también inevitablemente un error quien deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como éste: "El Partido Comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es ir en vanguardia, sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista". Semejantes principios no hacen más que repetir el error de los comuneros blanquistas franceses, que en 1874 proclamaban la "negación" de todo compromiso y de toda etapa intermedia. Segundo, es indudable que en este punto la tarea consiste, como siempre, en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo *a las peculiaridades* de las relaciones entre las clases y los partidos, *a las peculiaridades* del desarrollo objetivo hacia el comunismo, propias de cada país y que es necesario saber estudiar, descubrir y adivinar.

Pero hay que hablar de esto no sólo en relación con el comunismo inglés, sino con las conclusiones generales que se refieren al desarrollo del comunismo en todos los países capitalistas. Este es el tema que vamos a abordar ahora.

X
Algunas conclusiones

La revolución burguesa de 1905 en Rusia puso de manifiesto un viraje extraordinariamente original de la historia universal: en uno de los países capitalistas más atrasados, el movimiento huelguístico alcanzó por primera vez en el mundo una fuerza y amplitud inusitadas. *Sólo en el mes de enero* de 1905, el número de huelguistas fue diez veces mayor que el promedio *anual* de huelguistas durante los diez años precedentes (1895-1904); de enero a octubre de 1905, las huelgas aumentaron sin cesar y en proporciones colosales. Bajo la influencia de una serie de factores históricos completamente originales, la Rusia atrasada dio al mundo el primer ejemplo no sólo de un salto brusco, en época de revolución, de la actividad espontánea de las masas oprimidas (cosa que ocurrió en todas las grandes revoluciones), sino también de una importancia del proletariado infinitamente superior a su porcentaje entre la población; mostró por vez primera la combinación de la huelga económica y de la huelga política, con la transformación de esta última en insurrección armada, el nacimiento de una nueva forma de lucha de masas y de organización de masas de las clases oprimidas por el capitalismo: los soviets.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 condujeron al desarrollo multilateral de los soviets en todo el país y, después, a su victoria en la revolución proletaria, socialista. Menos de dos años más tarde se puso de manifiesto el carácter internacional de los soviets, la extensión de esta forma de lucha y de organización al movimiento obrero mundial, el destino histórico de los soviets de ser los sepultureros, los herederos y los sucesores del parlamentarismo burgués, de la democracia burguesa en general.

Aún más. La historia del movimiento obrero muestra

hoy que éste está llamado a atravesar en todos los países (y ha comenzado ya a atravesarlo) un período de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte, que camina hacia la victoria, ante todo y principalmente contra el "menchevismo" *propio* (en cada país), es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo "de izquierda". La primera de estas luchas se ha desarrollado en todos los países, sin excepción al parecer, en forma de lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la III. La segunda lucha se observa en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en Estados Unidos (donde *una parte* al menos de "Los Trabajadores Industriales del Mundo" y de las tendencias anarcosindicalistas sostienen los errores del comunismo de izquierda, a la vez que reconocen de manera casi general, casi incondicional, el sistema soviético) y en Francia (actitud de una parte de los ex sindicalistas con relación al partido político y al parlamentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los soviets), es decir, que se observa, sin duda, en una escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce al movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea en todas partes idéntica en el fondo, su desarrollo se efectúa en cada país *de un modo original.* Los grandes países capitalistas adelantados avanzan por ese camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, al cual concedió la historia un plazo de quince años para prepararse como tendencia política organizada a fin de conquistar la victoria. En un plazo tan breve como es un año, la III Internacional ha alcanzado ya un triunfo decisivo al deshacer la II Internacional, la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la III, parecía sólida y poderosa y gozaba del apoyo de la burguesía mundial en todas las formas, directas e indirectas, materiales (puestos ministeriales, pasaportes, prensa) e ideológicas.

Lo que importa ahora es que los comunistas de cada país tengan en cuenta con plena conciencia tanto las tareas fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "de izquierda", como las *particularidades concretas* que esta lucha adquiere y debe adquirir inevitablemente en cada país, conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de la diversidad de religiones, etc., etc. Por todas partes se deja sentir, se extiende y crece el descontento contra la II Internacional por su oportunismo y por su torpeza o incapacidad para crear un órgano realmente centralizado y dirigente, apto para orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por la república soviética universal. Hay que darse perfecta cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente e idénticas. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países –y estas diferencias subsistirán incluso mucho después de la instauración universal de la dictadura del proletariado–, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad, ni la supresión de las particularidades nacionales (lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo (poder soviético y dictadura del proletariado) que *modifique acertadamente* estos principios en *sus detalles,* que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda *concretamente* la solución del problema internacional *común*, del problema del triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno

del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la república soviética y la dictadura proletaria, es la principal tarea del período histórico que atraviesan actualmente todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Se ha hecho ya lo principal –claro que no todo, ni mucho menos, pero sí lo principal– para ganar a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del poder soviético contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la atención en el paso *siguiente*, que parece ser –y, desde cierto punto de vista, lo es, en efecto– menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: buscar las formas de *pasar* a la revolución proletaria o de *abordarla*.

La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía un buen trecho. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. No sólo las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experimentar en su

propia carne toda la impotencia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Korníłov en Rusia[52], Kapp y cía. en Alemania[53]), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.

La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir *no sólo* a su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su aproximación, de su desplazamiento a esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (ganar para el poder soviético y para la dictadura de la clase obrera a la vanguardia consciente del proletariado) no podía ser resuelta sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea, que resulta ahora inmediata y que consiste en saber llevar *a las masas* a esa nueva posición capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución, no puede ser resuelta sin liquidar el doctrinarismo de izquierda, sin enmendar por completo sus errores, sin desembarazarse de ellos.

Mientras se trate (y en la medida en que se trata aún ahora) de ganar para el comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer término; incluso los círculos, con todas sus debilidades, son útiles en este caso y dan resultados fecundos. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de dislocar –si es permitido expresarse así– a ejércitos de millones de hombres, de disponer todas las fuerzas de clase de una sociedad dada *para la lucha final y decisiva*, no conseguiréis nada sólo con los hábitos de propagandista, con la repetición escueta de las verdades del comunismo "puro".

Y es que en este caso no se cuenta por miles, como hace en esencia el propagandista, miembro de un grupo reducido y que no dirige todavía masas, sino por millones y decenas de millones. En este caso hay que preguntarse no sólo si hemos convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si están dislocadas las fuerzas históricamente activas de *todas* las clases de la sociedad dada, obligatoriamente de todas sin excepción, de manera que la batalla decisiva se halle por completo en sazón, de manera que: 1) todas las fuerzas de clase que nos son adversas estén suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas; 2) todos los elementos vacilantes, volubles, inconsistentes, intermedios, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeño-burguesa, que se diferencia de la burguesía, se hayan desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se hayan cubierto suficientemente de oprobio por su bancarrota práctica; 3) en las masas proletarias empiece a aparecer y a extenderse con poderoso impulso el afán de apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. Entonces es cuando está madura la revolución, cuando nuestra victoria está asegurada, si hemos sabido tener en cuenta todas las condiciones brevemente indicadas más arriba y hemos elegido con acierto el momento.

Las divergencias, de una parte, entre los Churchill y los Lloyd George –tipos políticos que existen *en todos* los países con particularidades nacionales ínfimas– y, de otra, entre los Henderson y los Lloyd George no tienen absolutamente ninguna importancia y son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz todavía de acciones políticas prácticas, de masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de las masas, dichas divergencias son de una importancia extraordinaria. Saber tenerlas en cuenta, saber determinar

el momento en que han madurado plenamente los conflictos inevitables entre esos "amigos", conflictos que debilitan y extenúan *a todos los "amigos" tomados en conjunto,* es la obra, es la misión del comunista que desee ser no sólo un propagandista consciente, convencido y teóricamente preparado, sino un dirigente práctico de las *masas* en la revolución. Es necesario unir la fidelidad más absoluta a las ideas comunistas con el arte de admitir todos los compromisos prácticos necesarios, las maniobras, los acuerdos, los zigzags, las retiradas, etc., para precipitar la subida al poder político de los Henderson (de los héroes de la II Internacional, por no citar nombres de estos representantes de la democracia pequeño-burguesa que se llaman socialistas) y su bancarrota en el mismo; para acelerar su quiebra inevitable en la práctica, lo que instruirá a las masas precisamente en nuestro espíritu y las orientará precisamente hacia el comunismo; para acelerar los roces, las disputas, los conflictos y el divorcio total, inevitables entre los Henderson, los Lloyd George y los Churchill (entre los mencheviques y los socialrevolucionarios, los demócratas constitucionalistas y los monárquicos; entre los Scheidemann, la burguesía, los partidarios de Kapp, etc.), y para elegir con acierto el momento de máxima disensión entre todos esos "pilares de la sacrosanta propiedad privada", a fin de aplastarles por completo mediante una ofensiva resuelta del proletariado y conquistar el poder político.

La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más "astuta" de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto es comprensible, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión y la imaginación de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de exaltación y de tensión especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pa-

sión y la imaginación de decenas de millones de hombres aguijoneados por la más aguda lucha de clases. De aquí se derivan dos conclusiones prácticas muy importantes: primera, que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe saber utilizar *todas* las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social (terminando después de la conquista del poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no ha terminado antes de esta conquista); segunda, que la clase revolucionaria debe estar preparada para sustituir una forma por otra del modo más rápido e inesperado.

Todos convendrán que sería insensata y hasta criminal la conducta de un ejército que no se dispusiera a dominar todos los tipos de armas, todos los medios y procedimientos de lucha que posee o puede poseer el enemigo. Pero esta verdad es más aplicable todavía a la política que al arte militar. En política todavía es más difícil saber de antemano qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha podemos correr el riesgo de sufrir una derrota enorme –a veces decisiva–, si cambios independientes de nuestra voluntad en la situación de las otras clases ponen al orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Si dominamos todos los medios de lucha, nuestra victoria será segura, puesto que representamos los intereses de la clase realmente avanzada, realmente revolucionaria, incluso si las circunstancias nos impiden hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma susceptible de asestarle golpes mortales con la mayor rapidez. Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, ya que la burguesía engañaba y embaucaba a los obreros con particular frecuencia en este terreno (sobre todo en los períodos llamados "pacíficos", en los períodos no revolucionarios), y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Pero

esto no es justo. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera son los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis: no puedo; sino: no quiero) aplicar los procedimientos ilegales de lucha en una situación, por ejemplo, como la guerra imperialista de 1914-18, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con una insolencia y crueldad nunca vistas, prohibiendo que se dijese la verdad sobre el carácter de rapiña de la conflagración. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con *todas* las formas legales son pésimos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ha estallado ya y se encuentra en su apogeo, cuando todos se adhieren a la revolución simplemente por entusiasmo, por moda y a veces incluso por interés personal de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le produce duras penalidades, le origina verdaderos tormentos "deshacerse" después de su triunfo de esos "revolucionarios". Es muchísimo más difícil –y muchísimo más meritorio– saber ser revolucionario cuando *todavía no se dan* las condiciones para la lucha directa, franca, auténticamente de masas, auténticamente revolucionaria, saber defender los intereses de la revolución (mediante la propaganda, la agitación y la organización) en instituciones no revolucionarias y con frecuencia sencillamente reaccionarias, en una situación no revolucionaria, entre unas masas incapaces de comprender en el acto la necesidad de un método revolucionario de acción. Saber percibir, encontrar, determinar con exactitud el rumbo concreto o el cambio especial de los acontecimientos *susceptibles de conducir* a las masas a la gran lucha revolucionaria, verdadera, final y decisiva es la misión principal del comunismo contemporáneo en Europa Occidental y en América.

Un ejemplo: Inglaterra. No podemos saber –y nadie puede determinarlo de antemano– cuándo estallará allí la verdadera revolución proletaria y *cuál será el motivo* princi-

pal que despertará y lanzará a la lucha a las grandes masas, hoy aún adormecidas. Tenemos el deber, por consiguiente, de realizar todo nuestro trabajo preparatorio teniendo herradas las cuatro patas (según la expresión favorita del difunto Plejánov cuando era marxista y revolucionario). Quizá sea una crisis parlamentaria la que "abra el paso", la que "rompa el hielo"; acaso una crisis que derive de las contradicciones coloniales e imperialistas irremediablemente complicadas, cada vez más graves y exasperadas, o posiblemente otras causas. No hablamos del género de lucha que *decidirá* la suerte de la revolución proletaria en Inglaterra (esta cuestión no suscita dudas para ningún comunista, pues para todos nosotros está firmemente decidida), sino del *motivo* que despertará a las masas proletarias hoy todavía adormecidas, las pondrá en movimiento y las conducirá a la revolución. No olvidemos, por ejemplo, que en la república burguesa de Francia, en una situación que era cien veces menos revolucionaria que la actual tanto desde el punto de vista internacional como del interior, bastó una circunstancia tan "inesperada" y "fútil" como el asunto Dreyfus[54] –una de las mil hazañas deshonestas de la banda militarista reaccionaria– para conducir al pueblo a dos dedos de la guerra civil.

En Inglaterra, los comunistas deben utilizar constantemente, sin descanso ni vacilación, las elecciones parlamentarias, todas las peripecias de la política irlandesa, colonial e imperialista del gobierno británico en el mundo entero y todos los demás campos, esferas y aspectos de la vida social, actuando en ellos con un espíritu nuevo, con el espíritu del comunismo, con el espíritu de la III y no de la II Internacional. No dispongo de tiempo ni de espacio para describir aquí los procedimientos "rusos", "bolcheviques", de participación en las elecciones y en la lucha parlamentaria; pero puedo asegurar a los comunistas de los demás países que no se parecían en nada a las campañas parlamentarias habituales en Europa Occiden-

tal. De aquí se saca a menudo la siguiente conclusión: “Eso es así en vuestro país, en Rusia, pero nuestro parlamentarismo es diferente”. La conclusión es falsa. Los comunistas, los partidarios de la III Internacional existen en todos los países precisamente para *transformar* en toda regla, en todos los aspectos de la vida, la vieja labor socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentaria en una labor *nueva*, comunista. En nuestras elecciones hemos visto también de sobra rasgos puramente burgueses, rasgos de oportunismo, de pragmatismo vulgar, de fraude capitalista. Los comunistas de Europa Occidental y de América deben aprender a crear un parlamentarismo nuevo, poco común, no oportunista, sin arribismo. Es necesario que el Partido Comunista lance sus consignas; que los verdaderos proletarios, con ayuda de la gente pobre, no organizada y completamente oprimida, repartan y distribuyan octavillas, recorran las viviendas de los obreros, las chozas de los proletarios del campo y de los campesinos que viven en las aldeas perdidas (por ventura, en Europa hay muchas menos que en Rusia, y en Inglaterra apenas si existen), penetren en las tabernas concurridas por la gente más sencilla, se introduzcan en las asociaciones, sociedades y reuniones fortuitas de los elementos pobres; que hablen al pueblo con un lenguaje sencillo (y no muy parlamentario), no corran por nada del mundo tras un “lugarcito” en los escaños del parlamento, sino que despierten en todas partes el pensamiento, arrastren a la masa, cojan por la palabra a la burguesía, utilicen el aparato creado por ella, las elecciones convocadas por ella, sus llamamientos a todo el pueblo y den a conocer a este último el bolchevismo como nunca habían tenido ocasión de hacerlo (bajo el dominio burgués) fuera del período electoral (sin contar, naturalmente, los momentos de grandes huelgas, cuando *ese mismo* aparato de agitación popular funcionaba en nuestro país con mayor intensidad aún). Hacer esto en Europa Occidental y en América es

muy difícil, dificilísimo; pero puede y debe hacerse, pues es imposible de todo punto cumplir las tareas del comunismo sin trabajar, y es preciso esforzarse para resolver los problemas *prácticos*, cada vez más variados, cada vez más ligados a todos los aspectos de la vida social y que van *arrebatando* cada vez más *a la burguesía,* uno tras otro, un sector, una esfera de actividad.

En esa misma Inglaterra es necesario igualmente organizar de un modo nuevo (no de un modo socialista, sino comunista; no de un modo reformista, sino revolucionario) la labor de propaganda, de agitación y de organización en el ejército y entre las naciones oprimidas y carentes de plenos derechos que forman parte de *"su"* Estado (Irlanda, las colonias). Pues todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y sobre todo ahora, después de la guerra, que ha atormentado a los pueblos y que les ha abierto rápidamente los ojos a la verdad (a la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han quedado mutilados únicamente para decidir si serían los bandidos ingleses o los bandidos alemanes quienes saquearan más países), todos estos sectores de la vida social se saturan particularmente de materias inflamables y dan origen a muchas causas de conflictos y de crisis y a la exacerbación de la lucha de clases. No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que surgen ahora en enjambre por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá originar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso, con nuestros principios nuevos, comunistas, debemos emprender la "preparación" de todos los campos, cualquiera que sea su naturaleza, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, ya que en caso contrario no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (que ha organizado la

vida social en todos sus aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de esa misma manera) ni para la reorganización comunista de toda la vida, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias a escala internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también otra en todas partes. La burguesía se siente asustada por el "bolchevismo" y está irritada contra él hasta casi perder la razón: precisamente por eso acelera, de una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, de otra, concentra la atención en el aplastamiento del bolchevismo por la fuerza, debilitando con ello su posición en otros muchos terrenos. Los comunistas de todos los países avanzados deben tener en cuenta para su táctica estas dos circunstancias.

Los demócratas constitucionalistas rusos y Kerensky rebasaron los límites cuando emprendieron una persecución furiosa contra los bolcheviques, sobre todo desde abril de 1917 y, más aún, en junio y julio del mismo año. Los millones de ejemplares de los periódicos burgueses, que gritaban en todos los tonos contra los bolcheviques, ayudaron a conseguir que las masas valorasen el bolchevismo, y, gracias al "celo" de la burguesía, toda la vida social, aun sin contar la prensa, se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo. Los millonarios de todos los países se conducen hoy de tal modo a escala internacional que debemos estarles reconocidos de todo corazón. Persiguen al bolchevismo con el mismo celo que lo perseguían antes Kerensky y compañía y, como éstos, rebasan también los límites y nos *ayudan* igual que Kerensky. Cuando la burguesía francesa convierte el bolchevismo en el punto central de la campaña electoral, injuriando por su bolchevismo a socialistas relativamente moderados o vacilantes; cuando la burguesía norteamericana, perdiendo por completo la cabeza, detiene a miles y miles de individuos

sospechosos de bolchevismo y crea un ambiente de pánico propagando por doquier la nueva de conjuraciones bolcheviques; cuando la burguesía inglesa, la más seria del mundo, con todo su talento y experiencia, comete inverosímiles tonterías, funda riquísimas "sociedades para la lucha contra el bolchevismo", crea una literatura especial sobre éste y toma a su servicio, para la lucha contra él, a un personal suplementario de sabios, agitadores y curas, debemos inclinarnos y dar las gracias a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros, nos ayudan a interesar a las masas por la naturaleza y la significación del bolchevismo. Y no pueden obrar de otro modo porque han fracasado ya en sus intentos de "hacer el silencio" alrededor del bolchevismo y de ahogarlo.

Pero, al mismo tiempo, la burguesía ve en el bolchevismo casi exclusivamente uno de sus aspectos: la insurrección, la violencia, el terror; por eso procura prepararse de modo particular para oponer resistencia y replicar en *este* terreno. Es posible que en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales períodos breves lo consiga; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de temible. El comunismo "brota" literalmente de todos los aspectos de la vida social, sus gérmenes existen absolutamente en todas partes, el "contagio" (para emplear la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa y la más "agradable" para ella) ha penetrado muy hondo en todos los poros del organismo y lo ha impregnado por completo. Si se cierra con celo particular una de las salidas, el "contagio" encontrará otra, a veces la más inesperada. La vida triunfa por encima de todo. Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta perder la cabeza; que rebase los límites, haga tonterías, se vengue de antemano de los bolcheviques y se esfuerce por aniquilar (en la India, en Hungría, en Alemania, etc.) a centenares, a miles, a centenares de miles de bolcheviques de ayer o de mañana; al obrar así procede como lo han hecho todas las clases

condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece. Y por eso podemos (y debemos) unir el máximo de pasión en la gran lucha revolucionaria con la apreciación más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía. La revolución rusa fue cruelmente aplastada en 1905, los bolcheviques rusos fueron derrotados en julio de 1917, más de 15.000 comunistas alemanes fueron aniquilados por medio de la artera provocación y de las hábiles maniobras de Scheidemann y Noske, aliados con la burguesía y los generales monárquicos; en Finlandia y en Hungría hace estragos el terror blanco. Pero, en todos los casos y en todos los países, el comunismo se está templando y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan, no lo extenúan, sino que lo refuerzan.

Falta sólo una cosa para que marchemos hacia la victoria con más firmeza y seguridad; que los comunistas de todos los países comprendamos por doquier y hasta el fin que en nuestra táctica es necesaria la *flexibilidad* máxima. Lo que le falta hoy al comunismo, que crece magníficamente, sobre todo en los países adelantados, es esa conciencia y el acierto para aplicarla en la práctica.

Podría (y debería) ser una lección útil lo ocurrido con jefes de la II Internacional tan eruditos marxistas y tan fieles al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Comprendían perfectamente la necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica de Marx y (mucho de lo hecho por ellos en este terreno será considerado siempre como una valiosa aportación a la literatura socialista); pero al *aplicar* esta dialéctica han incurrido en un error de tal naturaleza o se han mostrado en la práctica *tan apartados* de la dialéctica, tan incapaces de tener en cuenta los rápidos cambios de forma y la rápida entrada de un contenido nuevo en las antiguas formas, que su suerte no es más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejánov. La causa fundamental

de su bancarrota consiste en que “han fijado su mirada” en una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidando el carácter unilateral de la misma; han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las verdades simples aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas elementales. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un nuevo contenido, por lo cual ha aparecido delante de las cifras un signo nuevo, el signo “menos”, mientras nuestros sabios seguían (y siguen) tratando con tozudez de persuadirse y de persuadir a todo el mundo de que “menos tres” es más que “menos dos”.

Hay que procurar que los comunistas no repitan el mismo error en sentido contrario, o, mejor dicho, que *ese mismo error,* cometido aunque en su sentido contrario por los comunistas “de izquierda”, sea corregido y curado con la mayor rapidez y el menor dolor posible para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error; lo constituye también el doctrinarismo de izquierda. Naturalmente, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en la actualidad mil veces menos peligroso y grave que el de derecha (es decir, el socialchovinismo y el kautskismo); pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima que acaba de nacer. Sólo por esto, la enfermedad puede ser, en ciertas condiciones, fácilmente vencida y es necesario emprender su tratamiento con la máxima energía.

Las antiguas formas se han roto, pues, ha resultado que su nuevo contenido –antiproletario, reaccionario– ha adquirido un desarrollo desmesurado. Desde el punto de vista del desarrollo del comunismo internacional poseemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte y tan potente de

nuestra actividad (en pro del poder de los soviets, en pro de la dictadura del proletariado) que puede y *debe* manifestarse en cualquier forma, tanto antigua como nueva; que puede y debe transformar, vencer, someter a todas las formas, no sólo nuevas, sino también antiguas, no para conciliarse con estas últimas, sino para saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en una arma de la victoria completa y definitiva, decisiva e irremisible del comunismo.

Los comunistas deben consagrar todos sus esfuerzos a orientar el movimiento obrero y el desarrollo social en general por el camino más recto y rápido hacia la victoria mundial del poder soviético y hacia la dictadura del proletariado. Es una verdad indiscutible. Pero basta dar un pequeño paso más allá –aunque parezca efectuado en la misma dirección– para que esta verdad se convierta en un error. Basta decir, como lo hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que no aceptamos más que un camino, el camino recto, que no admitimos las maniobras, los acuerdos y los compromisos, para que eso sea un error que puede causar, y ha causado ya en parte y sigue causando, los más serios perjuicios al comunismo. El doctrinarismo de derecha se ha obstinado en no admitir más que las formas antiguas y ha fracasado del modo más completo por no haberse dado cuenta del nuevo contenido. El doctrinarismo de izquierda se obstina en rechazar incondicionalmente determinadas formas antiguas, sin ver que el nuevo contenido se abre paso a través de toda clase de formas y que nuestro deber de comunistas consiste en dominarlas todas, en aprender a complementar unas con otras y a sustituir unas por otras con la máxima rapidez, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de este género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.

La revolución universal, que ha recibido un impulso tan poderoso y ha sido acelerada con tanta intensidad por los horrores, las villanías y las abominaciones de la guerra

imperialista mundial y por la situación sin salida que ésta ha creado, esa revolución se extiende y se ahonda con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo, que existen todos los motivos para esperar que el movimiento comunista internacional se curará rápidamente y por completo de la enfermedad infantil del comunismo "de izquierda".

27 de abril de 1920

ANEXO

En tanto que las editoriales de nuestro país –que los imperialistas de todo el mundo saquearon para vengarse de la revolución proletaria y el cual continúan saqueando y bloqueando, a pesar de todas las promesas hechas a sus obreros– organizaban la publicación de mi folleto, se han recibido del extranjero datos complementarios. Sin aspirar, ni mucho menos, a que mi folleto sea algo más que unos apuntes rápidos de un publicista, abordaré brevemente algunos puntos.

I
La escisión de los comunistas alemanes

La escisión de los comunistas en Alemania es un hecho. Los "izquierdistas" u "oposición de principio" han constituido un "Partido Comunista Obrero" aparte, diferente del "Partido Comunista". En Italia, por lo visto, las cosas marchan también hacia la escisión. Digo "por lo visto", pues dispongo sólo de dos nuevos números, el 7 y el 8, del periódico izquierdista *Il Soviet* donde se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de la escisión y se habla también de un congreso de la fracción de los "abstencionistas" (o boicoteadores, es decir, de los enemigos de la participación en el parlamento), que hasta ahora pertenece al Partido Socialista Italiano.

Existe el temor de que la escisión de los "izquierdistas", antiparlamentarios (y en parte también antipolíticos, enemigos del partido político y de la labor en los sindicatos), se convierta en un fenómeno internacional, a semejanza de la escisión de los "centristas" (o kautskianos, longuetistas, "independientes", etc.). Sea así. A fin de cuentas, la escisión es mejor que la confusión, que impide el crecimiento ideológico, teórico y revolucionario del Partido y su madurez, así como su trabajo práctico unánime, verda-

deramente organizado, que prepare de verdad la dictadura del proletariado.

Que los "izquierdistas" se pongan a prueba en la práctica a escala nacional e internacional, que intenten preparar (y después realizar) la dictadura del proletariado sin un partido rigurosamente centralizado, dotado de una disciplina férrea, sin saber dominar todas las esferas, ramas y variedades de la labor política y cultural. La experiencia práctica les enseñará con rapidez.

Hay que hacer todos los esfuerzos necesarios para que la escisión de los "izquierdistas" no dificulte, o dificulte lo menos posible, la fusión en un solo partido, inevitable en un futuro próximo y necesaria, de todos los participantes del movimiento obrero que defienden sincera y honradamente el poder soviético y la dictadura del proletariado. Para los bolcheviques de Rusia constituyó una felicidad singular el hecho de que dispusieran de 15 años para luchar de modo sistemático y hasta el fin tanto contra los mencheviques (es decir, los oportunistas y los "centristas") como contra los "izquierdistas" con mucha antelación a la lucha directa de las masas por la dictadura del proletariado. Esta misma labor debe hacerse ahora en Europa y América "a marchas forzadas". Algunas personas, sobre todo de las que figuran entre los fracasados pretendientes a jefes, pueden obstinarse durante largo tiempo en sus errores (si carecen de disciplina proletaria y de "honradez consigo mismos"); pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán con facilidad y rapidez y unirán a todos los comunistas sinceros en un solo partido, capaz de instaurar el régimen soviético y la dictadura del proletariado*.

* En lo que se refiere a la futura fusión de los comunistas de "izquierda", de los antiparlamentarios, con los comunistas en general señalaré, además, lo siguiente. En la medida en que he podido conocer los periódicos de los comunistas de "izquierda" y de los comunistas en general de Alemania, los primeros tienen la ventaja sobre los segundos de que saben efectuar mejor la agitación entre las masas. Algo análogo he observado repetidas veces −aunque en menores proporciones y en organizaciones locales aisladas, y no en todo el país− en la historia del Partido Bolchevique. En 1907-08,

II
Los comunistas y los 'independientes' en Alemania

En el folleto he expresado la opinión de que el compromiso entre los comunistas y el ala izquierda de los "independientes es necesario y provechoso para el comunismo, pero que no será fácil realizarlo. Los números de los periódicos que he recibido posteriormente confirman ambas cosas. El número 32, del 26 de marzo de 1920, del periódico *Bandera Roja,* órgano del CC del Partido Comunista de Alemania, publica una "declaración" de dicho CC sobre el "putch" militar (complot, aventura) de Kapp-Lüttwitz y acerca del "gobierno socialista". Esta declaración es absolutamente justa tanto desde el punto de vista de la premisa fundamental como desde el de la conclusión práctica. La premisa fundamental consiste en que, en el momento actual, no existe "base objetiva" para la dictadura del proletariado por cuanto la "mayoría de los obreros urbanos" apoya a los independientes. Conclusión: promesa de "leal oposición" al gobierno "socialista" (es decir, negativa a preparar su "derrocamiento violento") si se excluye a los partidos burgueses-capitalistas".

La táctica, sin duda alguna, es justa en lo fundamental. Pero si no es necesario detenerse en pequeñas inexactitudes de fórmula, es imposible, no obstante, silenciar que no se puede llamar "socialista" (en una declaración oficial del Partido Comunista) a un gobierno de socialtraidores; que no se puede hablar de exclusión de "los partidos burgueses-capitalistas", cuando los partidos de los Schei-

---

por ejemplo, los bolcheviques de "izquierda" realizaban a veces y en algunos sitios con más éxito que nosotros su labor de agitación entre las masas. Esto se explica, en parte, porque es más fácil acercarse a las masas con la táctica de la negación "simple" en una situación revolucionaria o cuando están frescos todavía los recuerdos de la revolución. Esto, sin embargo, no representa aún un argumento en favor de la justeza de semejante táctica. En todo caso, no ofrece la menor duda que un *Partido Comunista* que quiera ser de verdad la vanguardia, el destacamento avanzado de *la clase* revolucionaria, del proletariado, y que desee, además, aprender a dirigir a la gran *masa* no sólo proletaria, sino también no proletaria, a la masa trabajadora y explotada, está obligado a saber hacer propaganda, organizar y agitar del modo más accesible, comprensible, claro y vivo tanto para la "calle" urbana, fabril, como para la aldea.

demann y de los señores Kautsky-Crispien son pequeño-burgueses democráticos; que no se puede escribir cosas como el párrafo cuarto de la declaración, que reza:

> "...Para seguir ganando a las masas proletarias para el comunismo tiene enorme importancia, desde el punto de vista del desarrollo de la dictadura del proletariado, una situación en la que la libertad política pueda ser utilizada de modo ilimitado y la democracia burguesa no pueda actuar como dictadura del capital...".

Semejante situación es imposible. Los jefes pequeño-burgueses, los Henderson (Scheidemann) y los Snowden (Crispien) alemanes, no rebasan ni pueden rebasar el marco de la democracia burguesa, que a su vez no puede dejar de ser la dictadura del capital. Desde el punto de vista de los resultados prácticos que se había propuesto con absoluta justeza el CC del Partido Comunista, no debían haber sido escritas en modo alguno esas cosas, erróneas por principio y perjudiciales políticamente. Para ello habría sido suficiente decir (si se quiere dar muestras de cortesía parlamentaria): en tanto que la mayoría de los obreros urbanos siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no podemos impedir a esos obreros que se desembaracen de sus últimas ilusiones democráticas pequeño-burguesas (es decir, también "burguesas-capitalistas") con la experiencia de "su" gobierno. Esto basta para fundamentar el compromiso, que es verdaderamente necesario y que debe consistir en renunciar durante cierto tiempo a los intentos de derrocamiento violento de un gobierno que cuenta con la confianza de la mayoría de los obreros urbanos. Y en la agitación cotidiana, de masas, no vinculada al marco de la cortesía oficial, parlamentaria, podría, naturalmente, agregarse: dejemos que miserables como los Scheidemann y filisteos como los Kautsky-Crispien muestren con sus actos hasta qué extremo están engañados y engañan a los obreros; su gobierno

"puro" hará con "más pureza que nadie" la labor de "limpiar" los establos de Augías[55] del socialismo, del socialdemocratismo y demás variedades de la socialtraición.

La auténtica naturaleza de los jefes actuales del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania" (de esos jefes de los cuales se dice, faltando a la verdad, que han perdido ya toda influencia y que, en realidad, son todavía más peligrosos para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que se denominaban comunistas y prometían "apoyar" la dictadura del proletariado) se ha puesto de manifiesto una y otra vez durante la *korniloviada* alemana, es decir, durante el "putch" de los señores Kapp y Lüttwitz*. Una ilustración pequeña, pero elocuente, de ello nos la dan los articulejos de Karl Kautsky *Los minutos decisivos (Entscheiden de Stunden),* publicado en *Freiheit (La Libertad,* órgano de los independientes) el 30 de marzo de 1920, y de Arthur Crispien *Acerca de la situación política* (en el periódico citado, número del 14 de abril de 1920). Estos señores carecen en absoluto de la capacidad de pensar y reflexionar como revolucionarios. Son llorones demócratas pequeño-burgueses, mil veces más peligrosos para el proletariado si se declaran partidarios del poder soviético y de la dictadura del proletariado, ya que, de hecho, cometerán de manera ineluctable una traición en cada momento difícil y peligroso... ¡"Sinceramente" convencidos de que ayudan al proletariado! También los socialdemócratas húngaros, rebautizados de comunistas, querían "ayudar" al proletariado cuando, por cobardía y apocamiento, consideraron desesperada la situación del poder soviético en Hungría y gimotearon ante los agentes de los capitalistas de la Entente y ante sus verdugos.

---

* Dicho sea de paso, esto ha sido explicado con extraordinaria claridad, concreción y exactitud, al estilo marxista, por el magnífico periódico del Partido Comunista Austríaco *Bandera Roja* en sus números del 28 y del 30 de marzo de 1920 (Die Rote Fahne, *Viena*, 1920, nº 266 y 267; L.L: *Una nueva etapa de la revolución alemana).*

III
Turati y compañía en Italia

Los números del periódico italiano *Il Soviet* a que he aludido confirman cuanto he dicho en el folleto acerca del error del Partido Socialista Italiano, que tolera en sus filas a tales miembros e incluso a semejante grupo de parlamentarios. Lo confirma más aún un testigo ajeno, el corresponsal en Roma del periódico liberal burgués *The Manchester Guardian* (Inglaterra), que en el número del 12 de marzo de 1920 publicó una entrevista hecha por él a Turati.

> "...El señor Turati –escribe este corresponsal– tiene la opinión que el peligro revolucionario no es tan grande que pueda suscitar temores en Italia. Los maximalistas juegan con el fuego de las teorías soviéticas únicamente para mantener a las masas en estado de animación y excitación. Estas teorías son, sin embargo, nociones puramente legendarias, programas no maduros, inservibles para el uso práctico. Sirven sólo para mantener a las clases trabajadoras en estado de expectación. La misma gente que las emplea como cebo para deslumbrar los ojos proletarios se ve obligada a librar una lucha cotidiana para conquistar algunas mejoras económicas, con frecuencia insignificante, a fin de retrasar el momento en que las clases trabajadoras pierdan las ilusiones y la fe en sus mitos queridos. De ahí esa larga racha de huelgas de toda magnitud y por cualquier pretexto, incluidas las últimas huelgas en los servicios de Correos y de ferrocarriles, que hacen todavía más grave la situación del país, ya difícil de por sí. El país está irritado por las dificultades que se desprenden de su problema adriático, se siente aplastado por su deuda exterior y por su desmesurada emisión de papel moneda y, sin embargo, está muy lejos aún de comprender la necesidad de

> asimilar la disciplina en el trabajo, única capaz de restablecer el orden y la prosperidad...”.

Está claro como la luz del día que el corresponsal inglés se ha ido de la lengua y ha dicho una verdad que probablemente ocultan y adornan el propio Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia. Esta verdad consiste en que las ideas y el trabajo político de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y cía. son tal y como los dibuja el corresponsal inglés. Eso es auténtica socialtraición. ¡Cuán elocuente es la sola defensa del orden y de la disciplina para los obreros que se encuentran en la esclavitud asalariada, que trabajan para que se lucren los capitalistas! ¡Qué conocidos nos son a los rusos todos esos discursos mencheviques! ¡Cuán valiosa es la confesión de que las masas están *a favor* del poder soviético! ¡Qué estúpida y trivialmente burguesa resulta la incomprensión del papel revolucionario de las huelgas, que crecen espontáneamente! Sí, sí, el corresponsal inglés del periódico liberal burgués ha prestado un flaco servicio a los señores Turati y cía. y ha confirmado de modo excelente cuán justas son las demandas del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico *Il Soviet,* quienes exigen que el Partido Socialista Italiano, si de verdad quiere estar *a favor* de la III Internacional, expulse con oprobio de sus filas a los señores Turati y cía. y se transforme en un Partido Comunista tanto por el nombre como por sus actos.

IV
Conclusiones erróneas de premisas justas

Pero de su justa crítica a los señores Turati y cía., el camarada Bordiga y sus amigos “izquierdistas” sacan la errónea conclusión de que es perjudicial en general participar en el parlamento. Los “izquierdistas” italianos no pueden aportar ni sombra de argumentos serios en defensa de esta opinión. Simplemente desconocen (o tratan de

olvidar) los modelos internacionales de utilización verdaderamente revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses, provechosa de modo indiscutible para preparar la revolución proletaria. No se imaginan sencillamente la "nueva" utilización del parlamentarismo y claman, repitiéndose hasta lo infinito, contra la utilización "vieja", no bolchevique.

En esto reside, precisamente, su error básico. No sólo en el terreno del parlamento, sino en *todos* los terrenos de la actividad, el comunismo *debe aportar* (y *no podrá* hacerlo sin un trabajo prolongado, persistente y tenaz) algo nuevo por principio, que rompa de manera radical con las tradiciones de la II Internacional (conservando y desarrollando al mismo tiempo todo lo que ha dado de bueno).

Tomemos, aunque sólo sea, el trabajo periodístico. Los periódicos, folletos y proclamas cumplen una labor necesaria de propaganda, agitación y organización. Ningún movimiento de masas puede pasarse en un país, por poco civilizado que sea, sin un aparato periodístico. Y ni los gritos contra los "jefes", ni los juramentos de proteger la pureza de las masas contra la influencia de los jefes pueden excluir la necesidad de utilizar para ese trabajo a gentes procedentes de los medios intelectuales burgueses, pueden librarnos de la atmósfera y el ambiente democrático-burgueses, "de propiedad privada", en que se efectúa esa labor bajo el capitalismo. Incluso dos años y medio después del derrocamiento de la burguesía y de la conquista del poder político por el proletariado vemos en torno a nosotros esta atmósfera, este ambiente de relaciones de propiedad privada, democrático-burguesas, que tienen carácter de masas (campesinos, artesanos).

El parlamentarismo es una forma de trabajo; el periodismo, otra. El contenido puede ser comunista en ambas, y debe serlo, si quienes trabajan en una u otra esfera son verdaderos comunistas, verdaderos miembros del partido proletario, de masas. Pero en una y en otra –*y en cualquier*

esfera de trabajo bajo el capitalismo y en la transición del capitalismo al socialismo– es imposible rehuir las dificultades y las originales tareas que debe vencer y cumplir el proletariado para utilizar con vistas a sus propios fines a gentes que proceden de medios burgueses, para conquistar la victoria sobre los prejuicios y la influencia de los intelectuales burgueses, para debilitar la resistencia del ambiente pequeño-burgués (y, posteriormente, para transformarlo por completo).

¿Acaso no hemos visto en todos los países, hasta la guerra de 1914-18, extraordinaria abundancia de ejemplos de anarquistas, sindicalistas y demás elementos muy "izquierdistas" que fulminaban el parlamentarismo, se mofaban de los parlamentarios socialistas contaminados de trivialidad burguesa, fustigaban su arribismo, etc., etc., y hacían *la misma* carrera burguesa *a través* del periodismo, a través de la labor en los sindicatos? ¿Acaso, el ejemplo de los señores Jouhaux y Merrheim, si nos limitamos a Francia, no son típicos?

La puerilidad de "negar" la participación en el parlamento consiste, precisamente, en que con ese método tan "sencillo", "fácil" y pseudorrevolucionario quieren "*resolver*" la difícil tarea de luchar contra las influencias democrático-burguesas *en el seno* del movimiento obrero y, en realidad, lo único que hacen es huir de su propia sombra, cerrar los ojos ante las dificultades y desembarazarse de ellas sólo con palabras. Es indudable que el arribismo más desvergonzado, la utilización burguesa de los puestos en el parlamento, la clamorosa desnaturalización reformista de la labor parlamentaria y la vulgar rutina pequeño-burguesa son rasgos peculiares habituales y predominantes, engendrados por el capitalismo en todas partes y no sólo fuera, sino dentro del movimiento obrero. Pero el capitalismo y el ambiente burgués creado por él (y que incluso después del derrocamiento de la burguesía desaparece muy despacio puesto que el campesinado hace renacer sin cesar a la burguesía)

engendran absolutamente en todas las esferas del trabajo y de la vida, en esencia, el mismo arribismo burgués, el chovinismo nacional, la trivialidad pequeño-burguesa, etc., con insignificantes variedades de forma.

Os parece, queridos boicoteadores y antiparlamentaristas, que sois "terriblemente revolucionarios", pero en realidad *os habéis asustado* de las dificultades relativamente pequeñas que presenta la lucha contra la influencia burguesa en el seno del movimiento obrero, en tanto que vuestra victoria, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por el proletariado, creará *estas mismas* dificultades en proporciones mayores, inconmensurablemente mayores. Os habéis asustado como niños de la pequeña dificultad que se alza hoy ante vosotros, sin comprender que mañana y pasado mañana tendréis, de todos modos, que aprender, y aprender por completo, a vencer las mismas dificultades, pero en proporciones inmensamente más considerables.

Bajo el poder soviético, en vuestro –y en nuestro– partido proletario tratarán de penetrar aún más elementos procedentes de la intelectualidad burguesa. Penetrarán también en los soviets, en los tribunales y en el aparato administrativo, pues es imposible construir el comunismo con otra cosa que no sea el material humano creado por el capitalismo. Es imposible expulsar y exterminar a los intelectuales burgueses; lo que hay que hacer es vencerlos, transformarlos, refundirlos, reeducarlos, de la misma manera que es necesario reeducar en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeño-burgueses de golpe, por un milagro, por obra y gracia del espíritu santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o un decreto, sino únicamente en una lucha de masas larga y difícil contra la influencia de las ideas pequeño-burguesas entre las masas. Bajo el poder soviético, esas mismas tareas que el antiparlamentario

aparta ahora de un manotazo con tanto orgullo, altanería, ligereza y puerilidad, *esas mismas* tareas resurgirán *dentro* de los soviets, dentro de la administración soviética, dentro de los "defensores" soviéticos (hemos destruido en Rusia, e hicimos bien en destruirla, la abogacía burguesa, pero renace entre nosotros al socaire de los "defensores soviéticos[56]"). Entre los ingenieros soviéticos, entre los maestros soviéticos y entre *los obreros* privilegiados (es decir, los de más elevada cualificación y los mejor situados) en las fábricas soviéticas vemos renacer de manera constante absolutamente *todos* los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo con una lucha reiterada, incansable, larga y tenaz del espíritu de organización y la disciplina proletarias vencemos –gradualmente– este mal.

Es claro que bajo el dominio de la burguesía resulta muy "difícil" vencer las costumbres burguesas en el propio partido, es decir, en el partido obrero: es "difícil" expulsar del partido a los jefes parlamentarios habituales, corrompidos sin esperanza de curación por los prejuicios burgueses; es "difícil" someter a la disciplina proletaria al número absolutamente necesario (en cierta cantidad, aunque sea muy limitada) de gentes que proceden de la burguesía; es "difícil" crear en el parlamento burgués una minoría comunista digna por completo de la clase obrera; es "difícil" conseguir que los parlamentarios comunistas no se dediquen a bagatelas parlamentario-burguesas, sino que se entreguen a la labor esencialísima de propaganda, agitación y organización de las masas. No cabe duda de que todo eso es "difícil"; fue difícil en Rusia y es incomparablemente más difícil en Europa Occidental y en América, donde son mucho más fuertes la burguesía, las tradiciones democrático-burguesas, etc.

Pero todas estas "dificultades" son en verdad pueriles comparadas con las tareas absolutamente *del mismo género* que deberá resolver de manera ineluctable el proletariado para su victoria, durante la revolución proletaria y des-

pués de tomar el poder. En comparación con *estas* tareas, verdaderamente gigantescas, cuando bajo la dictadura del proletariado haya que reeducar a millones de campesinos y de pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, de funcionarios y de intelectuales burgueses, subordinándolos a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos los hábitos burgueses y las tradiciones burguesas; en comparación con estas tareas gigantescas, resulta de una facilidad infantil crear bajo el dominio de la burguesía una minoría auténticamente comunista del verdadero partido proletario en el parlamento burgués.

Si los camaradas "izquierdistas" y antiparlamentarios no aprenden a vencer ahora una dificultad incluso tan pequeña, puede decirse con seguridad que o no estarán en condiciones de realizar la dictadura del proletariado, no podrán subordinar y transformar en vasta escala a los intelectuales burgueses y las instituciones burguesas, o *deberán terminar de aprender a toda prisa,* y con semejante premura causarán un gran daño a la causa proletaria, cometerán más errores que de ordinario, darán muestras de debilidad y de incapacidad más que regular, etc., etc.

Hasta que la burguesía no sea derrocada –y, después de su derrocamiento, hasta que no desaparezcan por completo la pequeña hacienda y la pequeña producción mercantil–, el ambiente burgués, los hábitos de propiedad privada y las tradiciones pequeño-burguesas echarán a perder la labor proletaria tanto dentro como fuera del movimiento obrero, no sólo en una esfera de actividad, la parlamentaria, sino inevitablemente en todas y cada una de las esferas de la actividad social, en todos los terrenos culturales y políticos sin excepción. Y constituye un profundísimo error, que habrá que pagar después de manera inexcusable, el intento de desentenderse, de apartarse de una de las tareas "desagradables" o de las dificultades en *una* esfera de trabajo. Hay que aprender, y aprender

hasta el fin, a dominar todas las esferas de trabajo y de actividad, sin ninguna excepción, a vencer por doquier todas las dificultades y todas las costumbres, tradiciones y hábitos burgueses. Cualquier otro planteamiento de la cuestión carece simplemente de seriedad, es pueril.

12 de mayo de 1920

V

En la edición rusa de este libro he expuesto con cierta inexactitud la conducta del Partido Comunista Holandés en su conjunto en el terreno de la política revolucionaria mundial. Por eso aprovecho la ocasión para publicar la carta, que se reproduce más abajo, de nuestros camaradas holandeses sobre este problema y, además, para corregir la expresión "tribunistas holandeses" empleada por mí en el texto ruso, sustituyéndola por las palabras "algunos miembros del Partido Comunista Holandés"[57].

N. Lenin

CARTA DE WIJNKOOP

Moscú, 30 de junio de 1920

Querido camarada Lenin:

Gracias a su amabilidad, los miembros de la delegación holandesa al II Congreso de la Internacional Comunista hemos tenido la posibilidad de leer su libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* antes de que apareciera traducido a los idiomas de Europa Occidental. En este libro subraya Vd. varias veces su desaprobación del papel que han desempeñado algunos miembros del Partido Comunista Holandés en la política internacional.

Debemos protestar, sin embargo, contra el hecho de que atribuya Vd. al Partido Comunista la responsabilidad por los actos de esos miembros. Esto es inexacto en extremo. Más aún, es injusto, pues esos miembros del Partido Comunista Holandés participan muy poco o no participan en absoluto en la labor cotidiana del partido; intentan también, directa o indirectamente, aplicar en el Partido Comunista las consignas oposicionistas contra las que el Partido Comunista Holandés y todos sus órganos han librado y libran hasta el día de hoy la lucha más enérgica.

Con un saludo fraternal (en nombre de la delegación holandesa), D. I. Wijnkoop

NOTAS

1) II Internacional: Agrupamiento internacional de los partidos socialistas fundada en 1889. Al comienzo de la I Guerra Mundial, sus dirigentes traicionaron la causa del socialismo y apoyaron a sus respectivos gobiernos imperialistas. A resultas de ello, la II Internacional se descompuso y acabó dando lugar a la III Internacional, la Internacional Comunista, fundada en Moscú en 1919. La II Internacional fue restaurada el mismo año en la Conferencia de Berna, ingresando en ella únicamente partidos del ala de derechas del movimiento socialista.

2) *Iskra (La chispa):* Primer periódico marxista ilegal para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, de donde se enviaba clandestinamente a Rusia. *Iskra* desempeñó un enorme papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en la preparación de la unificación de las organizaciones locales dispersas en un partido revolucionario. Después de la escisión entre bolcheviques y mencheviques, en el II Congreso del POSDR, *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (desde el nº 52) y se convirtió en un órgano de lucha contra el marxismo.

3) Se trata de los mencheviques y del partido de los "socialistas revolucionarios" (eseristas).

Mencheviques: Corriente reformista de la socialdemocracia rusa. Recibieron su nombre en el II Congreso del POSDR (1903), dado que en las votaciones para elegir la dirección central quedaron en minoría (*menshinstvó*), mientras que los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría (*bolshinstvó*) y fueron llamados bolcheviques. En la revolución de 1905-07, los mencheviques se pronunciaron a favor de un acuerdo con la burguesía. Después de la derrota de la revolución, en los años de la reacción (1907-10), tratando de liquidar el partido revolucionario clandestino, los mencheviques predicaron el liquidacionismo. Durante la I Guerra Mundial mantuvieron una posición socialchovinista. Tras la revolución democrático-burguesa de febrero del 17, junto con los eseristas,

formaron parte del Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la revolución. Al triunfar la Revolución de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario.

Socialistas-revolucionarios (eseristas): Partido de demócratas pequeño-burgueses surgido a finales de 1901 y comienzos de 1902 a consecuencia de la unificación de distintos grupos y círculos populistas. La mayoría de los eseristas mantuvieron una posición socialchovinista durante la guerra del 14. Al triunfar la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917, los eseristas, junto con los mencheviques y demócratas constitucionalistas, fueron el pilar principal del Gobierno Provisional. En los años de la intervención militar extranjera y de la guerra civil, los eseristas apoyaron a la reacción y organizaron acciones terroristas contra personalidades del Estado soviético y del Partido Comunista.

4) Durante la revolución de 1905-07, en muchas ciudades de Rusia surgieron los soviets de diputados obreros. Creándose, al principio, para dirigir huelgas económicas y políticas, se convirtieron en el curso de la lucha en órganos de preparación de la insurrección armada y embrión del nuevo poder. Debido a la derrota de la revolución de 1905-07, los soviets dejaron de existir, resurgiendo durante la revolución democrático- burguesa de Febrero del 17.

5) Se alude al ametrallamiento, el 4 (17) de abril de 1912, de los obreros del Lena (Siberia). La noticia de la masacre conmovió a la clase obrera de Rusia y una ola de manifestaciones y huelgas recorrió todo el país.

6) Duma de Estado: Institución representativa que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como resultado de los acontecimientos revolucionarios de 1905. La Duma fue formalmente un organismo legislativo, pero de hecho no tuvo ningún poder efectivo. Las elecciones a la Duma no eran democráticas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras y de las nacionalidades no rusas estaban muy limitados. Una parte considerable de los obreros y campesinos no podía votar. La primera Duma de Estado (abril-julio de 1906) y la segunda

(febrero-junio de 1907) fueron disueltas por el gobierno del zar. El 3 de junio de 1907, el gobierno dio un golpe de Estado y promulgó una nueva ley electoral que restringió aún más los derechos de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía de la ciudad y garantizó la plena dominación del bloque ultrarreaccionario de los terratenientes y los grandes capitalistas en la tercera (1907-12) y cuarta (1912-17) dumas.

7) Se alude a los diputados bolcheviques a la cuarta Duma de Estado: A. Badáev, M. Muránov, G. Petrovski, F. Samóilov y N. Shágov. En la sesión del 26 de julio (8 de agosto) de 1914, en la que se aprobó la entrada de la Rusia zarista en la I guerra mundial, la minoría bolchevique se negó a votar los créditos de guerra y realizó propaganda revolucionaria. Los diputados bolcheviques fueron detenidos en noviembre de 1914, juzgados en febrero de 1915 y confinados a perpetuidad en Siberia Oriental. Los discursos de los diputados bolcheviques durante la vista de la causa, denunciando la autocracia, desempeñaron un gran papel en la propaganda antimilitarista y en la radicalización de la clase obrera.

8) Longuetismo: Corriente centrista en el Partido Socialista Francés, al frente de la cual se encontraba Jean Longuet. Durante la I Guerra Mundial, los longuetistas siguieron una política de conciliación con los socialchovinistas, rechazaron la lucha revolucionaria y sustentaron la posición de "defensa de la patria". Lenin calificó a los longuetistas de nacionalistas pequeño-burgueses. Después de triunfar la Revolución de Octubre, los longuetistas se declararon de palabra partidarios de la dictadura del proletariado, pero en la práctica fueron sus enemigos. En diciembre de 1920, juntamente con los abiertamente reformistas, abandonaron el partido y se adhirieron a la llamada Internacional II y 1/2.

9) Partido Laborista Independiente de Inglaterra (ILP): Partido reformista fundada por los dirigentes de las "nuevas Trade Unions" en 1893, en un ambiente de reanimación de la lucha huelguística y de intensificación del movimiento por la independencia de la clase obrera de Inglaterra respecto a los partidos burgueses. Ingresaron en el ILP miembros de las "nuevas Trade

Unions" y de varios sindicatos antiguos, así como intelectuales y pequeño-burgueses influidos por los fabianos. Al frente del partido se hallaban K. Hardie y R. MacDonald. Desde que surgió, el ILP adoptó una posición reformista, prestando atención principal a la forma parlamentaria de lucha y a la colaboración parlamentaria con el Partido Liberal. En 1920, el ILP abandonó la II Internacional y se adhirió a la Internacional II y 1/2.

10) Fabianos: Miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Constituida fundamentalmente por intelectuales burgueses. Negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que la transición del capitalismo al socialismo sólo es posible por medio de pequeñas reformas y de transformaciones graduales de la sociedad. En 1900 ingresó en el Partido Laborista.

11) "Ministerialismo" ("socialismo ministerial" o "millerandismo"): Táctica oportunista de participación de los socialistas en gobiernos burgueses reaccionarios. El término surgió en 1899, cuando el socialista francés Millerand entró en el gobierno burgués presidido por Waldeck-Rousseau.

12) Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania: Partido centrista fundado en abril de 1917 en el Congreso Constituyente de Gotha. Los "independientes" propugnaban la "unidad" con los socialchovinistas y llegaban a negar la lucha de clases. Al fundarse la Internacional Comunista (1919), abandonaron la II Internacional. Dicho partido se escindió en octubre de 1920, en el Congreso de Halle. Una parte considerable se fusionó en diciembre de ese mismo año con el Partido Comunista de Alemania. Los sectores de derechas continuaron existiendo como Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania hasta 1922.

13) Probablemente es una alusión al artículo de Lenin *Lo que no se debe imitar del movimiento obrero alemán,* publicado en abril de 1914. En él se denunciaba la conducta del socialdemócrata alemán K. Legien, que durante su viaje a Norteamérica en 1912 pronunció en el Congreso de los EEUU un discurso de saludo a los medios oficiales y a los partidos burgueses.

14) Espartaquistas: Miembros de la Liga Espartaco, orga-

nización revolucionaria de socialdemócratas de izquierda alemanes, formada al comienzo de la I Guerra Mundial por K. Liebknecht, R. Luxemburgo, F. Mehring, C. Zetkin y otros. Los espartaquistas hicieron propaganda revolucionaria entre las masas, organizaron acciones antibélicas masivas, dirigieron huelgas y denunciaron el carácter imperialista de la guerra y la traición de los dirigentes socialdemócratas. En el congreso celebrado del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919, los espartaquistas fundaron el Partido Comunista de Alemania.

15) Comuna de París: Gobierno revolucionario de la clase obrera tras la revolución proletaria de 1871 en París. Fue la primera experiencia de la dictadura del proletariado. Se mantuvo 72 días: del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871.

16) Se trata de la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

17) Paz de Brest: Tratado de paz firmado el 3 de marzo de 1918, en Brest-Litovsk, entre la Rusia soviética y las potencias de la Alianza (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) y ratificado el 15 de marzo por el IV Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia. Las condiciones de paz eran sumamente duras para Rusia: Polonia, casi todos los territorios del Báltico y parte de Bielorrusia debían pasar bajo control alemán y austro-húngaro; Ucrania se separaba de Rusia y se transformaba en un Estado dependiente de Alemania; las ciudades de Kars, Batum y Ardagán pasaron a Turquía. En agosto de 1918, Alemania impuso a Rusia un tratado complementario y un acuerdo financiero que contenían nuevas exigencias expoliadoras. El Tratado de Brest proporcionó al Estado soviético una tregua, le permitió crear un nuevo ejército, el Ejército Rojo, y acumular fuerzas para luchar contra la intervención imperialista y la contrarrevolución interior. El 13 de noviembre de 1918, después de la Revolución de Noviembre en Alemania, que derrocó el régimen monárquico, fue anulado.

18) Se trata de los otzovistas y ultimatistas. La lucha contra ellos, entablada en 1908, condujo en 1909 a que el líder de los otzovistas, A. Bogdánov, fuese expulsado de las filas de los bolcheviques. Los otzovistas exigían que los diputados social-

demócratas abandonasen la tercera Duma y que cesara la labor en las organizaciones legales (sindicatos, cooperativas, etc.). El ultimatismo era una variedad del otzovismo. Los ultimatistas, que no comprendían la necesidad de realizar una labor sistemática y tenaz con los diputados socialdemócratas para hacer de ellos parlamentarios revolucionarios consecuentes, proponían presentar a la minoría socialdemócrata de la Duma un ultimátum exigiendo su subordinación incondicional a los acuerdos del CC del partido y, en caso de que no los cumpliesen, retirar de la Duma a los diputados socialdemócratas. La reunión de la Redacción ampliada del periódico bolchevique *Proletari*, celebrada en junio de 1909, señaló en su resolución que "el bolchevismo como corriente del POSDR, no tiene nada de común con el otzovismo y el ultimatismo" y llamó a los bolcheviques a "sostener la lucha más enérgica contra estas desviaciones del camino del marxismo revolucionario".

19) El 6 (19) de agosto de 1905 se publicó un manifiesto-ley del zar por el que se instituía la Duma de Estado y el reglamento de las elecciones a la misma. La Duma recibió la denominación de Duma de Bulyguin por haber encargado el zar la confección del proyecto de la misma al ministro del Interior, A. Bulyguin. Según el proyecto, la Duma no estaba facultada para aprobar ninguna ley y sólo era un mero órgano consultivo del zar. Los bolcheviques boicotearon activamente la Duma de Bulyguin, concentrando la agitación en torno a las consignas de insurrección armada, ejército revolucionario y Gobierno Provisional revolucionario, declarando huelgas políticas de masas y preparando la insurrección. Las elecciones a la Duma de Bulyguin no llegaron a celebrarse y el Gobierno no pudo reunirla; el ascenso de la revolución y la huelga política de octubre de 1905 en toda Rusia barrieron a la Duma.-42 20) Se refiere a la huelga general política de octubre de 1905 en toda Rusia, durante la primera revolución rusa. El número de huelguistas superó los 2 millones. La huelga transcurrió bajo las consignas de derrocamiento de la autocracia, boicot activo a la Duma de Bulyguin, convocatoria de la Asamblea Constituyente y proclamación de la república democrática. Esta huelga reveló la fuerza del movi-

miento obrero e impulsó el desarrollo de la lucha revolucionaria en el campo, el ejército y la armada.

21) "Comunistas de izquierda": Grupo surgido a comienzos de 1918 en relación con el problema de la firma de la paz de Brest. Defendiendo una política izquierdista sobre la guerra revolucionaria, los "comunistas de izquierda" defendían la posición aventurera de que la Rusia soviética, que aún no tenía ejército, fuese arrastrada a la guerra contra la Alemania imperialista, lo que amenazaba con la caída del poder soviético. En mayo y junio de 1918, debido a la lucha ideológoca en el partido, los "comunistas de izquierda" perdieron su influencia. El debate democrático que se realizó sobre la cuestión de la paz de Brest reafirmó la autoridad de la dirección y permitió elevar el nivel político del partido. Esta actuación contrasta vivamente con el autoritarismo y la falta de democracia interna impuesta posteriormente por Stalin.

22) "Laboristas": Miembros del Partido Laborista de Gran Bretaña (Labour Party), fundado en 1900 como agrupación de los sindicatos y de las organizaciones y grupos socialistas para llevar representantes obreros al Parlamento ("Comité de Representación Obrera"). En 1906, el Comité adoptó el nombre de Partido Laborista. Los afiliados de las Trade Unions son automáticamente miembros del Partido Laborista, a condición de que abonen a éste las cuotas correspondientes. Desde la fundación del partido, sus líderes siguen una política de colaboración de clases con la burguesía. Durante la I Guerra Mundial, los líderes del Partido Laborista (A. Henderson y otros) adoptaron una posición socialchovinista, formaron parte del gobierno del rey y respaldaron diversas leyes antiobreras.

23) El 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, el II Congreso de los Soviets de toda Rusia aprobó el Decreto de la paz en el que el Gobierno propuso a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos entablar inmediatamente negociaciones sobre una paz democrática y justa.

24) Demócratas-constitucionalistas (también llamados *kadetes*): Miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, principal partido de la burguesía monárquico-liberal rusa,

fundado en octubre de 1905 y compuesto por elementos de la burguesía, terratenientes e intelectuales burgueses. Aunque los kadetes se apropiaron del nombre de "partido de la libertad popular", de hecho no aspiraban a más que una monarquía constitucional. En los años de la I Guerra Mundial, apoyaron activamente la política exterior anexionista del gobierno del zar. Durante la revolución democrático-burguesa de Febrero del 17, trataron de salvar la monarquía. Eran el principal partido del Gobierno Provisional burgués. Posteriormente, fueron enemigos acérrimos del poder soviético, participando en todas las acciones contrarrevolucionarias armadas y en las campañas de los intervencionistas.

25) "Oposición de principio": Grupo de comunistas "de izquierda" alemanes con concepciones anarcosindicalistas. El II Congreso del Partido Comunista de Alemania, celebrado en octubre de 1919 en Heidelberg, los expulsó del partido, tras lo que fundaron, en abril de 1920, el llamado Partido Comunista Obrero de Alemania (PCOA). En noviembre de 1920, con el fin de facilitar la unificación de todos los comunistas alemanes y ganar a los mejores elementos del PCOA, la oposición fue admitida provisionalmente en la Internacional Comunista (IC) como miembro simpatizante, con la condición de fusionarse con el Partido Comunista Unificado de Alemania y apoyarle en todas sus acciones. Pero el PCOA no siguió esas indicaciones y el III Congreso de la Internacional Comunista (junio-julio de 1921), en un intento por arrastrar a los obreros que aún seguían al PCOA, acordó conceder a éste un plazo de dos meses para que convocase un congreso y resolviera el problema de la fusión, pero éste no se llegó a celebrar y el partido quedó al margen de la Internacional. Posteriormente, el PCOA degeneró en un grupito sectario carente de todo apoyo entre la clase obrera.

26) *Volopük*: lengua artificial creada en 1880 por J. Schleyer.

27) III Internacional (Internacional Comunista): Agrupamiento internacional de los partidos comunistas de distintos países. Fundada en Moscú en su I Congreso, celebrado en marzo de 1919, existió hasta 1943. La base política para la III Internacional la proporcionó la traición de los dirigentes de la II

Internacional a comienzos de la I Guerra Mundial. Las tesis de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista son un compendio de la estrategia y la táctica del marxismo. Posteriormente, tras el triunfo de la burocracia estalinista, la Internacional se convirtió en un simple agente de la política exterior de Moscú, anteponiendo los intereses diplomáticos de la burocracia a los de la revolución mundial. En mayo de 1943, Stalin la disolvió como muestra de buena voluntad hacia sus aliados imperialistas durante la II Guerra Mundial.

28) La expresión "llegar hasta las columnas de Hércules" significa llegar hasta el límite extremo. Según la mitología griega, fueron levantadas por Hércules y constituían el fin del mundo, después del que no había ningún camino.

29) Se trata de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, organizada por Lenin en el otoño de 1895. Agrupaba a cerca de veinte círculos marxistas de Petersburgo. Al frente de la Unión de Lucha se encontraba el Grupo Central. La dirección inmediata se hallaba en manos de cinco de sus miembros, encabezados por Lenin. La organización estaba dividida en grupos de distrito, que los obreros avanzados y conscientes (I. Bábushkin, V. Shelgunov y otros) ligaban a las fábricas. La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera era, para Lenin, el embrión del partido revolucionario.

30) "Trudoviques": Grupo de demócratas pequeño-burgueses en la Duma, formado por campesinos e intelectuales populistas.

31) Después de la revolución democrático-burguesa de Febrero del 17, y hasta 1919 inclusive, el número de miembros del partido evolucionó como sigue: cuando se celebró la VII Conferencia (la Conferencia de Abril del 17 del POSDR (bolchevique), que giró en torno a las famosas Tesis de Abril –con las que Lenin se identificó con la perspectiva de Trotsky sobre el carácter de la revolución y, por extensión, la teoría de la revolución permanente–, el partido tenía 80.000 miembros; al celebrarse el VI Congreso (julio-agosto del 17), alrededor de 240.000; al comenzar el VII Congreso del PC(b) de Rusia (marzo del 18), no menos de 300.000, y en vísperas del VIII Congreso (marzo del 19), 313.766.

32) Se trata de la "semana del partido", celebrada por acuerdo del VIII Congreso del PC(b) de Rusia, sobre el crecimiento numérico del partido. Se llevó a cabo de agosto a noviembre del 19, en medio de la encarnizada lucha contra la intervención militar extranjera y la contrarrevolución. Como resultado, sólo en 38 provincias de la parte europea de Rusia ingresaron en el partido más de 200.000 personas, de los que más de la mitad fueron obreros. En el frente se admitió al partido a cerca del 25% de los efectivos del ejército y la armada. Lenin decía que los obreros y campesinos que ingresaron en el partido en un momento tan duro constituían los mejores y más seguros cuadros dirigentes del proletariado revolucionario y de la parte no explotadora de los campesinos.

33) La Asamblea Constituyente fue convocada el 5 de enero de 1918. Las listas fueron confeccionadas antes de Octubre y la composición de la Asamblea reflejaba la correlación de fuerzas existente en el período anterior. El resultado fue el divorcio entre la voluntad de la enorme mayoría del pueblo, que estaba a favor de los soviets, y la política aplicada por la mayoría de la Asamblea (eseristas, mencheviques y kadetes), que reflejaba los intereses de la burguesía y los terratenientes. Debido a que la Asamblea Constituyente se negó a discutir la "Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado" y ratificar los decretos del II Congreso de los Soviets de la paz, de la tierra y del paso del poder a los soviets, fue disuelta por decisión del CEC de Rusia el 6 (19) de enero de 1918.

34) Véase la carta, de F. Engels a C. Marx del 7 de octubre de 1858.

35) Entente: Bloque de potencias imperialistas (Inglaterra, Francia y Rusia) formado en 1907 contra la Triple Alianza (Alemania, Austria- Hungría e Italia). Debe su nombre al acuerdo anglo-francés ("entente cordiale") firmado en 1904. En la I Guerra Mundial se sumaron a la Entente EEUU, Japón y otros países. Después de la Revolución de Octubre, sus principales integrantes fueron inspiradores, organizadores y partícipes de la intervención imperialista contra la Rusia soviética.

36) Obreros Industriales del Mundo (IWW): Organización

obrera intergremial que dirigió exitosamente huelgas masivas y combatió la política de colaboración de clases de los líderes reformistas de la Federación Americana del Trabajo (AFL) y los socialistas de derecha. Algunos dirigentes de IWW (G. Haywood y otros) apoyaron la Revolución de Octubre e ingresaron en el Partido Comunista de EEUU. La organización poseía rasgos anarcosindicalistas: negaba la lucha política, renunció a actuar entre los miembros de la AFL, etc. Acabó convirtiéndose en una organización sectaria y perdiendo su influencia en el movimiento obrero.

37) En el Congreso del Partido Comunista de Alemania se discutió, el 30 de diciembre de 1918, la participación en las elecciones parlamentarias. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo se pronunciaron a favor y demostraron la necesidad de utilizar la tribuna parlamentaria para popularizar las consignas revolucionarias entre las masas, pero quedaron en minoría.

38) El II Congreso de los Soviets de toda Rusia aprobó, el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, el Decreto de la tierra, que entregó la tierra de los latifundistas a los campesinos. En el Decreto se incluyó "El mandato campesino de la tierra" redactado sobre la base de 242 mandatos campesinos locales y que incluyó la consigna eserista de "usufructo de tierra igualitario basado en el trabajo". Al explicar las causas de que los bolcheviques, que se habían pronunciado antes contra esta consigna, estimaron posible aceptarla, Lenin decía: "Como gobierno democrático, no podemos hacer caso omiso del mandato de las capas bajas del pueblo, aunque no estemos de acuerdo con él... En el fragor de la vida, al aplicarlo en la práctica, al realizarlo en las localidades, los campesinos comprenderán ellos mismos dónde está la verdad".

39) El Partido Socialista Italiano (PSI) fue fundado en 1892. Desde el primer momento se libró en él una enconada lucha ideológica entre dos tendencias: la reformista y la revolucionaria. En el Congreso de Reggio-Emilia (1912), bajo la presión de la izquierda, fueron expulsados del partido los reformistas más contumaces, partidarios de la guerra y de la colaboración con la burguesía. Al empezar la I Guerra Mundial, y antes de

que Italia entrase en ella, el PSI se pronunció contra la guerra y lanzó la consigna de "¡Contra la guerra, por la neutralidad!". En diciembre de 1914 fue expulsado del partido un grupo que defendía la política imperialista de la burguesía y apoyaba la guerra. Al entrar Italia en la guerra al lado de la Entente (mayo de 1915), en el PSI se manifestaron claramente tres tendencias: 1) la derechista, que ayudaba a la burguesía a hacer la guerra; 2) la centrista, que agrupaba a la mayoría de los miembros del partido y defendía la consigna de "no participar en la guerra ni sabotearla"; y 3) la izquierdista, que mantenía una posición más resuelta contra la guerra, pero no supo organizar la lucha contra ella porque no comprendía la necesidad de transformar la guerra imperialista en guerra civil ni de romper decididamente con los reformistas. Después de la Revolución de Octubre, la izquierda del PSI se vio reforzada. El XV Congreso del PSI, celebrado en Bolonia del 5 al 8 de octubre de 1919, acordó adherirse a la III Internacional. Los representantes del PSI participaron en el II Congreso de la IC. El cabeza de la delegación, G. M. Serrati, que mantenía una posición centrista, se pronuncio después del Congreso contra la ruptura con los reformistas. En enero de 1921, en el XVII Congreso del Partido, en Livorno, los centristas, que poseían la mayoría, se negaron a romper con los reformistas y a aceptar plenamente las condiciones de admisión en la IC. El 21 de enero, los delegados de la izquierda abandonaron el Congreso y fundaron el Partido Comunista Italiano.

40) El poder soviético fue instaurado en Hungría el 21 de marzo de 1919. La revolución socialista en Hungría tuvo carácter pacifico. La burguesía húngara no pudo oponer resistencia a las masas populares e, impotente para enfrentarse a las dificultades interiores y exteriores, decidió entregar temporalmente el poder a los socialdemócratas de derecha con el fin de impedir el avance de la revolución. Sin embargo, el gran prestigio de que gozaba el Partido Comunista entre las masas y las enérgicas exigencias de los socialdemócratas de base de que se concertara una alianza con los comunistas obligaron a los dirigentes del Partido Socialdemócrata a proponer al Partido Comunista, cuyos dirigentes se encontraban encarcelados, la formación de

un gobierno de coalición. Los líderes socialdemócratas tuvieron que aceptar las condiciones del PC: formación de un gobierno de los soviets, desarme de la burguesía, creación del Ejército Rojo y de la Milicia Popular, confiscación de las tierras de los latifundistas, nacionalización de la industria, conclusión de una alianza con la Rusia Soviética, etc. Al mismo tiempo se firmó un acuerdo de unificación de ambos partidos para constituir el Partido Socialista de Hungría. Durante la unificación se cometieron errores que se dejaron sentir posteriormente: la unificación fue mecánica, sin separar a los elementos reformistas. Los imperialistas de la Entente acogieron con hostilidad la implantación de la dictadura del proletariado en Hungría. Bloquearon económicamente a la República Soviética Húngara y organizaron la intervención militar contra ella. La ofensiva de las tropas intervencionistas animó a la contrarrevolución húngara. La traición de los socialdemócratas de derecha, que se aliaron con el imperialismo, fue otra de las causas que llevaron a la derrota. También jugó un papel negativo la desfavorable situación internacional del verano de 1919: la Rusia soviética, rodeada de enemigos, no pudo prestarle ayuda. El 1 de agosto de 1919 la Hungría soviética fue derrocada.

41) Blanquistas: Partidarios de la corriente del movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-188l), destacado representante del comunismo utópico francés. Los blanquistas esperaban que la humanidad se liberaría de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clase del proletariado, sino a través de un complot de una pequeña minoría de intelectuales. Los blanquistas, que sustituían la actividad del partido revolucionario con acciones de un puñado de conspiradores, menospreciaban los vínculos con las masas y no comprendían la necesidad del movimiento revolucionario de masas.

42) Sociedad de Naciones: Organización internacional que existió en el período comprendido entre la primera y la segunda guerras mundiales y que fue precedente de la actual organización de las Naciones Unidas (ONU). Lenin la llamó gráficamente “sociedad de ladrones”. Fue constituida en 1919, en la Conferencia de Paz de París, por las potencias vencedoras en la I Guerra

Mundial. Empezó a funcionar en 1920. Sus estatutos eran parte del Tratado de Paz de Versalles y fueron firmados por 44 Estados. En 1920-21, la Sociedad de Naciones fue uno de los centros organizadores de la intervención armada contra la Rusia soviética.

43) Se alude al pasaje de una carta de F. Engels a F. Surge, fechada el 29 de noviembre de 1886, en la que Engels, criticando el carácter sectario de la labor de los socialdemócratas alemanes emigrados en Norteamérica, dice que para ellos la teoría "es un dogma y no una guía para la acción".

44) En la reseña acerca del libro del economista norteamericano G. Karey *Cartas político-económicas al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica,* N. Chernyshevski decía: "La vía histórica no se parece en nada a la acera de la Avenida Nevski; corre por campos polvorientos o embarrados, cruza pantanos y bosques inextricables. Quien tema cubrirse de polvo y embarrar sus botas, que no se dedique a la actividad social".

45) Se alude a las conferencias socialistas celebradas en los pueblos de Zimmerwald y Kienthal(Suiza). La Conferencia de Zimmerwald, o I Conferencia Socialista Internacional, se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915. La Conferencia de Kienthal, o II Conferencia Socialista Internacional, se celebró en del 24 al 30 de septiembre de 1916. Ambas contribuyeron a agrupar, sobre la base ideológica del marxismo, a los elementos de izquierda de la socialdemocracia europea, que más tarde jugaron un papel decisivo en la lucha por la creación de partidos comunistas y la propia III Internacional.

46) "Comunistas revolucionarios": Grupo desgajado de los eseristas de izquierda después del levantamiento organizado por éstos en julio de 1918. En septiembre de 1918, el grupo formó el llamado Partido del Comunismo Revolucionario, que se pronunció a favor de la colaboración con el PC(b) de Rusia y declaró que apoyaría el poder soviético. Aun reconociendo que el poder de los soviets creaba las premisas para el establecimiento del régimen socialista, los "comunistas revolucionarios" negaban la necesidad de la dictadura del proletariado en el período de transición del capitalismo al socialismo. Tras el II Congreso de la IC, que acordó que en cada país hubiera un solo partido

comunista, el Partido del Comunismo Revolucionario decidió, en septiembre de 1920, ingresar en el PC(b) de Rusia.

47) Eseristas de izquierda: Partido de los socialistas revolucionarios de izquierda (internacionalistas). Se formó orgánicamente en su I Congreso de toda Rusia, celebrado del 19 al 28 de noviembre (2-11 de diciembre) de 1917. Anteriormente, los eseristas de izquierda constituían el ala izquierda del partido eserista (véase la nota 3). En el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, los eseristas de izquierda votaron junto con los bolcheviques las cuestiones más importantes del orden del día, rechazando, sin embargo, la propuesta bolchevique de entrar en el gobierno. Tras muchas vacilaciones, los eseristas de izquierda, que trataban de conservar su influencia entre los campesinos, aceptaron el acuerdo con los bolcheviques, aunque divergían de éstos en cuestiones radicales de la edificación del socialismo y se pronunciaban contra la dictadura del proletariado. En enero y febrero de 1918, el CC del partido de los eseristas de izquierda comenzó a luchar contra la firma de la paz de Brest y, una vez firmada y ratificada por el IV Congreso de los Soviets en marzo de 1918, abandonaron el Consejo de Comisarios del Pueblo, pero sigueron formando parte de los colegios de los comisariados del pueblo y de los organismos locales del poder. Con el desarrollo de la revolución socialista en el campo, entre los eseristas de izquierda cobraron más vigor los sentimientos antisoviéticos. En julio de 1918, organizaron el asesinato del embajador de Alemania, tratando de provocar así una guerra con este país, y un motín armado contra el poder soviético. Una vez aplastado el motín, el V Congreso de los Soviets de toda Rusia decidió expulsar de los soviets a los eseristas de izquierda que compartían las opiniones de su cúpula dirigente.

48) El Tratado de Paz de Versalles, culminación de la I Guerra Mundial, fue firmado el 28 de junio de 1919 por EEUU, Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón y las potencias que se les habían unido, por una parte, y Alemania, por otra. Lenin dijo sobre él: “Es una paz inaudita, expoliadora, que coloca a decenas de millones de personas, entre ellas las más civilizadas, en situación de esclavos”. El Tratado de Versalles tenía como

objetivo refrendar el reparto del mundo capitalista a favor de las potencias vencedoras y crear un sistema de relaciones entre los países dirigido a asfixiar a Rusia y derrotar el movimiento revolucionario en el mundo entero.

49) Partido Socialista Británico (BSP): Fundado en 1911, en Manchester, tras la fusión del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El BSP fue calificado por Lenin como un partido "no oportunista, verdaderamente independiente de los liberales". Sin embargo, sus escasos efectivos y su débil ligazón con las masas le conferían cierto carácter sectario. Durante la I Guerra Mundial se entabló en el BSP una enconada lucha entre la corriente internacionalista (W. Gallacher, A. Inkpin, J. MacLean, T. Rothstein y otros) y la socialchovinista, encabezada por Hyndman. Entre los internacionalistas había elementos inconsecuentes que mantenían una posición centrista ante diversas cuestiones. La conferencia anual del BSP celebrada en abril de 1916, en Salford, condenó la posición de Hyndman y sus seguidores, que abandonaron el partido. El BSP apoyó la Revolución de Octubre y sus militantes desempeñaron un gran papel en el movimiento de los trabajadores británicos en defensa de la Rusia soviética frente a la intervención extranjera. En 1919, la inmensa mayoría de las organizaciones del partido (98 contra 4) se pronunciaron a favor del ingreso en la Internacional Comunista. El BSP desempeñó, junto con el Grupo de Unidad Comunista, el papel principal en la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña.

50) Partido Socialista Obrero (Socialist Labour Party): Partido marxista revolucionario fundado en 1903, en Escocia, por un grupo de socialdemócratas de izquierda, principalmente escoceses, que habían abandonado la Federación Socialdemócrata.

Sociedad Socialista del Sur de Gales (South Wales Socialist Society): Pequeño grupo integrado principalmente por mineros revolucionarios del País de Gales. Tenía su origen en el movimiento por la reforma de la industria minera, acentuado notablemente ya en vísperas de la I Guerra Mundial.

Federación Socialista Obrera (Worker's Socialist Federation): Organización poco numerosa surgida en mayo de 1918 de la Sociedad de Sufragistas e integrada principalmente por mujeres.

Estas tres organizaciones, que incurrían en errores sectarios no participaron en la fundación del Partido Comunista de Gran Bretaña (31 de julio y 1 de agosto de 1920), que incluyó en su programa puntos sobre la participación del partido en las elecciones parlamentarias y sobre la afiliación al Partido Laborista. Posteriormente, en enero de 1921, la Sociedad Socialista del Sur de Gales y la Federación Socialista Obrera se fusionaron con el PC de Gran Bretaña.

51) *Workers Dreadnought (El Acorazado de los Obreros):* Se publicó en Londres de marzo de 1914 a junio de 1924; hasta julio del 17 apareció con el título de *Woman's Dreadnought.* En 1918, al constituirse la Federación Socialista Obrera, pasó a ser su órgano de expresión.

52) Se alude al levantamiento contrarrevolucionario de la burguesía y los terratenientes en agosto de 1917, encabezado por el general zarista Kornílov, para apoderarse de Petrogrado, aplastar al Partido Bolchevique, disolver los soviets, implantar una dictadura militar en Rusia y preparar la restauración de la monarquía. El levantamiento comenzó el 25 de agosto (7 de septiembre). La sublevación fue sofocada por los obreros y los campesinos, bajo la dirección del Partido Bolchevique. La presión de las masas obligó al Gobierno Provisional a dictar órdenes de detención contra Korníloy y sus cómplices y entregarlos a los tribunales.

53) Se trata del golpe de Estado monárquico-militar en Alemania, el llamado "putch de Kapp", dado por la camarilla militarista reaccionaria alemana. El golpe fue organizado por el terrateniente Kapp y los generales Ludendorff, Seeckt y Lüttwitz con la connivencia evidente del gobierno socialdemócrata. El 13 de marzo de 1920, los generales sublevados lanzaron unidades militares contra Berlín y, no encontrando resistencia por parte del gobierno, proclamaron la dictadura militar. Los obreros alemanes respondieron con la huelga general y el Gobierno de Kapp cayó cuatro días más tarde, volviendo al poder los socialdemócratas de derecha.

54) Asunto Dreyfus: Proceso provocador urdido en 1894 por los círculos monárquicos reaccionarios de la casta militar francesa contra el oficial del Estado Mayor francés Dreyfus, de origen judío, que fue acusado falsamente de espionaje y alta traición. Los medios reaccionarios de Francia aprovecharon la condena de Dreyfus a cadena perpetua para atizar el antisemitismo y lanzarse a la ofensiva contra el régimen republicano y las libertades democráticas. En 1898, los socialistas y los representantes avanzados de la democracia burguesa (entre ellos E. Zola, J. Jaurès, A. France y otros) emprendieron una campaña exigiendo la revisión del caso Dreyfus, que adquirió un enorme carácter político y dividió al país en dos bandos ireconciliables: republicanos y demócratas, por un lado, y monárquicos, clericales, antisemitas y nacionalistas, por el otro. En 1899, bajo la presión de la opinión pública, Dreyfus fue puesto en libertad; en 1906, el tribunal de casación lo declaró inocente, reintegrándosele al ejército.

55) Establos de Augías: Según la mitología griega, los enormes establos de Augías, rey de Elide, llevaban muchos años sin limpiar y Hércules los limpió en un solo día. La expresión "establos de Augías" es sinónima de acumulación de basura y suciedad o de abandono y desorden extremos.

56) "Defensores soviéticos": Colegios de abogados creados en febrero de 1918 adjuntos a los soviets de diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos. Fueron suprimidos en octubre de 1920, dado que en muchos de ellos se observaba una gran influencia de los abogados burgueses, que adulteraban las bases del procedimiento judicial soviético y cometían abusos.-120
57) De acuerdo con las indicaciones de Lenin, en la presente edición se ha sustituido la expresión "tribunistas holandeses" por "algunos miembros del Partido Comunista Holandés".